

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLIVAR
SEDE ECUADOR

MAESTRIA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
MENCIÓN: ESTUDIOS DE LA CULTURA

IMAGINAR LA NACIÓN DESDE LAS FRONTERAS.
EL CAUDILLO, EL GAUCHO Y EL INDIÓ EN LAS LETRAS SALTEÑAS DEL
SIGLO XX

Beatriz Elisa Moyano

Julio de 2002

Al presentar esta tesis como uno de los requisitos previos para la obtención del grado de magister de la Universidad Andina Simón Bolívar, autorizo al centro de información o a la biblioteca de la universidad para que haga de esta tesis un documento disponible para su lectura según las normas de la universidad.

Estoy de acuerdo en que se realice cualquier copia de esta tesis dentro de las regulaciones de la universidad, siempre y cuando esta reproducción no suponga una ganancia económica potencial.

También cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar los derechos de publicación de esta tesis, o de partes de ella, manteniendo mis derechos de autor hasta por un periodo de 30 meses después de su aprobación.

Beatriz Elisa Moyano

23 de julio de 2002

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLIVAR

SEDE ECUADOR

MAESTRIA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

MENCIÓN: ESTUDIOS DE LA CULTURA

IMAGINAR LA NACIÓN DESDE LAS FRONTERAS.

EL CAUDILLO, EL GAUCHO Y EL INDIO EN LAS LETRAS SALTEÑAS DEL

SIGLO XX

Beatriz Elisa Moyano

Tutor: Dr. Javier Sanjinés

Salta - Argentina

RESUMEN

La convicción de que la Nación constituida es algo que fue previamente imaginado informa el título de esta investigación, en el que implícitamente se opone “imaginar desde el centro” proponiendo un monismo cultural homogeneizador, cosa ocurrida en lo que hace a la República Argentina durante el siglo XIX desde el paradigma civilización-barbarie; a “imaginar desde la periferia”, más concretamente “desde la frontera”, entendida como espacio cuyas transformaciones permanentes tienen que ver con la presencia o cercanía de otra cultura, cuestión que le permite propugnar la heterogeneidad, y que leeremos en textos producidos al finalizar éste último siglo, cuya absorción de un rumor social, provocado por tendencias mundiales hacia la interculturalidad de las que se hicieron eco muchos trabajos investigativos y nuevas leyes que hacen una apuesta por el pluralismo, podría influir en el nacimiento de una nueva “comunidad imaginada”.

El subtítulo de nuestro trabajo se refiere a la construcción de las figuras del caudillo y del gaucho en la literatura salteña, que se incorporaron a ésta después de ser revalorizadas en Buenos Aires desde el paradigma rioplatense del mestizaje propuesto por los sectores dominantes. La recuperación de estas figuras significó la revalorización de ciertas variables de la identidad que habían quedado interdictas bajo el paradigma civilización-barbarie. Se trata de textos que, aparecidos en la primera mitad del Siglo XX, acompañan, no sólo la nueva etapa de predominio de un sector, sino también la continuidad de una manera homogeneizadora de imaginar la Nación.

También hace alusión a la figura del indio que, al provenir de paradigmas no rioplatenses como el indianismo, idealización romántica del mundo indio, fue filtrándose ya desde estos textos primerizos, hasta convertirse, a partir de mediados del siglo XX, con el indigenismo cargado de un sentimiento de reivindicación social, en emblema de un sector emergente en ascenso: la nueva promoción de escritores pertenecientes a la clase media. Su presencia nos hizo sospechar que en los textos se construía desde esta época un modo distinto de imaginar la Nación, propio de la frontera noroéstica. Esta hipótesis inicial fue descartada durante el transcurso de la investigación ya que, aunque la voz y la presencia del indígena y del negro fisuraban en cierta manera los paradigmas homogeneizadores, no llegaban a romperlos. Se producía, en cierta manera, la incorporación de esa voz marginal a un orden discursivo “superior”, en una especie de variante regional de los paradigmas mencionados.

Recién a finales del siglo XX se editan textos contruidos desde lo real maravilloso que devela zonas antes inéditas del universo mítico del hombre andino y que, al conformarse a través del ingreso de múltiples voces con igual derecho a la opinión, permiten la inscripción de varias formas diferentes de evaluar el mundo indígena. Se incorpora así una verdadera revalorización de la figura del indio, que había quedado siempre en el polo negado. Al hacerlo, en acuerdo con tipos textuales que provienen de prácticas sociales y académicas presentes en nuestros días (legislación, periodismo, antropología), se recupera otra variable de la identidad y esto puede promover el origen a una “comunidad imaginada” que haga posible un pensamiento intercultural, modo verdaderamente diferente de imaginar la Nación desde esta frontera.

A la memoria de mi madre, que siempre creyó en mí.

A mi padre, que me introdujo en la cultura letrada.

A mis hijos Sebastián, Florencia y Gabriel, por haber esperado
pacientemente mi regreso.

Agradezco a la Universidad Nacional de Salta (Argentina), por la licencia concedida; a los profesores Guillermo Bustos, Catherine Walsh y Alicia Ortega de Universidad Andina Simón Bolívar sede Ecuador, por haberme proporcionado parte del andamiaje teórico en el que se basa esta tesis; a los profesores Miguel Ángel Huamán y Fernando Rivera de la Universidad de San Marcos de Lima (Perú) por los datos bibliográficos y por haberme dedicado parte de su tiempo; al Dr. Javier Sanjinés, mi tutor, por sus observaciones; a Zulma Palermo, Susana Rodríguez, Marta Ibáñez, Raquel Guzmán y Ángel María Casas Gragea, mis primeros lectores, por sus amables sugerencias.

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| INTRODUCCIÓN | 7 |
| 1.- IMAGINAR DESDE EL CENTRO: LOS GRANDES PARADIGMAS HOMOGENEIZADORES DE LA CULTURA ARGENTINA | 16 |
| a.- Imaginar y construir la Nación desde un centro. Las estrategias homogeneizadoras implementadas desde el liberalismo. El paradigma civilización-barbarie..... | 16 |
| b.- Conservar el poder. Nacionalismo y mestizaje. Las olas de nacionalismo reivindicán a los caudillos, al gaucho y a las literaturas del interior | 24 |
| 2.- UN LLAMADO DE ATENCIÓN: LAS FISURAS A LOS PARADIGMAS HOMOGENEIZADORES | 35 |
| a.- Las fisuras al paradigma del mestizaje en dos textos de Juan Carlos Dávalos “El viento blanco” y <i>La tierra en armas</i> | 36 |
| b.- La desestabilización del paradigma civilización -barbarie en un texto de fronteras: <i>En tierras de Magú Pelá</i> de Federico Gauffin | 45 |
| 3.- UN ATISBO INQUIETANTE: LA INCORPORACIÓN DE LOS PARADIGMAS ANDINOS | 55 |
| a.- El paradigma indigenista en textos de Manuel J. Castilla | 61 |
| b.- La transición hacia el neoindigenismo en los textos de Francisco Zamora | 69 |
| 4.- IMAGINAR DESDE LAS FRONTERAS : UNA PROPUESTA INTERCULTURAL DE NACIÓN..... | 75 |
| a.- El punto de vista interiorizado y la transformación en las evaluaciones del mundo andino en <i>Trenes del sur</i> de Carlos Hugo Aparicio..... | 76 |
| b.- Las múltiples visiones y la opción por lo indígena en <i>Las vueltas del perro</i> de Santos Vergara | 81 |
| CONCLUSIÓN | 92 |
| BIBLIOGRAFIA..... | 99 |

INTRODUCCIÓN

Que los textos programáticos¹ y ficcionales² de la primera mitad del siglo XIX argentino, al circular y difundirse junto con los periódicos, hayan conformado la comunidad que se imaginó³ a sí misma como un todo homogéneo⁴, que hayan sido utilizados, sucesivamente, como plataforma para la construcción de la Nación (segunda mitad de ese siglo) y, una vez canonizados en las primeras décadas de XX, como estrategia para la conservación del poder, es algo en lo que están de acuerdo los especialistas⁵. Aparece, sin embargo, como digno de controversia, que los textos literarios actuales puedan cumplir alguna de esas funciones (volver a “imaginar la Nación”, reconstruirla, desplazar el poder hacia sectores emergentes en ascenso). A pesar de esto, la crisis de los valores propios de las corrientes de homogeneización que iluminaran —en su momento— tanto el etnocentrismo (sustento de las políticas europeas de colonización) como el establecimiento de los Estados en ambas márgenes del Atlántico y que se origina —en la época actual— en tendencias hacia la interculturalidad, ha hecho posible pensar que, si los

¹ Nos referimos fundamentalmente a *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento, Ayacucho, Caracas, Venezuela, 1977.

² José Mármol, *Amalia*, Madrid, Espasa Calpe, Colección Austral, 1978. Estos dos textos, como varios de los que citamos en esta Introducción y en el Capítulo 1, serán mencionados frecuentemente sin nota al pie.

³ La idea está fundada en el estudio de Benedict Anderson, *Las comunidades imaginadas*, México, F. C. E., 1991. Se trata de grupos de letrados que sin conocerse son capaces de realizar conjeturas similares acerca de las características de la nación que imaginan en simultánea. Surgen de la común lectura de los periódicos, las ficciones y los textos programáticos de una época. Así y según este estudioso, el origen de las naciones o su primera etapa, está en ese campo unificado de lectores que se manifiesta a partir del capitalismo impreso.

⁴ A pesar de esta afirmación que muestra a esa comunidad como un bloque monolítico, veremos en el Capítulo siguiente que sus integrantes tuvieron diferencias. Lo mismo ocurrió en otros países. Hacia el fin del siglo XIX y comienzos de XX, en el Perú nacieron varias tradiciones que soñaban la Nación de formas diversas, lo que producía una especie de polifonía social. Sanders expone entre otras la tradición latina de Francisco García Calderón, y la indigenista de José Carlos Mariátegui. Proyectos comunes a estas líneas estaban presentes en escritores como Ventura García Calderón, hermano del primero, por un lado, y en los poetas y narradores que publicaban en *Amauta*, la revista dirigida por Mariátegui, entre los que se destacaba César Vallejo, por otro. Karen Sanders, *Nación y Tradición. Cinco discursos en torno a la Nación Peruana*, Perú, F.C.E., 1997.

⁵ Josefina Ludmer, *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1988; Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, F.C.E., 1989; Diana Sorensen, *Facundo y la construcción de la Cultura argentina*, Rosario Beatriz Viterbo editora, 2000; Doris Sommers, *Foundational fictions*, Berkeley, University of California Press, 1993.

textos literarios escenifican mundos posibles, es probable que ellos se estén haciendo eco de las direcciones actuales hacia sociedades que aceptan su multi/pluriculturalismo y que, a su ficcional manera, se encuentren “formulando” un nuevo proyecto de Nación. Si centramos la cuestión en el Noroeste Argentino (NOA), y más propiamente en Salta, podemos decir que la promulgación de varias leyes⁶, la publicación de muchos artículos periodísticos y la realización de numerosos estudios⁷ que pugnan por el respeto al otro cultural, se ha visto acompañada, en estos últimos años, por una producción literaria que pone en escena la heterogeneidad social. En su polifonía, que se hace eco de los últimos movimientos sociales, está cifrado un nuevo modo (menos homogéneo) de “imaginar la Nación”, más abierto a la incorporación de las *voces* de otros sectores y de otras culturas y de las múltiples visiones o modos de evaluarlos.

El párrafo inicial, en cierto modo, explica el título de esta investigación, en el que implícitamente se opone “imaginar desde el centro” proponiendo un monismo cultural⁸, cosa ocurrida en lo que hace a la República Argentina durante el siglo XIX desde uno de los *dos grandes paradigmas homogeneizadores* de la cultura argentina que desplegaremos en el Capítulo 1: la dicotomía *civilización-barbarie* plasmada en *Facundo* y utilizada por los *liberales* en las instancias de imaginar y construir la Nación; a “imaginar desde una periferia”, más concretamente “desde la frontera”, entendida como espacio cuyas transformaciones permanentes tienen que ver con la presencia o cercanía de otra cultura, cuestión que le permite imaginar la (o desde la) heterogeneidad⁹, y que leeremos en textos

⁶ La Ley Nacional N° 23.302 de Política Indígena y Apoyo a las Comunidades Aborígenes es de 1985, recién fue reglamentada en el 1989. En el ínterin, Salta promulgó la Ley N° 6373 de Promoción del Desarrollo Aborigen y la Ley N° 6469 de Regulación de Asentamientos, ambas de 1986.

⁷ Ver en bibliografía los trabajos de investigación de Catalina Buliubasich.

⁸ El monismo es la teoría especulativa del Universo que pretende reducir su multiplicidad a la unidad de un solo principio. Usamos el término en sentido traslativo.

⁹ Para Cornejo Polar la heterogeneidad es como una masa de hojaldre: en un mismo espacio hay variedad de formaciones culturales asincrónicas. Culturas prealfabéticas y alta tecnología. Luego se produce una fluidez,

producidos al finalizar el siglo XX (Capítulo 4). Éstos absorben —como ya dijimos— un rumor social vigente, provocado por tendencias mundiales hacia la interculturalidad de las que se hicieron eco también muchos trabajos investigativos y nuevas leyes que apuestan por el pluralismo.

El subtítulo de nuestro trabajo se refiere a la construcción de las figuras del *caudillo* y del *gaucho* en la literatura salteña de las primeras décadas del siglo XX, que se incorporaron a ésta después de ser reivindicados en Buenos Aires por los *nacionalistas* en varias tandas sintetizadoras de opuestos (que hemos llamado *olas de nacionalismo*¹⁰) atravesadas por el otro paradigma rioplatense de homogeneización propuesto por una fracción del sector dominante que le sirvió a éste para conservar el poder: el *mestizaje*. Aunque la recuperación de estas figuras significó una aparente “revalorización” de variables de la identidad que habían quedado interdictas bajo el paradigma *civilización-barbarie*, se trata, en el fondo, de textos que acompañaron no sólo una nueva etapa de predominio del mismo sector, sino también la continuidad de una manera de “imaginar la Nación”.

También hace alusión a la figura del indio que, al ser incorporada ya desde estos textos primerizos en lo que llamamos *fisuras a los paradigmas homogeneizadores* (Capítulo 2) y al provenir de paradigmas no rioplatenses como el *indianismo*, significó la recuperación de la variable de la identidad que había quedado siempre olvidada: lo indígena, o sea, las lenguas, las culturas y los modos de percibir el mundo propios de las culturas aborígenes. El indio fue filtrándose lentamente en los textos literarios, hasta convertirse (a partir de mediados del siglo XX, con la textualización de otro paradigma

un dinamismo. De una formación se transfieren a otra ciertos rasgos. El texto literario filtra la heterogeneidad (se presenta como interdiscursividad). La lectura puede detectarla. En *Escribir en el aire*, Lima, Ed. Horizonte, 1994.

¹⁰ El nacionalismo, cultivado según Jauretche por los primos pobres de la oligarquía llegó al interior en “oleadas” sucesivas. La metáfora contempla el avance que el nativismo y el revisionismo hicieron sobre el NOA y el repliegue que es similar al reflujó de la ola marina y que se da cuando los textos salteños

estético y cultural andino, el *indigenismo*) en emblema de un sector emergente en ascenso (la nueva promoción de escritores pertenecientes a la clase media), y —por eso mismo— en un motivo de inquietud para los sectores que aún ejercían el poder en Salta (Capítulo 3). Su presencia nos hizo pensar que se construía desde el comienzo (desde los textos producidos en las décadas del veinte y del treinta) un modo distinto de “imaginar la Nación”, propio de la frontera noroéstica. Esta hipótesis inicial fue descartada durante el transcurso de la investigación ya que, aunque las descripciones del indígena y del negro (o la atribución eventual de una voz propia) fisuraban en cierta manera el monolitismo de los textos construidos desde los *paradigmas homogeneizadores*, no llegaban a romperlos. Se producía, en cierta manera, la incorporación de esa figura marginal en un orden discursivo superior y se instauraba una especie de variante regional de los paradigmas mencionados. A pesar de estas afirmaciones, hemos subtitulado a los Capítulos 2 y 3 “llamado de atención”, “atisbo inquietante” (queda implícito “para los sectores dominantes”), ya que, sin que esto signifique evaluar los textos y sin teleologismo alguno, hemos constatado que las adopciones de nuevos patrones culturales y estéticos fueron un correlato textual de los corrimientos que iban sucediéndose en la sociedad: la literatura innovaba en el interior de una tradición y esa renovación tenía que ver con la actuación de nuevos sectores en la vida pública¹¹.

Pero nuestro subtítulo también hace alusión a actores incorporados en textos de finales del siglo XX; éstos, al conformarse a través del ingreso de múltiples voces con igual derecho a la opinión, permiten la inscripción de varias formas diferentes de evaluar el mundo indígena. La reflexión surgida de la lectura de estos textos ficcionales que construyen mundos posibles de respeto a la alteridad y de los producidos desde la

construidos desde el nacionalismo se leen o se representan en Buenos Aires. Esta lectura del nacionalismo es uno de los aportes de esta tesis.

¹¹ Piénsese que la adopción del *indigenismo* por parte de los escritores pertenecientes a sectores medios en el NOA se realiza en simultánea con el ascenso del peronismo al gobierno de la Nación.

antropología o la legislación, podría conformar una “comunidad imaginada” cuyo pensamiento de la Nación estuviera de acuerdo con las concebidas en la actualidad, que asumen la heterogeneidad e integran la diversidad.

Es importante aclarar que los textos pertenecen a tres momentos diferentes de la producción literaria salteña. Los primeros son textos cuya adhesión al *nacionalismo* es muy evidente. Se trata de “El viento blanco” (1922)¹² y *La tierra en armas* (1926)¹³ de Juan Carlos Dávalos y de *En tierras de Magú Pelá* (1932)¹⁴ de Federico Gauffin (Capítulo 2). Los del segundo momento, rechazan esta ideología y el paradigma del *mestizaje* para adherirse al del *indigenismo*. Se trata de poemas extraídos de *Luna Muerta* (1944) y de *Copajira* (1949)¹⁵ de Manuel J. Castilla y de cuentos de *El llamaviento* (1974)¹⁶ y una novela *La heredad de los difuntos* (1977)¹⁷ de Francisco Zamora (CAPÍTULO 3). A pesar de contar todos con la presencia del *indio* y de que éste ha sido construido desde paradigmas estéticos andinos, el *indianismo* (los del Capítulo 2) y el *indigenismo* (los del Capítulo 3)—, en los textos no se construye aún un modo diferente de “imaginar la Nación” ya que, como decíamos recién, aunque se fisura (con la incorporación de algún actor interdicto) alguno de los *paradigmas homogeneizadores*, o se los descarta definitivamente, éstos no llegan a perder totalmente su eficacia. Estos matices no fueron percibidos cuando algunos de ellos fueron integrados al canon de la literatura nacional y considerados por la crítica capitalina como textos “regionalistas”¹⁸. Se obliteraron así sus

¹² Juan Carlos Dávalos, *Cuentos y relatos del Norte Argentino*, Buenos Aires, Austral, 1977. El título va entre comillas para no confundir el nombre del cuento que aquí analizaremos con el del libro en el que el cuento apareció después de haber sido publicado en el diario *La Nación* de Buenos Aires.

¹³ Juan Carlos Dávalos, *Obras completas*, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1998, p. 383 y ss.

¹⁴ Federico Gauffin, *En tierras de Magú Pelá*, Salta, Comisión Bicameral Examinadora de Obras de Autores Salteños, 1994.

¹⁵ Manuel Castilla, *Obras completas*, Tomo 1, Buenos Aires, Corregidor, 1984.

¹⁶ Francisco Zamora, *El Llamaviento*, Salta, Ediciones Culturales, 1974.

¹⁷ *La heredad de los difuntos*, Buenos Aires, Orión, 1977. En los análisis de todos los textos mencionados y de los que se nombran en la Notas 20 y 21, las citas se harán colocando entre paréntesis el número de página, por la edición mencionada en esta primera oportunidad.

¹⁸ Ver VV. AA., *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, Tomo 2.

diferencias: no se pudo, o mejor, no se quiso (no hay periodizaciones ni rótulos inocentes) verlas¹⁹.

El último grupo, las novelas *Trenes del sur* (1988) de Carlos Hugo Aparicio y *Las vueltas del perro* (1998) de Santos Vergara²⁰, pertenece a un tercer momento de la literatura salteña que se caracteriza por la recepción de los hallazgos de la “nueva novela”, también usados por el “neoindigenismo”. Los trabajaremos en el Capítulo 4²¹.

Las preguntas que rigieron esta investigación fueron varias y sucesivas. Al pensar que la presencia emblemática de *caudillos* y *gauchos* (propuesta desde el *centro*) existía junto al registro de los modos de percibir de *indios* y negros en los textos salteños de comienzos del siglo XX y preguntarnos si esto constituía un modo diferente de “imaginar la Nación”, respondimos negativamente. También lo hicimos con la pregunta siguiente: la admisión de paradigmas no rioplatenses en los textos de mediados de ese siglo que colocan al indio en un lugar central ¿es un nuevo modo de imaginarla? La respuesta fue positiva en el caso de: ¿el indígena es sólo una construcción emblemática utilizada por un sector emergente en ascenso? También lo fue para la que sigue: la transformación de los procedimientos narrativos, la acogida de nuevos puntos de vista y nuevas evaluaciones del mundo indígena, unidas al alejamiento de las auráticas construcciones de emblemas y a la circulación conjunta con textos que propugnan la interculturalidad realizado hacia el final de esa centuria ¿constituye un aporte a un pensamiento diferente de la Nación, realizado desde las fronteras?

¹⁹ Dejamos aquí planteado el problema. Captar matices diferenciales puede servir de fundamento para una periodización de los textos hecha por quienes compartimos sus “condiciones productivas” a fin de poner en evidencia lo obliterado por las lecturas hechas desde el *centro*.

²⁰ Carlos Hugo Aparicio, *Trenes del sur*, Buenos Aires, Legasa, 1988. Santos Vergara, *Las vueltas del perro*, Salta, Víctor Manuel Hanne Editor, 1998.

²¹ Las novelas de un contemporáneo de Aparicio, jujeño de nacimiento como él, fueron incorporadas a los programas de Literatura Argentina de la UBA, bajo el oximorónico rótulo de “regionalismo no regionalista”.

Además de los conceptos que dieron origen a esta propuesta “comunidades imaginadas”²² y “ficciones fundacionales”²³, las duplas que nos permitirán ir desarrollando las respuestas a las preguntas planteadas provienen de las ciencias sociales y de los estudios semióticos y literarios. Son los binomios “centro-periferia”²⁴, “homogeneidad-heterogeneidad”²⁵, implícitos en el título, a los que se suma el de “monologismo” y “polifonía” tomado de los trabajos de Mijaíl Bajtín²⁶ cuya incorporación se justifica en el hecho de que las prácticas homogeneizadoras están sostenidas desde un discurso totalmente monológico en el que “una conciencia abarca a las otras”²⁷ y cuyas “evaluaciones”²⁸ son terminantes aunque lleven en sí el germen del cuestionamiento. Por el contrario, la heterogeneidad tiene que ver con la polifonía. Al estudiar los textos de Dávalos y de Gauffin que colocan al *gaucho* en un sitio de honor, veremos que, si bien incorporan al *indio* como personaje y acogen eventualmente su palabra y su lengua (la novela de éste último se acerca a la “literatura de fronteras”), sirviéndose de los modelos no rioplatenses ya mencionados que acá definimos (la “novela de la tierra”²⁹, en la que ésta se presenta como devoradora de hombres y el “indianismo”, “idealización romántica del mundo indio”³⁰), sólo permiten su ingreso para marcarle el lugar de la subordinación. Los

²² Benedict Anderson, *op. cit.*

²³ Doris Summers, *op. cit.*

²⁴ Raúl Prebisch, *El desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas*, Santiago de Chile, CEPAL, 1949 y Victoria Cohen Imach, *De utopías y desencantos: campo intelectual y periferia en la Argentina de los '60*, Tucumán, U.N.T., Facultad de Filosofía y Letras, I.I.E.L., 1994.

²⁵ Cornejo Polar, *op. cit.*

²⁶ Mijaíl M. Bajtín, *Problemas de la poética de Dostoievski*, México, F.C.E., 1979, traducción de Tatiana Bubnova.

²⁷ *Ibid.*, p. 33.

²⁸ “Orientación y valoración (o evaluación) son dos conceptos que se tocan en Bajtín, pero no se confunden. La valoración es inherente al material lingüístico: el signo en sí mismo es valorativo, contiene una valoración que siempre supone la posibilidad de ser cuestionada; es decir, contiene, en realidad, por lo menos dos valoraciones contradictorias, una evidente, otra latente”, en Elsa Drucaroff, *Mijaíl Bajtín, la guerra de las culturas*, Buenos Aires, Editorial Almagesto.

²⁹ Mariano Morínigo “El contorno natural en la novela de la tierra”, en *Estudios sobre nuestra expresión*, Tucumán, El Cardón, 1965.

³⁰ Tomás Escajadillo, *La narrativa indigenista peruana*, Lima, Editorial Mantaro, 1994, p. 42. Escajadillo utiliza la división entre “indianismo”, “indigenismo” y “neoindigenismo”. Lo seguimos para evitar circunloquios y repeticiones de palabras ya que Antonio Cornejo Polar, en *Literatura y sociedad en el Perú. La novela indigenista*, Lima, Lasontay, 1980, utiliza “indigenismo romántico” para el del siglo XIX, “indigenismo literario”, para referirse al de los años veinte. En *Escribir en el aire, op. cit.*, agrega la

textos de Castilla y Zamora lo colocan en un lugar protagónico pero, como todo el “indigenismo” y su carga de un “sentimiento de reivindicación social”³¹, ese lugar corresponde al polo de sombras de la dicotomía opresor-oprimido. En el nivel de la historia (textos de Zamora) el indígena es capaz de llevar a cabo su propia liberación (valoración positiva de los “sujetos del enunciado”³²), pero este gesto está borrado a nivel de “enunciación” ya que el “enunciador” es una especie de portavoz que, ya como “sujeto lírico” (textos de Castilla) ya como “narrador” (textos de Zamora), habla por el otro y denuncia la situación del indio, lo que implica que éste sigue siendo un sujeto que no tiene capacidad para manifestar su propia condición de explotado. Además, con ese gesto no se busca en absoluto su promoción, sino que se lo utiliza como “emblema”³³ de las luchas de otro sector. Con los textos “neoindigenistas” del Capítulo 4, contruidos desde lo “real maravilloso” que devela “zonas antes inéditas del universo mítico del hombre andino”³⁴ esto se revierte ya que al ingresar diversas “voces narrativas” (entre ellas la de un niño que es alter ego de un indio, que no es colocado en el lugar de la subordinación), hay muchas evaluaciones diferentes entre la que se destaca una altamente positiva de los sectores populares y del mundo indígena (de los “sujetos del enunciado”). Recordemos que la “polifonía textual” aparece organizando tanto la forma como el contenido de las obras y textualiza las fuerzas históricas y las voces de la época (sociales, políticas, ideológicas)³⁵. En este último caso, la posibilidad de “focalización interna”³⁶ viene a oponerse a los

“recomposición del orden discursivo indigenista, o neoindigenista” (p. 207), y reconoce, en nota al pie, que el mejor aporte para la periodización del indigenismo sigue siendo Escajadillo.

³¹ Tomás Escajadillo, *op. cit.*

³² Este término y varios de los que siguen pertenecen a la teoría de la enunciación. Ver A.J. Greimas y J. Courtés, *Semiótica. Diccionario razonado de las ciencias del lenguaje*, Tomo II. Madrid, Gredos, 1991.

³³ Armando Silva, *Imaginario urbanos. Cultura y comunicación urbana*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1997. Silva define al *emblema* como el estandarte propio de un territorio y un tiempo determinados. El término será usado frecuentemente en el transcurso de esta investigación.

³⁴ Tomás Escajadillo, *op. cit.*, p.55.

³⁵ Mijaíl Bajtín, *op. cit.*, p. 63. Es importante aclarar en este punto que este trabajo no niega la existencia de novelas polifónicas aparecidas en otras regiones del país, incluido Buenos Aires; lo que afirma es que en la polifonía textual de las novelas salteñas se incorporan voces infantiles que evalúan positivamente lo andino o se convierten en un “alter ego” del indígena.

³⁶ Gerard Genette, *Discurs du recit*, Paris, Seuil.

relatos de narrador omnisciente (“relatos no focalizados”³⁷, en la terminología de Gerard Genette) de los Capítulos 2 y 3. Los conceptos “condiciones de producción”³⁸, tomado de la práctica teórica de Eliseo Verón, “campo intelectual”³⁹ y “habitus de clase”⁴⁰ extraídos de la de Pierre Bourdieu, serán usados eventualmente para hacer explícitos los contextos y las luchas por el dominio en el interior de un “campo literario” determinado. El concepto de “actor”, sacado de la semiótica reemplazará, a veces, al de personaje. Analizaremos en los textos fundamentalmente la construcción de los actores (sujetos del enunciado), las voces (sujetos de la enunciación) y las focalizaciones.

³⁷ *Ibidem.*

³⁸ Eliseo Verón. *La semiosis social. Fragmentos para una teoría de la discursividad*. Buenos Aires, Gedisa, 1987.

³⁹ Pierre Bourdieu y Loïc J.D. Wacquant, *Respuestas por una antropología reflexiva*, México, Ed. Grijalbo, 1995; y Pierre Bourdieu, *Campo del poder y campo intelectual*, Buenos Aires, Folios, 1983.

⁴⁰ Pierre Bourdieu, *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1998.

1. IMAGINAR DESDE EL CENTRO: LOS GRANDES PARADIGMAS HOMOGENEIZADORES DE LA CULTURA ARGENTINA

a. Imaginar y construir la Nación desde un centro. Las estrategias homogeneizadoras implementadas desde el liberalismo. El paradigma civilización-barbarie.

En las primeras décadas del Siglo XIX y ante la imposibilidad de creación de una conciencia nacional a gran escala⁴¹, el vasto imperio español se disgrega. A las guerras de la Independencia se suceden las guerras intestinas entre los caudillos que comandan las milicias que habían tomado conciencia de su poderío durante las primeras⁴².

Hacia mediados del siglo, en las Provincias Unidas del Río de la Plata, durante el gobierno de uno de esos caudillos, Juan Manuel de Rosas⁴³, las escrituras de quienes sufrían exilio en Montevideo (*Amalia* de Mármol) y en Santiago de Chile (*Facundo* de Sarmiento, entre otras) se convierten en las “ficciones fundacionales”⁴⁴ y en los programas políticos que significan para Argentina los primeros intentos tendientes a una organización nacional alrededor de la idea de democracia liberal y va perfilándose un modo posible de “imaginar la Nación”. Los textos aparecen como folletines acompañando a los periódicos que constituían el acceso de la burguesía exiliada a la información. Ambos, los folletines y los periódicos, conforman entre los proscriptos la “comunidad de impresión” a la que Benedict Anderson atribuye la producción de los nacionalismos⁴⁵ en el terreno de la imaginación democráticamente compartida⁴⁶. Los textos programáticos y ficcionales, que van generando la “comunidad imaginada”, parten de una interpretación de las condiciones contemporáneas.

⁴¹ Benedict Anderson, *op. cit.*, atribuye al limitado desarrollo técnico de la imprenta la imposibilidad de generación de una única “comunidad imaginada” a escala continental.

⁴² Arturo Roig, *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, México, F. C. E., p. 287

⁴³ Político argentino (1793-1977). Durante dos decenios se convirtió en el árbitro del país hasta su caída en la Batalla de Caseros en 1852. A partir de esa fecha, buscó refugio en Inglaterra.

⁴⁴ Doris Sommers, *op. cit.*

⁴⁵ Podríamos hablar de “proto-nacionalismos” para distinguirlos del *nacionalismo* usado como recurso para conservar el poder al que nos referimos cuando hablamos de las *olas de nacionalismo*.

⁴⁶ Benedict Anderson, *op. cit.* La idea es retomada por Doris Sommers, *op. cit.*

Se adopta la lectura dicotómica de la realidad, que simplifica la variedad en la fórmula *civilización-barbarie*. Se coloca en un primer polo —el evaluado positivamente— al “doctor” de formación europea, vestido de frac y en un segundo —el desvalorizado— al caudillo, al gaucho y al indio. Se trata de un pensamiento que borra lo diferente ya que se planea derrotar al *caudillo*, marginar al *gaucho* y al *indio* y colonizar el país con inmigrantes blancos que hagan crecer las ciudades y florecer los campos⁴⁷.

Si en los planos actorial y espacial, la *civilización* equivale a varón letrado, de raza blanca y vestido de frac y a ciudades “a la europea”, y la *barbarie* a los caudillos, los gauchos, y los indios (sumidos en la ignorancia y determinados por su entorno, las campañas pastoras del interior del país), en el plano temporal, la *civilización* es equiparada con el siglo XIX y la agenda liberal (progreso, libre comercio, inmigración, educación) mientras que *barbarie* con los siglos coloniales y el despotismo español, del que es continuación el opresor modo de actuar de los caudillos novecentistas. Esta esquemática manera de leer y de evaluar la realidad del momento, típicamente romántica, se constituye en un *paradigma homogeneizador* porque, leídos los actores, el espacio y la época desde esa bipartición, las políticas estatales que se implementen a partir de su triunfo a nivel ideológico, tenderán al triunfo del primer polo y a la supresión del segundo.

Vamos a referirnos a la actuación de los hombres de la Generación del 37 porque son ellos quienes “imaginaron y construyeron la Nación” desde este esquema. El Salón Literario y la Asociación de Mayo fueron los primeros foros de debate de ideas, cuando después de las largas luchas de la independencia, el país se encuentra sumido en la anarquía por las contiendas entre unitarios y federales. Sus miembros fueron innovadores en arte y en política. Plantearon la necesidad de invención de una literatura verdaderamente argentina, lo que se relacionaba con el “color local” característico del romanticismo en

⁴⁷ La dicotomía está presente, como es de todos conocido, en *Facundo, op. cit.*, y también en otros textos de la generación como en *Amalia op. cit.*, en la que se afirma que, en esos tiempos, había un “duelo a muerte

boga y la de una Nación hecha a la medida de los tiempos y de sus sueños. El doble frente de actuación se imbrica, ya que en los textos literarios de temática nacional se va dibujando el homogeneizador modo de imaginarla.

Si en el orden temporal, las luchas de esta generación estaban destinadas a permitir la llegada del *liberalismo* y el fin del despotismo colonial y caudillista, en el espacial impulsaban el triunfo de las ciudades sobre las campañas; en el plano actorial, un marcado racismo les hacía preferir la colonización con hombres educados y laboriosos de la Europa del norte, a promover a toda laya de mulatos, mestizos e indios, nacidos en su propio país. Se pone de manifiesto la idea sostenida por el grupo de que la Nación debe ser un todo uniforme y la práctica política debe homogeneizar.

Sin embargo, pasado el momento de la actuación generacional y durante los años del exilio al que los había condenado la época de Rosas, comienzan a percibirse entre sus miembros los matices diferenciales en sus modos de “imaginar la Nación” (el matiz polémico anunciado, cfr. Nota N° 4) y de buscar estrategias para gobernarla. Juan Bautista Alberdi⁴⁸ decía que para gobernar era necesario “conocer el propio pueblo y sus necesidades”⁴⁹, mientras que Domingo Faustino Sarmiento, en nombre de un gobierno culto, proponía imponer una *civilización* de tipo europeo en la región del Plata.

En *Facundo*, Sarmiento⁵⁰ había denigrado, por ejemplo, el americanismo de Rosas por su relación con los aspectos más despreciables de los gobiernos autoritarios y de la *barbarie* rural y había anticipado, casi al pie de la letra, la dirección que seguiría el país después de la caída de Rosas.

entre la libertad y el despotismo, entre la civilización y la barbarie”.

⁴⁸ Jurisconsulto y político argentino, nacido en Tucumán (1810) y muerto en París (1884), autor de las *Bases y puntos de partida para la organización de la república argentina*.

⁴⁹ Willam H. Katra, *La generación del 37. Los hombres que hicieron el país*, Buenos Aires, Emecé editores, 2000, p. 59. En lo que hace a la actuación de la generación del 37, seguimos a este autor.

⁵⁰ Periodista, escritor, maestro, diplomático y político argentino, nació en San Juan en 1811, fue presidente de la Nación desde 1868 a 1874 y murió en Paraguay 1888.

El enfrentamiento entre las facciones con conceptos distintos para el gobierno de la Nación, tuvo su punto máximo en ocasión de la ayuda solicitada a las potencias extranjeras a fin de terminar con la “tiranía” de Rosas. Esteban Echeverría⁵¹ pensaba que no había que solicitarla y además estaba seguro de que la cultura argentina debía “apoyarse con firmeza sobre los elementos nacionales que conformaban en ese momento su realidad social y demográfica”⁵². Las simpatías por los “elementos nacionales” provenían —tal vez— de su temprano contacto con la clase baja urbana y su amor a la música y las costumbres de la gente sencilla, los peones que vivían en su humilde estancia a 80 Km. de la ciudad de Buenos Aires. A pesar de que en “El matadero”⁵³ se evidencia su pacto de clase con la elite culta, en muchos otros escritos se muestra su simpatía por la gente común, fruto de la cruce de razas. La crítica literaria ha marcado para este texto, así como para el *Facundo* de Sarmiento, el colorido que tienen las descripciones de los personajes colocados en el polo de la barbarie, como si existiera en estos autores una secreta admiración por los “bárbaros”⁵⁴ que se escapa en sus textos a la manera de un “lapsus linguae”⁵⁵. Y esto ocurre porque —según Regine Robin— todo texto literario digno de ser tenido por tal, posee un inconsciente⁵⁶. A través de sus “apariciones”, el texto cae en contradicción y es como si las discordancias que estamos planteando entre los miembros de la generación estuvieran también presentes en sus propios textos. Noé Jitrik llega a

⁵¹ Mentor de la Generación de 1837. Al volver de París introdujo al país la novedad del Romanticismo y del socialismo. Autor de *La Cautiva* (Buenos Aires, CEAL, 1967) y “El matadero” en *Prosa literaria*, Buenos Aires, Editorial Estrada, 1944.

⁵² Willam H. Ktra, *op. cit.*, p. 131.

⁵³ Esteban Echeverría, *Prosa literaria, op.cit.*

⁵⁴ Véanse, en este sentido, la colorida pintura de la figura de Matasiete, frente a la desdibujada del Unitario en “El Matadero”. y las que realiza Sarmiento en *Facundo* del gaucho malo, el rastreador y el cantor.

⁵⁵ Hablamos de “lapsus” en el sentido traslativo en que es usada la palabra por la sociocrítica para aplicarla a los textos literarios. En este caso, la admiración por el bárbaro, se escapa como un lapsus, al proyecto consciente de su autor. Es fácil rastrearlos cuando se conoce su adhesión a partidos políticos y/o su ideología. Ver Regine Robin y Marc Angenot, *Sociocriticism, I*, julio de 1988, traducción de Zulma Palermo (1990).

⁵⁶ Regine Robin, *Curso Literatura y discurso social*, Córdoba, CEA, 1994. Regine Robin, como toda la sociocrítica, imbrica la sociología con el psicoanálisis y dice que los textos literarios poseen un inconsciente. El uso evidentemente metafórico del término “inconsciente”, al ser aplicado a los textos permite explicar porqué, muchas veces, en el texto literario se escapan adhesiones a figuras e ideologías que contradicen el proyecto consciente del escritor.

estudiar no sólo la simpatía por el interior, sino también y muy a fondo, la transformación que experimenta el caudillo riojano en el texto de Sarmiento⁵⁷, como parte de la evolución del campo a la ciudad y desde la *barbarie* a la *civilización*, que debía experimentar la sociedad toda.

Después de la caída de Rosas, las diferencias entre los miembros de la Generación se hicieron más marcadas a partir de la división tajante entre la Confederación de las provincias del interior liderada por Justo José de Urquiza⁵⁸, el caudillo de Entre Ríos que había dado la estocada final a Rosas, apoyada por Alberdi; y Buenos Aires que, liderada por Bartolomé Mitre⁵⁹ y Valentín Alsina⁶⁰ y contando con el respaldo de Sarmiento, hizo intentos de autonomizarse del resto del país. Alberdi escribe las Bases para la Constitución, donde el lema “gobernar es poblar” muestra su marcado racismo, pues al pronunciarlo sugiere sustituir la población nativa por inmigrantes y cae en contradicción con su idea anterior acerca de la necesidad de conocer al propio pueblo para gobernar. A pesar de esto y a diferencia de Sarmiento y Mitre, consideraba que los *caudillos* del interior eran una fuente de estabilidad presente y futura. Sarmiento era poco optimista acerca de la receptividad que se podía encontrar entre los indios y los gauchos hacia las ideas progresistas, y hablaba de las ventajas de una guerra de tierra arrasada contra el sistema caudillista. Por eso comandó la campaña en el marco de la cual fue ultimado el caudillo sanjuanino Ángel “El Chacho” Peñaloza, hombre muy querido en casi todo el interior del país. Planteó políticas similares para los gauchos ya que llegó a decir a Mitre en una carta: “No trate de economizar sangre de gauchos. Éste es un abono que es preciso hacer útil al

⁵⁷ Noé Jitrik, *Muerte y resurrección de Facundo*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

⁵⁸ Gobernador de la provincia argentina de Entre Ríos que venció a Rosas en la batalla de Caseros. A partir de entonces presidió la Confederación Argentina e inició la organización nacional. (1800-1870).

⁵⁹ Como militar actuó en la campaña contra Rosas y años después en la Guerra de la Triple Alianza. Como político y al final de las luchas civiles (1862) fue presidente de la Argentina. Como historiador, escribió las biografías de Manuel Belgrano y de José de San Martín, héroes de la Independencia. Su escritura historiográfica fue estudiada por Ricardo Costa y Danuta Mozeico, en *El discurso como práctica. Lugares desde donde se escribe la historia*, Rosario de Santa Fe (Argentina), Homo Sapiens Ediciones, 2001.

país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos”⁶¹. La visión esquemática de la realidad de ese momento, presente en el *Facundo* —más allá de las ambigüedades y transformaciones que puedan leerse en la construcción de sus personajes— no se había alterado todavía varios años después de la caída de Rosas. Seguían siendo superiores la ciudad-puerto, el progreso y la república liberal frente a las provincias, el estancamiento y el régimen caudillista. Sarmiento no era partidario de la autonomía de Buenos Aires, la creía destinada a ocupar un lugar importante en la vida nacional y soñaba a partir de ese centro, una Nación fuerte que uniera a todas las provincias del territorio argentino. A pesar de las contradicciones entre los miembros y de algunos “lapsus” a la hora de construir los personajes de la barbarie, que podemos leer sobre todo en la construcción de caudillos y de gauchos, el denominador común de la generación es el concepto altamente negativo que tenían de las poblaciones indígenas. Consideraban desafortunada la presencia de razas biológicamente inferiores existentes en el país, su bajo nivel de educación, sus valores y costumbres primitivos y sus tradiciones anticuadas. Esto los llevó a planear el exterminio de los *indios*, por un lado y la inmigración, por otro. Afirmaron que debían venir europeos del Norte, dado que los italianos del sur y sobre todo los españoles resultaban indeseables por su relación con los que sojuzgaron estas tierras durante los siglos coloniales. Sin embargo, abiertas las puertas a “todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino” como reza el Preámbulo de la *Constitución de la Nación Argentina*, llegaron éstos y también personas que provenían del Oriente y de los países árabes que no pertenecían a las razas incorporadas al proyecto de esta generación.

Entre las décadas de los sesenta y de los ochenta del siglo XIX, después de las cruentas batallas entre Buenos Aires y la Confederación y lograda la organización nacional, los hombres que durante el exilio habían propiciado con sus escritos la formación

⁶⁰ Político argentino que actuó a favor de Buenos Aires en las luchas entre esta ciudad y la Confederación Argentina.

de la comunidad que había “imaginado la Nación” liberal se encuentran en el poder y sus programas son puestos en marcha. Junto a las políticas inmigratorias y culturales, se llevan a cabo prácticas de exterminio.

Durante ese siglo, los hombres de las ciudades habían padecido la incursión frecuente de los malones *indios*. A fines de éste, los sectores dominantes dieron una solución radical y las zonas aún habitadas por aborígenes fueron “pacificadas”⁶² en “gestas” que se caracterizaron (fundamentalmente la de la Patagonia, llamada “Conquista del Desierto”⁶³ de 1879 y la del Gran Chaco de 1884) por su semejanza no con la Conquista Española sino con la Conquista del Oeste norteamericano. Fueron verdaderos genocidios. Mediante la apropiación de esos vastos territorios a los circuitos económicos, se construía la Nación.

A las estrategias duras de las conquistas militares, se sumaron los esfuerzos, realizados por los *liberales* durante todo el XIX para crear la existencia de una idea común y homogénea de Nación desde lo cultural. Al uso intensivo de los símbolos nacionales se agregó un crecimiento inusitado de la escolarización que llegó hasta los rincones más alejados. Este impulso culmina en la Ley Avellaneda de educación del año 1884⁶⁴.

El imperativo de ser un país blanco, “transplantado”, por oposición a los países que eran “testigos”⁶⁵ de las grandes civilizaciones amerindias precolombinas (la total negación de la hermandad con ellos está implícita en los proyectos homogeneizadores), fue

⁶¹ William Katra, *Op cit.*, p. 267

⁶² Usamos en este caso la palabra utilizada por los chilenos para una operación similar a la realizada por la Argentina en la araucanía. Acerca de estos paralelismos, ver Álvaro Fernández Bravo, *Literatura y Frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

⁶³ “La palabra “desierto” se utilizaba en la Argentina para designar la zona no conquistada (...) Puede pensarse como un significante que invita a la ocupación”. *Ibidem*, p. 171.

⁶⁴ Carlos Rama, *Historia de América Latina*, Barcelona, Bruguera, 1978, p. 70.

⁶⁵ El antropólogo brasileiro Darcy Ribeiro propuso para los países latinoamericanos la tipología de pueblos testigos, pueblos transplantados y pueblos nuevos. Al primer grupo pertenecen países con alta densidad de población indígena pura como Ecuador, Bolivia, Perú y México; al segundo, la Argentina, Chile y Uruguay. Ver Alain Rouquier, “Introducción” a *Extremo Occidente*, Buenos Aires, EMECÉ, 1990.

amplificándose a medida que se fueron poblando los “desiertos” con colonias de inmigrantes europeos⁶⁶.

A pesar de todas estas maniobras, realizadas dentro del primer paradigma de la homogeneización, entre 1870 y 1880, la literatura, “laboratorio (...) de transgresiones”⁶⁷, que durante el predominio caudillista había imaginado desde el exilio la Nación liberal, comienza a invertir sus planteos y a mostrar las penurias de los postergados: el caudillo, el gaucho, el indio, y la precariedad de los esquemas dicotómicos. Aparecen entonces autores como Lucio V. Mansilla, cuyo parentesco con Rosas y cuyas expediciones a tierras de aborígenes le permitieron mirar las cosas desde otro lado en *Una excursión a los indios ranqueles* (1870)⁶⁸; como José Hernández que se anima a enfrentar a Sarmiento en una encendida defensa de Ángel Peñaloza y que poco tiempo después describe las penurias del gaucho en *Martín Fierro* (1872 y 1879)⁶⁹ y como Eduardo Gutiérrez que en *Juan Moreira* (1880)⁷⁰ intenta denunciar la injusticia vigente.

Según Jens Anderman, con el primero de los libros nombrados “se da vuelta todo un sistema de jerarquías topológicas que la imaginación letrada creía indiscutibles”⁷¹. En esa década y la siguiente, los relatos de viajeros y la llamada “literatura de frontera”, aunque acompañen el proceso de avanzar sobre los confines y de “construir la Nación”, operarán en un sentido semejante⁷². Dice Álvaro Fernández Bravo: “la narrativa de la frontera no puede leerse unilateralmente bajo la voluntad por consolidar un *statu quo* (...)”

⁶⁶ Carlos Rama, *op. cit.*, pp. 66 y 67.

⁶⁷ Beatriz González Stephan, “Políticas de higienización: la limpieza del cuerpo y lenguas nacionales (s. XIX)”, en J.A. Mazzotti y J. Zeballos Aguilar, coord., *Asedios a la heterogeneidad cultural. Libro de homenaje a Antonio Cornejo Polar*, Asociación Internacional de Peruanistas, Philadelphia, 1996, p. 246.

⁶⁸ Lucio Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), Buenos Aires, Ceal, 1997.

⁶⁹ José Hernández, *Martín Fierro*, Buenos Aires, Losada, 1975.

⁷⁰ Eduardo Gutiérrez, *Juan Moreira*, Buenos Aires, CEAL, 1980.

⁷¹ Jens Andermann, *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2000, p. 114.

⁷² Hacemos alusión a Lucio Mansilla, *op. cit.* y a los relatos de Santiago Estrada, *Viajes*; del Perito Francisco Moreno, *Viaje a la Patagonia Austral*; y de Roberto Payró, *La Australia Argentina*, analizados magistralmente en *ibid.* y en Fernández Bravo, *op. cit.* En lo que hace a Salta, *En tierras de Magú Pelá* (*op. cit.*) de Federico Gauffin, es un texto que vamos leer como “literatura de fronteras”.

sino que a menudo pone en crisis los presupuestos civilizadores que sustentan la acción del Estado»⁷³.

b. Conservar el poder. Nacionalismo y mestizaje. Las olas nacionalistas reivindican a los caudillos, al gaucho y a las literaturas del interior.

Al finalizar el apartado anterior vimos cómo la literatura, al filtrar la memoria de los marginados, muestra la precariedad de las lecturas polarizadoras de la realidad y obliga al replanteo. Se genera entonces un segundo *paradigma de la homogeneidad* cultural, el *mestizaje* que, al conciliar los polos antagónicos, planea, en concordancia con lo realizado en el filo del siglo XIX en otras naciones hispanoamericanas⁷⁴, la supuesta finalización de los conflictos a través de figuras de mestizos estilizados a través de la escritura, como los caudillos y los gauchos. Esta representación llegó al interior de la República Argentina, de la mano del *nacionalismo* y lo hizo en sucesivas olas que fueron incorporando ya actores, ya regiones, desvalorizados desde la dicotomía *civilización-barbarie*, al tiempo que depreciaban actores identificados con la *civilización* como los inmigrantes. Podemos afirmar (sin temor a equivocarnos) que las activas tomas de posición de estos nuevos agentes sociales que permitieron el avance de una fuerte clase media, tuvieron mucho que ver también en la generación del nuevo paradigma. Aclaremos que el nacimiento de cada ola no implica que la anterior haya concluido, sus efectos pueden seguir vigentes aún en nuestros días. La primera comienza a gestarse en 1890, pero hace su eclosión hacia 1900. La segunda, hace lo propio hacia 1910 y la tercera, hacia 1920.

⁷³ Álvaro Fernández Bravo, *op. cit.*, p. 57.

⁷⁴ Movimientos paralelos hubo en Perú con la canonización de *Los comentarios reales* del inca Garcilaso de la Vega y la de su autor como símbolo del Perú propuesta por Riva Agüero y por un grupo minoritario en un intento de conciliar corrientes fuertemente divorciadas como el indigenismo de González Prada y el hispanismo de García Calderón y en Bolivia con la formulación de un mestizo ideal. Ver al respecto: Antonio Cornejo Polar, *op. cit.*, p. 104 y Javier Sanjinés, *Subalternity within the "Mestizaje ideal" Negotiating the "Lettered Project" with the Visual Arts*, *Rev. Nepantla. Views from South* 1.2, 2000.

- La *primera ola*, la que terminó reivindicando a los caudillos, comenzó culpando a la inmigración por la pérdida de los valores tradicionales. Hizo su irrupción en 1890, en el que hubo una crisis fuerte del paradigma *civilización-barbarie* y en el que se producen el fin de los viajes subsidiados para inmigrantes y las primeras expulsiones causadas por ineptitud o por participación en movimientos sindicales. Durante ese año, se había realizado por primera vez la celebración del 1º de Mayo con presencia casi exclusiva de inmigrantes, quienes, por su modo de deformar el español al hablar⁷⁵, comenzaron a ser desplazados por los sectores dominantes hacia el casillero de la *barbarie*⁷⁶.

A partir de esa década, la elite letrada, que había sido reacia a dejar de lado los privilegios jerárquicos que le daba la lectura dicotómica de la realidad, en la que uno de los términos era evaluado positiva y otro negativamente, y que había sido la justificación teórica de la homogeneización, se acerca en el *nacionalismo* y genera un paradigma basado en la conciliación de opuestos, el *mestizaje*, a través del cual comienza a efectivizar la reivindicación de los sujetos por siempre postergados, como una estrategia de conservación del poder.

En los primeros años del siglo XX, las primeras expresiones del revisionismo histórico examinan la historia oficial, la escrita por el General Mitre y algunos sujetos que, en los textos del siglo XIX, en las “ficciones fundacionales”, representaban la *barbarie*, comienzan a ser redimidos: los caudillos son reivindicados. Domingo Ighina se refiere a David Peña, que es uno de los iniciadores de este primer revisionismo, y dice: “Este (...) autor, cuyo texto se compone de una serie de conferencias dictadas en 1903 en la Facultad

⁷⁵ Aludimos al uso que hacían del “cocoliche”. Es el término genérico que se utilizó a partir de 1884 para referirse al castellano hablado por italianos. El término parte del personaje Francisque Cocoliche que había sido anexado por un actor a la pantomima basada en el *Juan Moreira op. cit.* de Gutiérrez, enriquecida ya para ese entonces con diálogos. En esta instancia jugaron un papel importante las “ficciones fundacionales”. Los nacionalistas aconsejaban su lectura porque según Sommers: “their promise of a nationalizing embrace was particularly appealing after massive immigration in some countries seemed to threaten a cultural core (...)”, *op. cit.*, p. 51.

de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, centrará su tarea revisionista de la historia nacional, en la recuperación de la figura de Facundo Quiroga, como encarnación y sentido del proyecto político federal.”⁷⁷.

Este revisionismo abarca las tres primeras décadas del nuevo siglo y, en las antípodas del que surge hacia 1945, al revalorizar a los caudillos sin bajar de su pedestal a los que los habían menospreciado como el General Mitre, legitima el predominio conservador⁷⁸. Se trata de un revisionismo elitista que incorpora a los caudillos como héroes del panteón de las glorias de la Patria y amplía, desde el esquema conciliador de opuestos, el radio de dominio del sector que anteriormente los había vilipendiado.

Diana Sorensen, refiriéndose a maniobras de este tipo, dice: “Una cultura dominante puede acomodar y manipular formas contraculturales de modo de ampliar su alcance y conservar su autoridad”⁷⁹.

En un paralelismo con el accionar de los historiadores y de escritores que han iniciado su tarea revisionista de la historia oficial desde principios del siglo XX, Bernardo Frías⁸⁰ y Juan Carlos Dávalos rescatan a Martín Miguel de Güemes, caudillo provincial salteño, en una escritura historiográfica y en un teatro de corte histórico que vuelve a conformar el panteón de los héroes de la Nación. En efecto, Frías escribe, a comienzos del siglo, la *Historia del General Güemes y de la Provincia de Salta*. Por otro lado, desde 1926 hasta 1928 (daremos 1926 como fecha de “publicación”) *La tierra en Armas* de Dávalos fue representada por varias compañías teatrales en Buenos Aires y en Salta⁸¹, aunque recién se la edita en libro en 1935. El texto tiene también como protagonista a Güemes, que

⁷⁶ Diana Sorensen, *op. cit.*, 183 y 184.

⁷⁷ Domingo Ighina, *El Libro de los Reyes. Ensayo sobre el caudillo en la narrativa de Manuel Gálvez*, Córdoba, Alción editora, 1998.

⁷⁸ Ighina, *op.cit.*, p. 68.

⁷⁹ Diana Sorensen, *op.cit.*, p. 181.

⁸⁰ Bernardo Frías, *Historia del General Güemes y de la Provincia de Salta*. Buenos Aires, Ed. De Palma, 1971. Este historiador encumbra a Marín Güemes por ser un hombre de prosapia formado en escuelas para militares, o sea lo despoja de cualquier atisbo de *barbarie*.

había sufrido la misma suerte que los otros caudillos durante el siglo anterior. El texto teatral, que dibuja al héroe como un mestizo ideal según veremos en el próximo capítulo, y posteriormente el monumentalismo (1930)⁸² se hacen eco de la rehabilitación de Güemes hecha por Frías y la acrecientan. A partir de estas producciones podemos afirmar que esta *primera ola de nacionalismo* había llegado a Salta.

Algo parecido ocurrió en toda la década de los treinta en Buenos Aires cuando producen paralelamente los revisionistas y los literatos. En efecto, Manuel Gálvez⁸³, amigo personal de Dávalos como veremos más adelante, abandona la escritura nativista y —en un gesto similar al de éste, pero cultivando un género distinto— se dedica a la novela histórica, en la que pone a los caudillos en un sitial muy elevado⁸⁴. Durante esa misma década, Héctor Pedro Blomberg⁸⁵ publica una larga serie de novelas sobre la época de Rosas⁸⁶.

- Durante la segunda década del siglo XX, o sea durante la actuación de la llamada generación de Centenario⁸⁷, se produce una *segunda ola de nacionalismo*, la que reivindica al gaucho. Esta ola evoca el pasado, se recupera el campo, el caballo, la llanura, mientras se fortalecen las instituciones gracias al contexto económico propicio dado por el aumento de las exportaciones de carne congelada⁸⁸. Las elites dominantes ratifican el prestigio de la Nación con relatos periodísticos, odas⁸⁹ y fundamentalmente con la canibalización del discurso de la resistencia que en nuestro país estuvo representado durante el siglo XIX por la gauchesca.

⁸¹ Con relación a las puestas en escena de *La tierra en armas* ver Marcela Beatriz Sosa, *La tierra en armas de Dávalos –Serrano (o las armas del teatro)*, mimeo.

⁸² Víctor Garino, Monumento al General Martín Miguel de Güemes, Salta, 1930.

⁸³ Ensayista y novelista argentino (1882-1962).

⁸⁴ Domingo Ighina, *op. cit.*, p. 52.

⁸⁵ Poeta, novelista y dramaturgo argentino (1890-1955).

⁸⁶ Domingo Ighina, *op. cit.*, p. 31.

⁸⁷ En ese año se celebraba el centenario de la Revolución de Mayo, ocurrida en 1810.

⁸⁸ Diana Sorensen, *op. cit.*, p. 191.

Esa es la década en la que la crítica literaria argentina pone como eje a los poetas gauchescos. En efecto, en 1913, Leopoldo Lugones dicta un ciclo de conferencias sobre *Martín Fierro* en las que sobreeleva a la gauchesca y a su héroe respecto de los otros textos producidos hasta entonces en Argentina. En ese lugar axial los ubica también Ricardo Rojas⁹⁰ en la primera *Historia de la Literatura Argentina*⁹¹; él recopila y arma, en una verdadera invención⁹², una tradición con la que pudiéramos sentirnos identificados los argentinos. Alrededor de ese centro giran como satélites los textos “coloniales”, los de “los proscriptos” y los de “los modernos”. Aunque en el tomo dedicado a los gauchescos, Rojas remite a las lenguas y a las «literaturas» aborígenes (yaravíes, huaynos), lo hace sólo para mostrar cómo esa vertiente, unida a la hispánica (coplas, romances) había formado lo estrictamente argentino: el canto de los payadores, del que deriva —según él— la gauchesca⁹³.

Se identifica al poema cúspide de esta literatura, el *Martín Fierro*, con las epopeyas, conjunción a través de la cual se despoja al *gaucho* de toda huella de *barbarie* y se lo eleva a la categoría de héroe cultural, conciliador de los opuestos y figura central del *nuevo paradigma homogeneizador*. A través de este acto fundador de una tradición se ubica en un lugar central un discurso que había estado en las márgenes durante el siglo XIX, ya que se había encontrado en discrepancia estética con las líneas europeizantes, por entonces hegemónicas.

⁸⁹ Rubén Darío, “Canto a la Argentina”, en *Antología Poética*, Buenos Aires, Losada, 1969, p.122 y Leopoldo Lugones, “Oda a los ganados y las mieses”, en *El payador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 347.

⁹⁰ Poeta, dramaturgo, narrador e historiador argentino (1882-1957).

⁹¹ Ricardo Rojas, *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en El Plata*, 3ra. Edición, Buenos Aires, Kraft, 1957. En estos párrafos transcribimos casi textualmente lo afirmado en Elisa Moyano, “La elección de lo andino frente a la hegemonía porteña en dos textos del noroeste argentino: “El viento blanco” y *Trenes del sur*. Comunicación presentada en Quito en las JALLA 97. Publicado en *Memorias* 2, 1998.

⁹² Hobsbawm, E y Ranger, T, eds., *The invention of tradition*, Cambridge University Press, 1984, citado por Karen Sanders, *op.cit.*, p. 432.

⁹³ Jorge Luis Borges niega absolutamente esta derivación en el ensayo “El escritor argentino y la tradición”, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974.

La literatura gauchesca comienza a ser leída desde entonces por los que hasta muy poco tiempo antes la menospreciaban⁹⁴. Por otro lado, su protagonista adquiere la categoría de emblema homogeneizador, a través del cual, más allá de todas las discrepancias, los argentinos pudiéramos hermanarnos. Michel Maffesoli dice respecto de este tipo de construcciones actoriales: “Los héroes, los santos o las figuras emblemáticas pueden existir; pero son en cierto modo tipos ideales, ‘formas’ vacías que permiten a cada cual reconocerse como tal y comulgar con los demás”⁹⁵.

Superado el tiempo en que era un discurso marginal, la producción posterior lo reescribe permanentemente. Hablamos de la narrativa y del drama rural posteriores que, como ella, se sitúan en el campo y hasta de los compadritos borgeanos y el criollismo de la década siguiente, claros descendientes del ciclo⁹⁶.

En 1913, además de las conferencias ya mencionadas de Leopoldo Lugones (escritor cordobés) que serán recogidas luego en *El payador*⁹⁷, Manuel Gálvez (escritor entrerriano) publicó *El solar de la Raza* y Joaquín V. González (escritor riojano) *La tradición nacional*, actividades todas con las que hombres del interior residentes en Buenos Aires, hicieron sentir su peso en la capital argentina⁹⁸.

En las repercusiones de esta ola en Salta, vamos a centrarnos en la escritura de Juan Carlos Dávalos, figura epigonal de la literatura del Centenario, quien consolida, magnífica y hasta cambia al tipo humano que se había constituido en emblema a partir de la tarea de esa generación, el gaucho, y lo hace en “El viento blanco” construyendo un

⁹⁴ En el siglo XIX, era tal la distancia entre la literatura europeizante “cultura” y la guachesco-folletinesca “popular”, que en una carta de Miguel Cané a Ernesto Quesada citada por Jens Anderman, aquél reproduce un diálogo con Eduardo Gutiérrez, en el que éste le ruega que no lea sus folletines. *op. cit.*, p. 205.

⁹⁵ Maffesoli, *El tiempo de las tribus: el declive del individualismo en las sociedades de masa*, Barcelona, Icaro, 1999, p. 35.

⁹⁶ En las décadas siguientes, Jorge Luis Borges fue cultor del criollismo, como veremos en el próximo apartado, ejemplificamos esta vertiente de su producción con dos cuentos “Hombre de la esquina rosada” y “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz”, en *op. cit.*, pp. 329 y 561.

⁹⁷ Leopoldo Lugones, *op. cit.*, p. 14.

⁹⁸ Diana Sorensen, *op. cit.*, p. 186.

gaucho paradigma de virtudes, antes de que Güiraldes, su amigo, lo hiciera en *Don Segundo Sombra*⁹⁹. (ver infra)

- Si las *dos primeras olas nacionalistas*, originadas en Buenos Aires, fueron llegando al interior del país, y reivindican a los caudillos y al gaucho desde una fórmula *mestiza* de conciliación de opuestos, la *tercera ola* intenta subsanar otra de las desvalorizaciones generadas desde la dicotomía *civilización-barbarie*. Esta ola, que intenta recuperar al interior del país del olvido, se desarrolla en la década del veinte, el período de la entreguerra. Es la época en que, según Ángel Rama¹⁰⁰, se forman los mayores conglomerados urbanos en Latinoamérica, escenarios de arduas polémicas relacionadas con la puesta al día estética y cultural de los mismos. Así, en muchas ciudades latinoamericanas, los grupos que recogían las novedades de las vanguardias europeas, se enfrentaban a los que recibían la impronta ideológica de la Revolución Rusa y del realismo social. Otro frente de luchas se abría entre las ciudades capitales, ávidas de novedad, que intentaban imponer su dominio sobre su hinterland¹⁰¹ y las regiones interiores que se abroquelaban en sus tradiciones. A pesar de lo afirmado podemos decir con Rama que las capitales consienten un estático conservadurismo folklórico, no asimilable a la muerte, como la homogeneización, pero sí a la agonía. Este segundo movimiento fue utilizado en la Argentina por los sectores más reaccionarios de la Capital Federal en lo que hemos llamado la *tercera ola de nacionalismo* para intentar reducir la dicotomía capital-interior en una fórmula mestiza equivalente al gaucho en el nivel actorial, como otra estrategia de ciertos sectores para conservar el poder y oponerse a la puesta al día de los grupos

⁹⁹ Ricardo Güiraldes (1886-1926), *Don Segundo Sombra*, Buenos Aires, Losada, 1966.

¹⁰⁰ Ángel Rama, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1982.

¹⁰¹ El término hinterland es muy usado por Ángel Rama. Dice Domingo Ighina que la empresa cultural se constituía sobre todo de literatura de izquierda que difundía libros y revistas que procuraban promover cierta visión ideológica, socialista y sindicalista sobre todo, y conductas sociales alentadas por grupos políticos de esa orientación, *op. cit.*, p. 30.

vanguardistas y socializantes que luchaban por el predominio y de los que hablaremos seguidamente.

En el Buenos Aires de los años veinte, eran frecuentes las arduas polémicas entre los escritores de Florida y de Boedo¹⁰², sembradas de epitafios y burlas mutuas que alcanzaron también a las figuras aún dominantes del campo cultural como Leopoldo Lugones y que muestran la alta capacidad de esta generación bifronte (compuesta en casi su totalidad por hombres que provenían de los sectores medios en ascenso) de enfrentarse a quienes habían ocupado el lugar central del “campo literario” hasta ese momento, verbigracia, la alta burguesía terrateniente con su ala liberal y su ala nacionalista, poseedora hasta entonces de los campos y los libros. Es conocida la adhesión de la mayor parte del grupo de Florida (incluido el mismo Borges, en un “pecado de juventud”) al partido gobernante, el radicalismo, durante los gobiernos de Hipólito Irigoyen (1916-1922 y 1928-1930) y Alvear (1922-1928). Los hombres de Boedo, en cambio, eran socialistas o anarquistas.

A pesar de la estruendosa actuación de esta generación, era de suponer que los sectores cuya supremacía se había hecho sentir hasta entonces no estuvieran quietos y buscaran en silencio las estrategias para una nueva etapa de predominio. Dos hombres, uno perteneciente a la Generación del Centenario (Manuel Gálvez) y uno menor que los hombres de este grupo, pero mayor que los de Florida, cuya producción vanguardista “avant la letre” lo hace merecedor del título de precursor (Ricardo Güiraldes), nos interesan por su alianza de clase con escritores salteños como Juan Carlos Dávalos. Trabaron con él amistad fecunda y no permitieron que su producción padeciera muerte o

¹⁰² Se trata de la generación de 1922, llamada también “generación bifronte” Los hombres de Boedo practicaron el realismo social y los de Florida, los martinfierristas, a pesar de su cosmopolitismo vanguardista, hicieron propio el criollismo en cuentos (Borges) y poemas (Marechal) que recuperaban la pampa y las destrezas criollas. Hay una continuidad con la temática del Centenario, hasta que ya en la década del '40, este último autor parodió el gesto criollista de su generación. Leopoldo Marechal, *Adán Buenosayres*, Buenos Aires, Sudamericana, 1970.

agonía, según lo planteado por Rama al describir la situación de los escritores de otras regiones, sino que le dieron un espaldarazo que abrió a Dávalos las puertas del Jockey Club de Buenos Aires, en el que dictó una serie de conferencias en 1921. Esto le permitió situarse en un lugar central y a partir de 1931 ser uno de los miembros de número de la Academia Argentina de Letras. En este reconocimiento de la escritura del interior vemos que esta *tercera ola* no es sino el reflujó de las anteriores.

En resumen, en el marco del progresivo ascenso de las capas medias durante los años veinte, no es sorprendente que los sectores oligárquicos en retroceso generaran desde sus “hábitus de clase” variadas estrategias para mantener el dominio entre las que se encuentran el fortalecimiento del *nacionalismo*. En este marco, la escritura literaria producida desde el sector dominante, que se siente el único autorizado para esa tarea, abreva no tanto ya de los textos de autores extranjeros como en el siglo XIX, sino —y sucesivamente (segunda y tercera décadas del siglo XX)— de lo construido por los que habían producido en las márgenes del “campo literario” durante ese siglo (de la gauchesca) y de la escritura de los que se encuentran produciendo en el interior del país, entre las montañas, como si éstas hubiesen permitido algún tipo de conservación del “ser nacional” que naturalizase de nuevo el dominio del sector y pudiese ser aceptado por todos como lo verdaderamente argentino.

En lo que hace a esta *tercera ola*, veremos en el capítulo siguiente el fuerte impacto que los textos de Juan Carlos Dávalos, mencionados al trabajar las *dos primeras olas de nacionalismo* tuvieron en la Capital Federal, fundamentalmente en las huellas que sus textos dejaron en los de sus amigos Güiraldes y Gálvez.

Las *olas de nacionalismo*, que sirvieron a un sector para conservar el poder a través del sueño de una Nación homogénea esta vez bajo el paradigma del *mestizaje*, llegaron sucesivamente a Salta. A partir de esta afirmación podemos preguntarnos si hubo,

desde esta provincia, alguna discordancia en lo que hace a las etapas de “imaginación/construcción de la Nación/conservación del poder” propuesta por las elites porteñas desde los dos paradigmas homogeneizadores, utilizados sucesivamente por los *liberales* del siglo XIX y por los *nacionalistas* de fines de ese siglo y de comienzos del XX.

Podemos anticipar que en los textos salteños de este último siglo, concretamente en las décadas del veinte y del treinta, se filtran fisuras y desestabilizaciones a los paradigmas mencionados (ver Capítulo 2), así como en las del cuarenta y el setenta aparece uno suscitado desde los Andes meridionales (ver Capítulo 3). Estos fenómenos constituirían atisbos de que era posible, desde la frontera, un nuevo modo de “imaginar la Nación”, pero habrá que esperar hasta los años ochenta y noventa para que eso ocurra (ver Capítulo 4).

2. UN LLAMADO DE ATENCIÓN: LAS FISURAS A LOS PARADIGMAS HOMOGENEIZADORES.

“El viento blanco” y *La tierra en armas* de Dávalos sólo significan un llamado de atención para el proyecto homogeneizador que se hacía sentir en Salta, en tanto registran la voz del *indio* y del negro y una evaluación positiva de las formas de percepción del primero, pero no constituyeron todavía un modo diferente (multicultural) de “imaginar la Nación desde la frontera”. En efecto, así como *Facundo* o “El matadero” habían planteado, a nivel consciente, el proyecto de una Nación homogénea a partir de la lectura maniquea que realizan de la realidad, y en ellos se escapa, como un “lapsus”, la admiración por los representantes del polo desvalorizado (los caudillos federales, los gauchos), en los textos salteños que adhirieron a las *olas de nacionalismo* y que incorporaron las figuras del gaucho y del caudillo, mestizos culturales, se han filtrado actores como el negro y el indio, capaces de opinar, de hablar, lo que constituye presencias y conductas negadas en el proyecto homogeneizador que utilizó el paradigma del *mestizaje*. Sin embargo, la fisura que su presencia acarrea, constituye sólo una variante regional del citado proyecto y no una predisposición hacia una Nación menos monolítica que la propuesta por el *nacionalismo*.

En tierras de Magú Pelá de Federico Gauffin es una novela que narra el viaje de unos gauchos a tierras de indios chaqueños y que absorbe aspectos de la cultura y fragmentos de la lengua aborígenes. En este caso, la fisura realizada por los textos de Dávalos se amplía porque el de Gauffin permite el ingreso del otro paradigma rioplatense de homogeneización, el de *civilización-barbarie*, lo desestabiliza como lo habían hecho las “literaturas de fronteras” y además porque se apoya en un paradigma estético proveniente de los Andes: la novela *indianista*.

a. **Las fisuras al paradigma del mestizaje en dos textos de Juan Carlos Dávalos “El viento blanco” y *La tierra en armas*.**

Dávalos era descendiente de encomenderos. Su padre fue un abogado que ejerció cargos en la política y ocupaba su ocio en hilvanar versos. Desde niño, el autor de “El viento blanco” devoraba la biblioteca familiar y, en Buenos Aires, durante su juventud, “invertía”¹⁰³ su dinero en textos literarios y no en los apuntes para la universidad.

Era sobrino de Robustiano Patrón Costas, magnate azucarero¹⁰⁴ que tuvo actuación en política. Este pariente permitió a Dávalos una vida más o menos desahogada ya que le hacía envíos de dinero, que el poeta agregaba a su magro sueldo de docente, profesión a la que se dedicó pues nunca completó sus estudios de abogacía.

Publicó en 1914 *De mi vida y de mi tierra* cuyo prólogo había sido solicitado a Manuel Gálvez¹⁰⁵, con quien el escritor salteño había trabado amistad un tiempo atrás, cuando el autor de *Nacha Regules* llegó a Salta, como inspector de escuelas. El 28 de Marzo de 1913, Juan Carlos Dávalos había escrito a su amigo una carta, especie de invitación a la escritura de tipo nativista que los hombres del interior proponían a los residentes en Buenos Aires, en la que le dice:

Recuerde que en esta región están los materiales nuevos para nuestra literatura del porvenir y hay que venir a ver la naturaleza todavía salvaje y olvidarse de los versos a las damiselas raquílicas, y de Verlaine y de las cosas de París. Fuentes agotadas. Después de todo usted piensa como yo, así que hablo de vicio¹⁰⁶.

A partir de estas palabras, no es difícil conjeturar que en ellas se encuentra la propuesta por la cual, en la década siguiente, los escritores del interior fueron reconocidos

¹⁰³ Podríamos hablar, siguiendo a Bourdieu, de una inversión material que simultáneamente es una inversión en lo simbólico. El sociólogo habla de “inversión” en relación al gasto que realiza el actor social para su ingreso a un “campo” determinado. Se opondría a la idea de “vocación”.

¹⁰⁴ En 1943, en el ocaso del dominio conservador, Robustiano Patrón Costas, fue candidato a presidente de la República. Ver Z. Lobato y J. Juriano, *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, p. 360.

¹⁰⁵ Aunque finalmente fue prologado por Carlos Ibarguren, nacionalista salteño, residente en Buenos Aires.

¹⁰⁶ Roberto García Pinto, “Semblanza y recuerdo de Juan Carlos Dávalos” en Juan Carlos Dávalos, *El sarcófago verde y otros cuentos*, Salta, Fundación Michel Torino, 1976, p. 131.

en Buenos Aires y que ese reconocimiento fue la principal característica de la *tercera ola de nacionalismo*.

Ya en el marco de este movimiento, el 13 de Febrero de 1921, Dávalos publica en *La Nación* de Buenos Aires, el diario fundado por Mitre a fines del siglo anterior¹⁰⁷, “Un raid automovilístico en el norte de la República: de Salta a Antofagasta en automóvil”. El texto da noticias acerca de un viaje realizado entre fines de 1920 y comienzos de 1921. En carta del 31 de enero de ese año a Gálvez le comenta lo siguiente “En ese viaje he recogido impresiones curiosas, algunas muy apropiadas para un cuento espeluznante, como ser la muerte de los arrieros que se hielan año tras año en la Cordillera (...)”¹⁰⁸.

No es difícil darse cuenta de que la idea se concreta en el cuento “El Viento Blanco” que, al aparecer tiempo después en el mismo diario y al obtener un segundo premio en un concurso en el ámbito nacional, permitió que su autor adquiriera de inmediato “una bien ganada fama en el ambiente literario”¹⁰⁹ según palabras de García Pinto. Marcamos este aspecto pues corrobora la afirmación hecha con relación al reconocimiento que la literatura y los literatos salteños de esa década tuvieron en Buenos Aires.

En un trabajo presentado en las Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (JALLA) del año 1997 y publicado en las *Memorias 2*¹¹⁰, afirmamos que el texto posee huellas de *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes que narra igualmente un arreo y construye un gaicho paradigma de virtudes camperas.

Hoy nos preguntamos si no es la novela la que tiene huellas del cuento, ya que en 1921 cuando Güiraldes pasó en Salta una larga temporada y se hizo íntimo amigo de

¹⁰⁷ Cuya manipulación de la información ha sido bien estudiada por William Katra, *op. cit.*

¹⁰⁸ La carta es transcrita con comentarios por María L. Montero en “Cartas de Juan Carlos Dávalos a Manuel Gálvez”, Buenos Aires, Boletín de la Academia Argentina de Letras, Tomo XLIX, N° 191-192, Enero-Junio de 1984.

¹⁰⁹ Roberto García Pinto, *op. cit.* p.142. Aunque no da las fechas exactas ni de la publicación periodística, ni del premio, ambos sucesos debieron ocurrir antes de la publicación del cuento en libro (1922).

Dávalos¹¹¹, si bien “ya tenía avanzada la concepción general y muchos capítulos de su libro”¹¹², faltaban largos cinco años para la aparición del mismo. El cuento fue editado en volumen impreso en 1922, de modo que a fines de 1921 o a comienzos del 22, ya había sido seguramente escrito, premiado y publicado en *La Nación*.

Ni el propio Dávalos parece haber percibido esta huella ya que se queja a sus amigos por la “ganada de mano”¹¹³ de Güiraldes que coloca en *Don Segundo...* muchos materiales recogidos en Salta y que Dávalos tenía destinados a su libro *Los gauchos* aparecido en 1928.

Retomamos el trabajo de comparación de los dos textos, ya iniciado en la ponencia presentada en JALLA, porque creemos que en las diferencias se cifra la variante regional del *proyecto nacionalista*, variación que fue posible más allá de la fuerte alianza que Juan Carlos Dávalos hiciera con los escritores que ocupaban un lugar central en el “campo literario” argentino de esas décadas (Gálvez y Güiraldes) y que estuvieran entre los que adhirieron a las secuelas de la *primera ola de nacionalismo*, la que reivindicó a los caudillos (Gálvez), a las secuelas de *la segunda*, la que hizo lo propio con el gaucho (Güiraldes), y a *la tercera*, la que reconoció y revalorizó las escrituras del interior (ambos).

“El viento blanco” narra —como lo hará años después *Don Segundo Sombra*— un arreo de ganado. Sólo que, en este caso, la tropa es guiada hacia una de las fronteras de la Nación, hacia Chile, lugar al que no arriban porque el desenlace fatal ocurre antes: los toros y un peón perecen bajo el «sudario» que deja el viento cargado de nieve. Antenor Sánchez, su protagonista, es un gaucho lleno de virtudes:

¹¹⁰ Ver Elisa Moyano, *op. cit.* En el análisis del cuento, seguimos, con reformulaciones, lo afirmado en aquella oportunidad.

¹¹¹ Güiraldes y su esposa, Adelina del Carril, visitaron Salta y trabaron amistad con Juan Carlos Dávalos. Juntos realizaron cabalgatas por los cerros salteños y comentaron sus proyectos literarios. En la frase “discuten y confrontan los planes novelescos”, García Pinto, *op. cit.*, p. 145, basábamos la idea de que el cuento tuviera huella de la novela.

¹¹² *Ibid.*

Antenor Sánchez hacía que sus peones quisieran de él, siendo superior a ellos, los trataba de igual a igual, con afecto de amigo. Lo respetaban porque era más hombre que todos ellos, y lo admiraban porque era capaz de acciones bellas y generosas. Toda su persona respiraba franqueza; sus grandes ojos negros respiraban perspicacia y lealtad. Era hidalgo de raza y gaucho por educación y por temperamento. Sin perder las cualidades de su casta, había asimilado todas las aptitudes físicas y espirituales del nativo. Y era sobrio como un indio, aguerrido como un indio, conocedor como un indio de las cosas del campo. (p.16)

La descripción de Antenor, al construir un héroe-paradigma de las virtudes campestres, coloca al texto en el cambio de signo que la narrativa y el drama rural¹¹⁴ realizaban por aquellos días a fin de “reciclar” al gaucho para los tiempos modernos, dando vuelta el sentido de la gauchesca en la que los protagonistas fueron gauchos desertores y cuchilleros, perseguidos normalmente por la justicia. El gesto de Dávalos que no hace más que llevar al campo de la literatura, la revalorización del gaucho y su entronización como héroe cultural conciliador de opuestos, realizada por los ensayistas en la *segunda ola de nacionalismo*. La novela de Güiraldes, publicada en 1926, muy poco tiempo antes de la muerte de su autor, se coloca en una línea similar al construir un gaucho cuyas prendas son las virtudes:

Él fue quien me guió pacientemente hacia todos los conocimientos de hombre de pampa. El me enseñó los saberes del resero, las artimañas del domador, el manejo del lazo y las boleadoras, la difícil ciencia de domar un caballo (...) También por él supe de la vida, la resistencia y la entereza en la lucha, *el fatalismo* de aceptar sin rezongos lo sucedido, la fuerza moral ante las aventuras sentimentales, la desconfianza para con las mujeres y la bebida, la prudencia entre los forasteros, la fe en los amigos¹¹⁵.

En esta descripción no hay nada parecido a la “indianización” dada por la repetición del sintagma “como un indio” que aparece en el retrato de Antenor Sánchez y que matiza la construcción de este actor convirtiéndolo en un mestizo cultural que

¹¹³ *Ibid.*, p. 146.

¹¹⁴ Nos referimos a textos como *La gringa* de Florencio Sánchez.

¹¹⁵ Ricardo Güiraldes, *op. cit.*, p. 63.

incorpora la sabiduría del indio. Es una reiteración en la que se escapa una cierta revalorización del indio, ajena al proyecto consciente de Dávalos quien —en su adhesión al *nacionalismo*— sólo quiso enaltecer al gaucho. Pero sigamos cotejando.

Además de la ausente “indianización” del gaucho, la novela de Güiraldes presenta otra diferencia importante con el cuento de Dávalos. En ella no hay retrato de indio alguno, al menos que lo sea el “tape” Burgos que incita a Don Segundo a pelear al comienzo de la acción. En cambio, “El viento blanco” textualiza los heterogéneos modos de percibir el mundo del blanco y del indio y parece acentuarse la evaluación positiva de éste último.

En efecto, y ya que ser “como un indio” no es ser un indio podemos decir que, ante la consumación de los hechos (el desenlace fatídico que mencionábamos), el narrador omnisciente, que ha conectado también al lector con lo que ocurre en la mente de los protagonistas, se atreve a profundizar la revalorización del indio:

Sánchez conocía quizá mejor que el indio la cordillera. Habíala cruzado muchas veces, incluso en invierno, pero a decir verdad, con su optimismo de hombre blanco, nunca la había creído tan brava. Ahora reconocía, aunque tarde, la impecable hostilidad de aquella naturaleza con quien él se había familiarizado hasta perder todo recelo. (p.22)

El sintagma “quizá mejor que el indio” unido al “pero (...) con su optimismo de hombre blanco”, marca la disyunción entre ambas etnias y se evidencia que —a causa del infausto desenlace, ocurrido por el desatino del patrón— el blanco es evaluado negativamente, y el indio positivamente, en una inversión de las evaluaciones realizadas en el Río de la Plata dominadas por un tradicional antiindigenismo, que construye la dicotomía gaucho/indio desvalorizando a este último (textos del siglo XIX) o ignorándolo (textos del siglo XX).

Efectivamente, si en el fragmento en el que se describe a Antenor comienza a mostrarse la distancia entre este texto y los escritos rioplatenses, el texto de Dávalos en su totalidad tiene la capacidad de invertir el sino negativo que pesaba sobre el indio en esos textos ya que el desenlace funesto —equivalente al de otros textos hispanoamericanos de la época, la ya mencionada “novela de la tierra”— no hubiera sobrevenido si Antenor hubiese escuchado a Anastasio Cruz, el indio que lo ayudaba en el arreo:

- ¿No le parece mejor que se volvamos? Hay tiempo! Catua está cerca..El indio tenía malos presentimientos, porque la noche anterior, al salir de Catua, un zorro se le cruzó por delante, de derecha a izquierda.
- Yo tengo contrato y no me vuelvo -contestó Antenor...Anastasio bajó la cabeza resignado. Picó la mula y fue a ocupar su puesto junto a la tropa. (p. 20)

Aunque colocado en el lugar de la subordinación e imposibilitado de cambiar el curso de los sucesos, el aborigen —a través de un conocimiento más sutil de la naturaleza pues es capaz de percibir sus signos nefastos— podría haber evitado el fatal desenlace, cosa que no ocurre porque el patrón, hombre blanco consustanciado con la honra española y los valores burgueses de la modernidad europea, desprecia su presentimiento y prefiere cumplir con la obligación contractual.

En el desenlace del cuento se percibe entonces la superioridad del indio sobre el blanco en la montaña por su comunión con la naturaleza, llamado de atención que no pudo ser leído de esta manera ya que una evaluación positiva del indio no era legible en esos años en los que el *mestizaje*, borrador de las diferencias, era el discurso hegemónico en la Argentina, años en los que el indio era evaluado negativamente y sólo se valoraba la donación de su sangre en la conformación del mestizo ideal, el gaucho virtuoso y en lo posible heroico, cuya descripción se realiza en otro texto de Dávalos, el que analizamos a continuación.

Cuatro años después de la aparición de *El viento blanco*, en 1926, se representa en los teatros de Buenos Aires y de Salta *La tierra en armas* y la exaltación del gaucho vuelve

a estar presente. Pero en este caso, el protagonista, el gaucho Martín Güemes no es sólo un gaucho paradigmático en el sentido de “personaje digno de ser imitado” que propone la nueva escritura, sino que el texto recupera al caudillo de Salta y le confiere estatura de héroe. La construcción del personaje tiene puntos de contacto con las realizadas por el revisionismo que operó desde principios del siglo XX y con las novelas de corte histórico de Manuel Gálvez y de Héctor Pedro Blomberg publicadas después de la representación en Buenos Aires del texto de Dávalos, como vimos anteriormente.

Y para que la figura del héroe y la de todos sus lugartenientes brille más, surgen dos frentes de batalla simultáneos y en ambos los acompaña el triunfo. A la guerra contra el godó viene a sumársele la que se entabla contra el indio¹¹⁶. Aunque ambos antagonistas son desprestigiados, a éste le corresponde una devaluación mucho mayor, de manera que se podría decir que el texto tiene el punto de vista antiindigenista, propio de la literatura del Río de la Plata del siglo XIX. Hacia el final, en las secuencias que se centran en los malones que invaden los fortines, una ahijadita de Güemes es secuestrada, con lo que se inscribe en el texto una figura frecuente en esa literatura¹¹⁷, la de la mujer raptada por los indios. Pero en el de Dávalos, esta cautiva, cuyo nombre es Argentina, es rescatada de sus captores y se constituye en una metáfora de la anécdota principal que narra el proceso de la liberación de esta tierra de manos de los realistas.

Sin embargo, a pesar de que el indio es vilipendiado, se valora el aporte de su sangre en la conformación del mestizo ideal que tiene puntos de contacto con lo ocurrido en otros países andinos, como decíamos en la Nota N° 74. Pero esta construcción es nada

¹¹⁶ Efectivamente, en la época de Güemes era frecuente que los gobernantes tuvieran que lidiar con los indios, pero era muy distinta —en esa época— la concepción que se tenía de ellos. El gobernador Puch, contemporáneo suyo, dijo: “siendo los indios hombres y argentinos, toda violencia cometida en contra de ellos será castigada” en Academia Argentina de la Historia, *Historia argentina contemporánea*, Buenos Aires, El Ateneo, 1967. El darwinismo social no había dejado aún su huella.

¹¹⁷ Esteban Echeverría, *La Cautiva*, *op. cit.*; José Hernández, *op. cit.*

más que una estrategia de los sectores dominantes para seguir relegando al indígena, al enunciar (falsamente) que se lo incorpora en la nueva configuración:

Razón de raza! Yo también por ella
No mezquiné la vida, cuando al lado
De Liniers, tomé parte en la defensa
De Buenos Aires, donde el pueblo criollo
Sintió al chocar con tropas de Inglaterra,
Que le brotaban garras y tenía
Sangre caliente en las robustas venas.
Vieja sangre cansada, de leones,
Que al remozarse en las indianas hembras
Con vigor inmortal echa a la vida
Las almas libres de una raza nueva. (p.406)

Las acciones del drama suceden en el momento de las luchas por la Independencia, o sea, hacia el fin de la Colonia. Es sabido que, en esta época, el negro tuvo un lugar en la sociedad: servía como esclavo. Su presencia en el texto es discordante ya que no ocupa el lugar del antagonista como los godos y los indios, cuyas sangres unidas dieron origen a un mestizo de la talla de Güemes, sino que —viviendo dentro de su casa— lo traiciona entregando al enemigo documentos muy importantes (p. 431). Esta discordancia provoca una pequeña y tenue fisura al paradigma conciliador de opuestos del *mestizaje* que el héroe gaucho encarna. En los parlamentos en que otros personajes se dirigen a Pancho, el negro dibujado desde el prototipo del traidor¹¹⁸, se inscribe el racismo que había estado también presente en textos como *Martín Fierro*¹¹⁹ que, a pesar de mostrar las penurias del gaucho, olvidan las del negro y del indio. Al recibir Pancho la siguiente orden: “prepara/ los candelabros que nos quedan sanos”, su ama le dice “Frótalos y que salgan de tus manos/ más pulidos y nuevos que tu cara” (p. 429).

La voz del marginado se filtra entonces, como lo había hecho la del bárbaro en los textos de la literatura argentina del Siglo XIX, y la del indio en “El viento blanco”.

¹¹⁸ La desvalorización del negro que se suma a las ya mencionadas del godo y del indio, es otra estrategia textual para destacar aún más al caudillo.

¹¹⁹ José Hernández, *op. cit.* parte II, canto XXX y siguientes.

Dice en un aparte: “yo te daré los candelabros negros,/ más limpios que mi cara!” (p. 430); pero su voz de protesta queda acallada por el solo hecho de que, a la altura del siglo XX en que el texto era aplaudido por los públicos, ya se habían proclamado la libertad de vientres y la de esclavos, y éstos ya habían sido casi exterminados al haber sido enviados como vanguardia en todas las guerras, las de la Independencia y las de aniquilación de indios. Por otro lado, en los dos textos de Dávalos analizados, las voces “disidentes” que apenas se enuncian quedan sometidas a un orden hegemónico de discurso: el monológico *nacionalismo* que las recupera sólo para ponerlas en el lugar de la subordinación.

b. La desestabilización del paradigma civilización-barbarie en un texto de fronteras: *En tierras de Magú Pelá* de Federico Gauffin.

En la década de los treinta, aparece *En tierras de Magú Pelá*, cuyo autor, Federico Gauffin, es un escritor excéntrico a los grupos de poder. Su advenimiento significa un emprendimiento en contra del *nacionalismo* (aunque en ciertos niveles lo apoye aún) y contra el paradigma del *mestizaje*, bandera de los nacionalistas de los comienzos del siglo XX, ya que rehabilita —a su manera— al indio, único representante del polo de la *barbarie*, que no había sido reivindicado en las diversas olas. Además, el texto, se vincula con las “literaturas de fronteras” que acompañaron la construcción de la Nación y que permitieron vislumbrarla desde “otro lado”¹²⁰, al desestabilizar, como ellas, el paradigma *civilización-barbarie*¹²¹.

El apellido Gauffin delata ascendencia inmigrante de modo que su proyecto creador entroncaría con el de los sectores medios de cuyo ascenso ya hemos hablado al referirnos a la generación bifronte porteña, la de Florida y Boedo, que había comenzado después del triunfo del radicalismo en 1922 y terminado (momentáneamente) con el vuelco

¹²⁰ Para el caso de la novela de Gauffin, tomamos la expresión en sentido literal, ya que aludimos al Norte, no al Sur; y metafórico, pues aludiremos a las divergencias de este texto con los producidos hasta entonces en Salta.

¹²¹ Ver nota N° 72.

que significó para ese partido la Revolución del año 1930. Curiosamente la novela ve la luz en 1932 cuando estos sectores sufren el embate del fraude patriótico durante la década infame¹²². No es entonces extraño que en una ciudad de predominio conservador, aparezca —agrietando las hegemonías discursivas— una novela, género¹²³ aún no practicado intensivamente en Salta, y que esa novela signifique una especie de epopeya de esos sectores medios injustamente postergados¹²⁴. Su aparición parece tener así un cierto paralelismo con la historia del género en Occidente, ya que fueron las novelas las que acompañaron desde su origen el ascenso de la burguesía y su triunfo final frente a la nobleza en 1789.

Pero dejemos de lado estas disquisiciones que hacen al contexto socio-histórico y nos centremos en las huellas que éste, como “condición de producción” del texto, ha dejado en el mismo.

En primer lugar, sería importante decir que *En tierras de Magú Pelá* es una novela de viajes, ya que narra una expedición a tierras de indios (se buscan las márgenes porque se está en ellas), y también de aprendizaje por la transformación interior que realiza el protagonista. Pero, más allá de todo esto, su relación con la llamada “literatura de fronteras”, que narra excursiones a las tolderías, aquellas que desestabilizaron el paradigma *civilización-barbarie*, es muy evidente.

Con respecto a la segunda tipología de referencia, en efecto, el narrador-protagonista, Carlos Gilbert, un humilde dependiente en una tienda de la ciudad de Metán (provincia de Salta), comienza su historia contando su peregrinar después de que sus

¹²² Z. Lobato, *op. cit.*, p. 350 y ss.

¹²³ En las rupturas en el interior del “campo literario”, ciertos géneros se desvalorizan y otros cobran valor. Ver Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1995^a, p. 195.

¹²⁴ El nombre de la novela es el de un cacique indígena. La incorporación del indio podría hacernos pensar que su postergación está tomada como una metonimia de la de los sectores medios y podríamos equiparar anómalamente el texto de Gauffin con las novelas indigenistas hispanoamericanas de la década anterior, cuyas búsquedas reivindicativas del indígena fueron leídas por la crítica de esta manera; pero aquí no hay tal: el indio es un mero telón de fondo y no es tomado como *emblema* de las luchas de los sectores medios, éstos

amores adolescentes y secretos con la hija de su patrón son descubiertos y condenados. En su huida hacia zonas habitadas por indios va recibiendo ayudas de distintos personajes (como la viejita amiga de sus padres que le prepara el avión para el viaje). También padece pruebas: la naturaleza inclemente (similar a la “novela de la tierra” hispanoamericana vigente en esos años) lo ataca de varias maneras (inundaciones, animales salvajes en un episodio semejante al encuentro del tigre y Facundo, narrado en el libro homónimo de Sarmiento) hasta que se encuentra primero con Argamonte, un gaucho huido de la justicia, con quien traba amistad (hay reminiscencias del encuentro de Martín Fierro con el sargento Cruz) y luego con una caravana que va en su misma dirección y ambos se suman a ella como un modo de combatir la soledad y el peligro. El grupo va guiado por Jesús Lugones, y entre sus figuras destacadas se encuentra Don Otto, un ingeniero extranjero cuyo interesante periplo veremos en seguida. Convertido en lugarteniente de Lugones, el protagonista le cuenta su historia personal. Se remonta a sus ancestros comentando que es descendiente, por parte de su madre, de criollos hacendados que ejercieron un lugar en la política como gobernadores y, por parte de padre, de nobles europeos. Sorprende un poco su abolengo ya que hasta entonces su grupo de pertenencia era algo así como la “comunidad de los ofendidos”. Su único amigo era un gaucho que huía de la policía y él — a su vez— venía huyendo de patrones desalmados. Llegada la comitiva al punto deseado, termina el viaje y todos se asientan como colonos a pocos metros de las tolderías indígenas con las que han tenido ya algunos encuentros y desencuentros, ya se trate de indios amigos con los que hacen alianzas o enemigos, con quienes se enfrentan.

El amor, episodio malhadado en el comienzo del relato cuando el padre de Clara los descubre y condena, que encaja en el binomio culpa-castigo, y que no ha podido ser redimido por los amores eufóricamente espontáneos que una india le ofrecía, es finalmente

buscan aquí su propia promoción. Lo curioso es que Gauffin —según sus descendientes— era conservador y descendía de nobles europeos como su protagonista.

recuperado en el periplo amoroso con Manuela, quien no sólo le hace un lugar en su corazón, sino que también consigue que la madre le preste dinero con el que monta un negocio similar al que atendía en Metán, con lo que pasa de dependiente a propietario, construye su propia casa y también hace construir un rancho a Argamonte para que éste vuelva a reunirse con su familia.

El protagonista ha conquistado entonces no sólo una tierra incógnita y fronteriza (de frontera con los indios), sino también el amor de una mujer, con lo que —pasadas las pruebas— puede considerarse incorporado al mundo de los adultos. La construcción del reserito Fabio, protagonista y narrador de la novela de Güiraldes publicada en 1926 (considerada de iniciación o de aprendizaje por la crítica¹²⁵), que como personaje se sujeta a Don Segundo Sombra, tiene puntos de contacto con la de Gilbert que se liga, primero a Argamonte, y después a Jesús Lugones.

Dos tipos de actores tiene la novela, focalizados todos desde el protagonista cuya historia brevemente hemos relatado: hay personajes cuya actuación es individual y hay otros que actúan grupalmente como un sujeto colectivo. Entre los primeros (excluyendo a las enamoradas que poseen su individualidad pero no un carácter sobresaliente), están Argamonte, el gaucho malo huido de la justicia; Lugones, el jefe de los expedicionarios; y don Otto, el científico europeo.

A través de Argamonte, el corpus de la literatura rioplatense canonizada por los hombres del Centenario ingresa al texto, pues nos recuerda a los protagonistas de los textos homónimos, a Martín Fierro, y sobre todo, a Juan Moreira en su huir de los injustos representantes de la ley.

Al honrar la memoria de Leopoldo Lugones, colocando a Jesús Lugones, jefe de los expedicionarios, su apellido, Gauffin no hace sino rendir un homenaje a quien fue el

¹²⁵ Ricardo Martín Croa, *Hacedores de Mitos. Ricardo Güiraldes, Leopoldo Marechal*, Buenos Aires, Ed. Ojos del mirlo, 1999.

“mandarín” de las letras argentinas desde fines del siglo XIX hasta 1910, año en que, adhiriendo a los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo, escribe la “Oda a los ganados y las mieses”, ya mencionada¹²⁶. Antes del ocaso definitivo, en los años veinte, Lugones recibe el premio nacional de literatura y poco a poco es reemplazado en el lugar central, que ocupara por muchos años, por Jorge Luis Borges¹²⁷.

A través de estos dos personajes la novela parece conectarse con la tradición *nacionalista*, que utilizó el paradigma del *mestizaje* al valerse del gaucho como emblema, a la que el propio Leopoldo Lugones había adherido después de su periplo modernista-exotista/anarquista-socialista, cuando dio las conferencias sobre *Martín Fierro* que dieron origen a *El payador*. (*ver supra*)

El narrador pinta además de un gaucho perseguido, unos gauchos santiagueños que —haciendo uso de sus destrezas criollas— se adentran con Jesús Lugones, que tenía la misión oficial de buscar a un expedicionario perdido y de confirmar la soberanía nacional en zonas de frontera con los indios hasta el lugar donde se instalan como colonos. Eran *gauchos* de la nueva época, ya ‘normalizados’ en aras del proyecto capitalista modernizador, que se oponían por su modo de actuar al gaucho nómada y prófugo. Con este grupo, que llega a tierras de indios, el texto se conecta con la “literatura de fronteras” que ayudó a incorporar regiones enteras habitadas por etnias aborígenes, cuyo patrimonio cultural se transmitía hasta entonces¹²⁸ por la oralidad, a la Nación, y a la escritura. En este caso, se produce la aproximación a lo que se han dado en llamar fronteras interiores¹²⁹, aquellas que funcionan como “zonas de contacto”¹³⁰ entre etnias y culturas diferentes que

¹²⁶ Ver Nota N° 89.

¹²⁷ Ivonne Bordelois, *Un triángulo crucial: Borges, Lugones, Güiraldes*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

¹²⁸ Varios de los mitos y costumbres indígenas narradas en la novela son retomadas luego por Vergara. (*Ver infra*)

¹²⁹ Es diferente el caso de “El viento blanco” ya que la comitiva se dirige a Chile y ahí está en juego el avance hacia las “fronteras exteriores”, aquellas que marcan límites con otra Nación, aunque por esas décadas, éstos no estuvieran todavía tan fijados.

¹³⁰ Mary Louise Pratt, *Apocalipsis en los Andes. Zona de contacto y lucha por el poder interpretativo*, Washington, Serie Encuentros N° 15, Marzo de 1996.

no llegan al estatuto de naciones diferentes¹³¹. Los “textos de fronteras” funcionan registrando y documentando lo realizado en estas expediciones. Dice Álvaro Fernández Bravo que, para realizar ese propósito, esa literatura convoca un arsenal heterogéneo de saberes que son combinados y manipulados en los textos¹³².

En el libro que nos ocupa, esta combinación de saberes aparece con la figura de don Otto, a través del cual el discurso científico del siglo XIX se hace presente en la novela. La imagen de este ingeniero, que participa de la expedición acompañado de sus aparatos de medición, remite paródicamente a los científicos europeos que recorrieron América durante el siglo XIX y relevaron su geografía, sus etnias, su arqueología. Ahora bien, sabemos que los científicos americanos la exploraron tiempo después y, en muchos casos, contradijeron lo enunciado por los primeros en un gesto de afirmación producido desde las naciones a las que pertenecían. En una línea similar, don Otto es permanentemente ridiculizado por el narrador quien comenta que los gauchos, con su saber práctico, superan largamente al científico. Se unen en don Otto el científico moderno y el europeo hastiado de modernidad que busca en los paisajes recónditos y remotos de América un sitio donde todavía sea posible la autenticidad al punto de que, envidioso de los juegos sexuales que las indias proponían a Gilbert, comienza a aprender la lengua de los indios y cierra su periplo enamorándose de una de ellas, concibiendo un hijo y abandonando la expedición para quedarse en las tolderías. Como el narrador-protagonista de *Una Excursión a los indios Ranqueles* que en una noche de orgía se barbariza, don Otto cumple el itinerario inverso al de la expedición que acompañaba. Ésta viene mandada por el gobierno a *civilizar*, y él, que viene de las naciones supuestamente civilizadas, se *barbariza*, con lo que esta novela cumple con la premisa de toda literatura de viajes y de

¹³¹ Hay una larga discusión que tiene que ver con cuáles deben ser las características mínimas que un grupo humano debe poseer para solicitar ser reconocido como nación. Ver el “principio del umbral” en E. J. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1991, p. 40.

¹³² Fernández Bravo, *op. cit.*, p. 19.

fronteras. En otras palabras, es a través de este paródico personaje que se acaba desestabilizando lo que hasta entonces se había tenido como una certeza, a saber, que las comarcas limítrofes sean un espacio que necesariamente haya que transformar para permitir la llegada de la modernidad y se termina de desequilibrar el viejo y ya casi superado paradigma homogeneizador, el que oponía *civilización a barbarie*.

La fuerte presencia del inmigrante en la Argentina de comienzos del siglo XX¹³³, deja su huella en la construcción actorial de Isaac Jorge, un turco mercachifle que se encuentra con el protagonista. A través de él se rinde homenaje a uno de los grandes novelistas latinoamericanos del siglo anterior, ya que hay una alusión evidente, hecha mediante la inversión de nombre y apellido, al autor de la popular *María*¹³⁴, texto con el que se emocionaron varias generaciones de jóvenes latinoamericanos. Con este gesto, Gauffin comienza a confirmar la presencia vigorosa de los textos andinos en los textos salteños, cuestión que se va introduciendo inconscientemente y que retomaremos en seguida cuando hablemos del otro sujeto colectivo que se construye en el texto: el indio.

Ya anunciamos la adhesión a la vertiente estética andina en los segmentos en que la naturaleza inclemente está a punto de aniquilar al protagonista como había destruido, en el cuento “El viento blanco” publicado diez años atrás, la hacienda que llevaba a Chile don Antenor Sánchez. *En tierras de Magú Pelá* incorpora además al indio y lo hace a la manera de la “novela indianista”, pero roza muy de soslayo el *indigenismo* vigente en esos años¹³⁵, como veremos después.

En efecto, Magú Pelá es el buen salvaje del *indianismo* decimonónico, aquel que no ejerce ningún tipo de violencia y, al contrario, facilita la instalación de sus hermanos blancos en sus propias tierras. Su figura está tan idealizada como la de los chorotes que son

¹³³ Se podría hacer una interesante lectura de la omisión de los inmigrantes que hacía *Don Segundo Sombra* unos pocos años antes, a partir de lo dicho con relación al avance de las *olas de nacionalismo* frente al ascenso de las capas medias.

¹³⁴ Jorge Isaac, *María*, Buenos Aires, Ed. Juventud Argentina, 1945.

descriptos inversamente, en su crueldad y alevosía. Se trata de “la idealización romántica del mundo indio” de la que hablábamos en la Introducción que, en su polarizar el mundo, dibuja indios buenos y nobles y otros perversos y sanguinarios¹³⁶. En ambos casos, los aborígenes tienen tintes exóticos, aunque en las descripciones la tarea etnográfica y de registro del escritor parezca muy evidente. A pesar de esto, como en casi todo lo que es “literatura de fronteras”, la voz y la lengua¹³⁷ del indio se cuelan y el texto se torna híbrido con este filtrarse de la oralidad en el terreno y la fragua de la escritura. Del mismo modo que la presencia de don Otto, el ingeniero que se *barbariza*, resultaba desestabilizadora de los *proyectos homogeneizadores* implementados desde el paradigma sarmientino, la del indio puede ser leída de modo semejante, con lo que se reafirmaría lo dicho por Fernández Bravo: los “textos de fronteras pueden ser leídos como fronteras de inclusión, espacios por los que se filtran otras voces que reformulan la representación de la cultura nacional”¹³⁸.

Hay también, según anunciábamos, un punto de contacto con otro paradigma estético proveniente de la región andina. En efecto, se incorpora el relato de una masacre sufrida por el pueblo mataco unos años antes¹³⁹ de la expedición colonizadora comandada por Jesús Lugones. Así la denuncia ingresa al texto y éste se acerca muy sesgadamente al *indigenismo*.

De este modo, el texto narra, en el nivel de la historia, una expedición a los linderos con el indio y atraviesa fronteras discursivas: está entre la literatura y la ciencia, la ficción y la historia, el *indianismo* y el *indigenismo*, el contacto entre culturas y la maniobra política por la posesión de un territorio y, finalmente, como texto de confines

¹³⁵ *Raza de Bronce* de Alcides Arguedas se había publicado en 1919.

¹³⁶ Podemos rastrear una dicotomía idéntica en Juan León Mera, *Cumandá o un drama entre salvajes*, Espasa Calpe, Madrid, 1967.

¹³⁷ Hay fragmentos del texto escritos en mataco.

¹³⁸ Álvaro Fernández Bravo, *op. cit.*, p. 18.

¹³⁹ Este hecho y la búsqueda de un expedicionario perdido, son acontecimientos registrados por el discurso historiográfico.

espaciales y temporales, está entre el gaucho, paradigma de una época y el indio, paradigma de lo que vendría con los textos *indigenistas* de las décadas subsiguientes.

Aunque provenientes de tradiciones escriturarias diversas, las incorporaciones textuales del gaucho y del indio a la zona de contacto textual, que opera tanto a nivel del enunciado como de la enunciación, permitirían, a partir de la evaluación vigilante de la Nación que ejerce todo “texto de frontera”¹⁴⁰, la posibilidad de elaborar una identidad menos monolítica que la propuesta desde los *paradigmas homogeneizadores* (ver en la Introducción lo dicho sobre las distintas variables de la identidad que fueron revalorizándose), pero no todavía una propuesta eficaz de Nación diferente, aunque Andermann diga que: “la frontera es aquel lugar donde se eclipsa la actitud del viajero, donde la lectura acumuladora de territorio va dando lugar a una escritura que imagina — sueña o alucina— patrias utópicas”¹⁴¹ Podría pensarse que las fronteras discursivas en las que caminan textos como el de Gauffin eclipsan de alguna manera los proyectos conscientes del escritor en su adhesión al nacionalismo hegemónico, para dar lugar trayectos inconscientes que sobreviven en estratos más profundos y que tienen puntos de contacto con los soñados por José María Arguedas cuando pidió hacer posible la vida en todas las patrias. Pero veamos qué sucede con estas patrias utópicas a medida que avanza el siglo XX.

¹⁴⁰ Ver Nota N° 72.

¹⁴¹ Jens Andermann, *op. cit.*, p. 109.

3. UN ATISBO INQUIETANTE: LA INCORPORACIÓN DE LOS PARADIGMAS ANDINOS

Lo afirmado para los textos salteños ya analizados, parece indicarnos que, en efecto, en éstos se textualiza una identidad menos monolítica y homogénea que la formulada por los grupos que dominaban la escena rioplatense desde el siglo XIX, sin que esto signifique todavía en absoluto una propuesta de Nación multicultural. Podemos repensar esta cuestión a partir de lo actuado por los indigenistas, en la medida en que el *indigenismo* constituye un paradigma que no proviene del Río de la Plata sino de los Andes. El atisbo inquietante para los sectores de dominio, en este caso, estaría presente en el desaire que constituye ese gesto de buscar patrones estéticos fuera de los límites nacionales.

En este capítulo, trabajaremos con textos que adhirieron al *paradigma indigenista*, proveniente de los Andes meridionales, ciertos poemas de Castilla y algunas narraciones de Zamora que mencionábamos en la Introducción y que colocaron al indígena en un lugar central, a diferencia de los textos analizados en el capítulo anterior. Sin embargo como éstos lo miran desde fuera, desde los sectores que buscan ocupar un lugar dominante y desde otro esquema dicotómico, la oposición explotador-explotado, propia del realismo social (tan importada como la de libertad-despotismo que informa a la dicotomía *civilización-barbarie*). La presencia de textos que se sujetan a un modelo andino significa un “atisbo inquietante” para los sectores embanderados en los *paradigmas de la homogeneización* pues, no sólo hace recordar que Salta, como todo el NOA, posee una continuidad cultural con las otras naciones andinas por haber integrado el Tahuantinsuyo, y el Virreinato del Perú, sino que también, al responder a las luchas por el dominio en el interior del *campo literario* salteño, como veremos en seguida, y aunque no escenifique

todavía una propuesta diferente de Nación, hace evidente el avance de nuevos sectores a la esfera del poder¹⁴².

Contextualicemos. Hacia mediados del siglo XX, las sucesivas *olas de nacionalismo* pesaban todavía en el interior del país a través de sus portavoces¹⁴³; sin embargo, los sectores medios, que asumieron un discurso aparentemente menos monolítico y monológico, de cuyo ascenso había dado cuenta Gauffin en su texto, siguen intentando agrietar las hegemonías. Aunque la *figura emblemática* sigue siendo el *gaucho* y en Salta (aún en la actualidad) Martín Miguel de Güemes¹⁴⁴, hacia la década de los cuarenta, con la demora propia de provincias muy resistentes al cambio como Salta, nuevos aires comienzan a llegar. “La Carpa”, movimiento que agrupa a escritores, músicos y pintores de todo el NOA, comienza a hacer oír su voz. En su producción pueden leerse marcas de varios grandes acontecimientos del siglo: las vanguardias, la Revolución Mexicana, la Rusa y la Guerra Civil Española. Y en lo que hace a las tradiciones artísticas y literarias, el *indigenismo* andino, con su afán reivindicativo, provoca una nueva fisura al *paradigma homogeneizador* propugnado por el *nacionalismo* aún vigente y lo hace porque borra de la escena la evocación del gaucho y del caballo, característica de la literatura de las décadas pasadas, enfocando al indio en el dolor de su situación de explotado. El indio deja de ser “indio”, personaje secundario o mero telón de fondo como en los textos de las décadas del veinte y del treinta y se perfila como una figura central (en los poemas de Manuel J. Castilla) o como protagonista de sus propias luchas contra la explotación (en la narrativa de Francisco Zamora). Mirko Lauer, refiriéndose al *indigenismo*¹⁴⁵ peruano de los años veinte, describe un fenómeno parecido, sólo que el oponente no era como en Salta lo

¹⁴² Ver Nota N° 11.

¹⁴³ Los maestros educados en las Escuelas Normales y los escritores. Juan Carlos Dávalos murió en 1959.

¹⁴⁴ Todavía en el decenio 1980-1990 se generan textos que significan un reconocimiento de la figura del héroe. Aunque la escritura es anterior, ver Julio César Luzzatto, *Obra Poética*, Salta, Dirección General de Cultura, 1984.

¹⁴⁵ En el caso del *indigenismo* sería tedioso enumerar los textos que lo componen como una tradición de larga data. Mencionaremos sólo los que dejan su huella en los textos del corpus, al realizar el trabajo textual.

gauchesco, sino lo hispánico. A pesar de esta diferencia de nombre, hay una identificación profunda que se hace presente en las descripciones del gaucho del NOA en las que se remarca su raigambre hispana, como es posible constatar en las de Antenor Sánchez y de Martín Miguel de Güemes. (*ver supra*)

De pronto —dice Lauer— una parte de los jóvenes del mundo artístico e intelectual decidió que era posible, importante y necesario colocar contenidos del lado negado de la cultura y la nacionalidad —o que al menos así se presentaban— en el centro de sus obras creativas y reflexiones intelectuales. Esto no se realiza, como en México, sino bajo la mirada de un dominio oligárquico inalterado y de un correspondiente orden cultural complaciente, donde el hispanismo mantiene fuerza. Ese medio recibió las obras como una novedad más de los tiempos modernos. En México pudo darse algo parecido a una restauración de los fueros autóctonos, mientras que en el Perú se trató de una suerte de nemotecnia: el recordar de que lo no hispánico completaba el tapiz de la nacionalidad por los bordes, un poco como los desfiles alegóricos de las comparsas andinas que en tiempos coloniales completaban el espectáculo del Imperio Español¹⁴⁶.

Nos hemos preguntado si la literatura que toma como emblema al indígena y que poco a poco va desplazando a la que había puesto en esa función al gaucho, tiene propuestas concretas de redefinición de la Nación; si ofrece un modelo distinto al que habían soñado los *liberales* del siglo XIX, que, con rectificaciones sucesivas (los cambios de paradigma homogeneizador y las *olas de nacionalismo* que mencionábamos), impuso su idea de Nación a todos los sectores y a todos los rincones. O si se trató sólo de una maniobra en el interior de un *campo literario* que un sector marginal utilizó para llegar al lugar central y cuyo “límite” fue “aquel punto hasta donde tal intelectual pudo llegar en ese contexto sin perder la identidad, es decir sin salirse de los límites de algo que tendremos que terminar denominando *el orden establecido, la lógica de lo nacional* (...)”¹⁴⁷.

Los escritores que se adhirieron al *paradigma indigenista* hacen más evidentes el despojo y la marginación en que se encontraba el indígena, pero no formulan ninguna

¹⁴⁶ Mirko Lauer, *Andes Imaginarios. Discursos del indigenismo 2*, Cusco, Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de las Casas”, 1997, p. 68.

propuesta alternativa como programa político explícito. Para Mirko Lauer son “viajeros culturales hacia un territorio de frontera”¹⁴⁸ con lo cual se podría aplicar a ellos todo lo afirmado anteriormente para la “literatura de fronteras” que, aunque desestabilizan los saberes y los valores establecidos, no llegan a proponer un proyecto diferente de Nación.

Entonces, si la actuación de los *indigenistas* sólo corre por los carriles propios del arte es importante, por un lado, leer sus textos —no sin antes escuchar a quienes han teorizado sobre su vertiente artística como Antonio Cornejo Polar— y por otro, es fundamental pensar —sin teleologismo alguno— si estos textos abrieron una brecha en el proyecto hegemónico a partir de la cual los ejes se fueron desplazando hasta el momento en que textos plurivocales, que recuperan saberes descalificados y que parecen “imaginar una Nación” heterogénea e intercultural, surgen en la escena de la escritura salteña.

Cornejo Polar se ha centrado en la novela indigenista y muestra, desde sus primeros trabajos sobre el tema, todavía muy marcados por la teoría de la dependencia, la heterogeneidad de códigos culturales, géneros literarios y lengua (entre otras variables consideradas) propios del narrador y del mundo narrado. Dice que esta novela está escrita bajo las convenciones específicas propias de un género urbano, en español y no en aymara ni en quechua, que “pone en juego condicionamientos de una sociedad urbana, definida por el subdesarrollo y la dependencia de su estructura capitalista, y se realiza como actividad de las clases medias” y no “la realidad indígena” que “obedece a determinaciones de una sociedad rural que hasta hace muy poco repetía categorías feudales o semif feudales, y se configura como una tenaz y sangrienta lucha entre terratenientes y campesinos”¹⁴⁹ Según el mismo autor: “El indigenismo supone (...) una trabada lucha de relaciones clasistas que implican algunos desplazamientos ideológicos y ciertas funciones sociales asumidas

¹⁴⁷ *Ibidem*, p. 60.

¹⁴⁸ *Ibidem*, p. 58.

¹⁴⁹ Antonio Cornejo Polar, “Prólogo”, en Ciro Alegría, *El mundo es ancho y ajeno*, Caracas, Ayacucho, 1966, p. X.

vicariamente”¹⁵⁰. Lo que hace suponer que las búsquedas reivindicativas del indigenismo fueron, en cierta manera, una metonimia de las demandas de ese sujeto social emergente: las capas medias urbanas en ascenso en el período de modernización de las ciudades latinoamericanas, y que se usó al indígena arrasado por los gamonales como un emblema en una lucha que no lo beneficiaría directamente, por lo que no están proponiendo de ninguna manera el multiculturalismo. En un texto posterior atribuyó a Ángel Rama estas hipótesis: “Ángel Rama propone entender el movimiento indigenista en términos sociales como resultado del ascenso de grupos minoritarios de la clase media baja que emplea las reivindicaciones indígenas como refuerzo y legitimación de sus propias demandas contra el sistema social”¹⁵¹. Cornejo Polar siguió cuestionando todavía en los noventa la eficacia de la denuncia de esta corriente, al exponer la idea de que el *indigenismo* artístico es sólo una bandera de lucha de los escritores pertenecientes a los sectores medios en la búsqueda de la hegemonía¹⁵². Los análisis de las obras de López Albújar, Ciro Alegría o José María Arguedas sirven a Cornejo como evidencias de que las obras indigenistas estuvieron lejos de promover la reivindicación del indio real. En todos los casos el indígena, como el indio en algunos países hispanoamericanos durante la época de la independencia, fue tomado como bandera de una lucha que no le pertenecía y que a la larga no lo benefició.

En Salta ocurre otro tanto. Los escritores de los sectores medios (Castilla y Zamora) van ascendiendo hacia un lugar hegemónico dentro del “campo literario” y para hacerlo toman como estandarte al indígena. Sin embargo, y a pesar de que no haya una propuesta concreta para una Nación menos regida por discursos homogeneizadores, se produce un “atisbo inquietante” para los sectores de dominio, ya que junto al abandono palpable de los paradigmas y de los intertextos rioplatenses se observa el avance de sectores emergentes hacia la esfera del poder.

¹⁵⁰ *Ibidem*, p. XI.

¹⁵¹ Antonio Cornejo Polar, *Literatura y sociedad en el Perú. La novela indigenista, op. cit.*, p. 14.

Antes del trabajo textual, recapitemos lo enunciado. La literatura indigenista de Salta nada tuvo que ver con las luchas reivindicativas de un *indigenismo* político que no se hizo presente; los escritores pertenecientes a los sectores medios en ascenso tomaron como estandarte al indígena para enfrentarse con un emblema válido a la vieja guardia de escritores y lo hicieron a fin de entablar un necesario contrapunto con el discurso literario vigente, en el que se enarbolaba todavía como emblema al gaucho. Sin embargo, con su actuación lograron no sólo el desplazamiento del dominio en el “campo literario” hacia las capas medias, sino también la ampliación de los paradigmas artísticos dignos de ser tenidos en cuenta como modelos. Por lo que —tal vez— con sus gestos desestabilizaron el discurso *nacionalista*, homogeneizador de la Nación, aunque esto no constituya todavía un modo diferente de imaginarla.

a. El paradigma indigenista en textos de Manuel J. Castilla

Los datos biográficos de Manuel Castilla lo confirman como un hombre de los sectores medios poco encumbrados. Su padre era ferroviario por lo que le tocó vivir en el interior de la provincia de Salta. Su interés por la escritura lo condujo, al llegar a Salta Capital, al periodismo y a la vida bohemia. Junto a Raúl Galán, entre otros, fundó el grupo “La Carpa” que se autoatribuyó, en un contestatario manifiesto¹⁵³, la fundación de la poesía en el NOA, desconociendo lo realizado con anterioridad por Joaquín Castellanos¹⁵⁴ y por Juan Carlos Dávalos. El patriarca de las letras salteñas recibió esta andanada sin inmutarse. Después de ocupar durante treinta años el lugar central en el “campo literario”

¹⁵² Antonio Cornejo Polar, *Escribir en el aire*, op. cit., p. 206.

¹⁵³ Aparecido en el 1er boletín de “La Carpa”, en 1944.

¹⁵⁴ Contemporáneo de Dávalos, fue el primer escritor salteño con reconocimiento fuera de Salta. Ocupó como aquel un sillón en la Academia Argentina de Letras.

salteño, de alguna manera sabía que la “rebelión” de los poetas jóvenes entre los que se encontraban sus propios hijos Jaime y Arturo, había de llegar tarde o temprano.

Lo curioso de la biografía de Castilla es que su amistad con los músicos, concretamente con el recientemente fallecido Gustavo (Cuchi) Leguizamón, lo llevó a escribir letras de zambas que popularizaron su nombre a lo largo y a lo ancho del país en la etapa de auge de una música que Augusto Raúl Cortazar llamara de proyección folklórica. Y que su amistad con los plásticos, especialmente con Luis (Pajita) García Bes, lo condujo a producir obras para teatro de títeres (a Pajita le correspondía la función de construir los muñecos) y a viajar por los pueblos realizando sus actuaciones.

En efecto, en uno de estos viajes se pone en contacto con el trabajo del indio en los ingenios azucareros y los aborígenes del oriente salteño pasan a ser tema de uno de sus poemarios, *Luna Muerta*¹⁵⁵. Es muy interesante la construcción de un “enunciador” que se acerca el chaguanco para “saber que busca(s)/ (...) saber que quiere(s)” a ciencia cierta, y así poder dar testimonio:

Yo diré de tu vida
chata como tus “huetes”
de tu santa miseria
y tu monte caliente.

Enséñame, chaguanco,
tu lengua de vertiente
y cantaré a la flecha
que por nada la vendes
y al lazo que fabricas
y que te ata a la muerte. (p. 78)

Siempre dirigiéndose al indio, le pide “No vayas al ingenio” (p. 87):

Que mientras tú trabajas
y el cacique te manda,
él se queda sentado
de botas y bombacha.

¹⁵⁵ La editorial Schapire editó *Luna Muerta* en Buenos Aires, en 1944 (primera edición).

Que al final de la zafra
al peso que te guardan
de los dos que por día
con el machete ganas,
te lo dará el Ingenio
en un par de alpargatas,

un chaleco, una manta,
alguna yegua flaca,
cinco kilos de azúcar
para endulzar la marcha
de regreso a tu monte
porque ya no haces falta. (p. 87 y 88)

La oposición botas/alpargatas es muy sugestiva y conlleva al nivel del indumento la fuerte oposición de clases que existe entre el capataz y el aborigen: aquél parece vestirse a la manera gaucha como muchos patronos de fincas en Salta, éste como peón. Subyace en ella la dicotomía explotador-explotado.

La enumeración de las cosas que le entregan por su trabajo de varios meses tiene que ver con el típico pago en especies.

Pero te compran, indio,
como a un niño ingenuo,
con un rifle oxidado,
con la luz de un espejo,
con un saco amarillo,
con un sombrero viejo. (p. 89)

Es inevitable leer este fragmento sin percibir la alusión a los diarios de Colón en los que se habla del trueque de objetos valiosos por “espejitos”. Se infiere entonces que en las construcciones del indígena que Castilla realiza, hay, como en todo el indigenismo, una parte de constatación empírica y otra de “aplicación a la realidad de versiones gráficas y narrativas ya existentes acerca de las personas originarias de América”¹⁵⁶.

La vida algo aventurera de Castilla lo llevó a trascender los límites provinciales y a realizar un viaje a Bolivia, experiencia a través de la cual su generación revierte lo

¹⁵⁶ Mirko Lauer, *op. cit.*, p. 82.

afirmado para las generaciones anteriores que buscaban que el pueblo argentino, “transplantado”, se diferenciara de los pueblos “testigos”: no sólo se incorpora el tema de las etnias arrasadas por las guerras de exterminio y por el accionar de los gamonales (lo ocurrido con *Luna Muerta*), sino que también el resto de Latinoamérica deja de ser el extranjero y comienza a ser recuperada como la región cultural a la que también pertenecen los hombres del NOA. Y es en este viaje por Bolivia en el que Manuel Castilla completa su visión del indígena, que en la

Argentina de la década de los cuarenta aún era un sujeto “invisibilizado” por los discursos que borran las diferencias. Por esto decíamos que los indigenistas del NOA, en su lucha por el propio predominio en el campo literario, al autocolocarse como portavoces del indígena, al situarlo como figura central de sus textos y al utilizar paradigmas norrioplatenses —tal vez— hayan preparado el terreno para la posterior actuación de los escritores de otros sectores a partir de cuyas escrituras —unidas a nuevas leyes y referentes culturales— se podría llegar a vislumbrar la escena de un proyecto alternativo de Nación, menos homogéneo y más intercultural. Al retornar de Bolivia sale a luz *Copajira*¹⁵⁷, un libro en el que intenta, desde la mirada exterior del *indigenismo*, pintar el sufrimiento del minero y de la mujer minera, “La palliri”:

Que trabajo más simple que tiene la palliri.
Sentada sobre el cáliz de su propia pollera,
elige con los ojos unos trozos de roca
que despedaza a golpes de martillos en la tierra.

(Un silencio nocturno le trepa por las trenzas
y oscurece la arcilla de sus manos morenas).

Qué inútil que sería decir que en sus miradas
hay un pozo de sombra y otro pozo de ausencia;
que pudo ser pastora de las nubes
y se quedó en minera,
que pudo hilar sus sueños por las cumbres
viendo bailar la rueca.

La palliri no canta

¹⁵⁷ La editorial Amigos del Arte editó *Copajira* en Salta, en 1949 (primera edición).

ni tampoco hila sueños.
la mirada en la tierra
y en la cabeza el cielo
de mañana y de tarde
busca sólo el silencio
y cuando está a su lado
lo quiebra contra el suelo.

Y no sabe que a ratos, entre sus brazos recios
se le duerme el martillo como un niño de hierro. (p. 151)

El poema supera con amplitud la estética modernista de los poetas nativistas peruanos de la misma década¹⁵⁸ o jujeños ligeramente anteriores que construían sus textos con verso medido y rimado y con un léxico brillante al que le agregaban sonoras palabras de las lenguas nativas¹⁵⁹, estrategia que Castilla utiliza muy esporádicamente. Hay en él una huella muy fuerte de la vanguardia: los versos libres y sin rima conservan sólo las cadencias acentuales. El vanguardismo también deja su marca en lo temático. Primero, porque la mirada está puesta en lo aparentemente insignificante y, segundo, porque el vanguardismo hispanoamericano desarrolló en varios países un 'ala' regionalista¹⁶⁰. No hay aquí incorporación de léxico indígena y en este sentido no se falsea una pertenencia que no es real. Se escribe desde fuera, desde esos sectores medios en busca de dominio a los que su autor pertenecía.

Lo sustantivo es que el poeta intenta sumergirse en la otra cultura, como había querido hacerlo con las culturas del Chaco al preguntar al chaguanco por sus apetencias. Aquí es capaz de suponer los recónditos deseos de la minera: “quiso ser pastora (...)”, “quiso hilar (...) viendo bailar la rueca”. Si bien afirma poéticamente “pastora de las nubes”, “hilar sus sueños”, con las expresiones “ser pastora” e “hilar” alude a los trabajos tradicionales de la mujer en las culturas del altiplano. En otras palabras, el “enunciador”

¹⁵⁸ Mario Florián, *Urupi (canciones neokeshwas)*, Lima, Ediciones del Ministerio de Educación Pública, 1945.

¹⁵⁹ Domingo Zerpa, *Puya Puya. Poemas de la Puna Jujeña*, Salta, Editorial Milor, 1996. (La primera edición es de 1933).

¹⁶⁰ Gloria Videla, *Direcciones del vanguardismo hispanoamericano*, 2 Vols., Mendoza, Univ. Nac. de Cuyo, 1990.

dice que —desde su punto de vista— esa mujer hubiera preferido la paz de sus tareas ancestrales a la violencia de un trabajo que coloca en sus brazos un martillo, despojándola de la función materna. O sea que el texto literario esconde una denuncia fuerte contra un sistema que ha sacado a la mujer de los límites de la economía de subsistencia.

Lo importante acá es que —más allá del aparente machismo inscripto en el texto— se ve que tanto la minera como el minero dejan su vida en la mina y por eso, el “sujeto de la enunciación” se dirige a ellos para pedirles que sean capaces de abandonar la tarea que los estraga:

Lavadero

Mineros amarillos,
silenciosas mineras,
no le lavéis el óxido
agresivo a la piedra,
que aunque el agua lo lleve
en vuestros ojos queda.

Candelaria Mamaní
silenciosa como era,
se quedó una mañana
dura sobre la tierra.

Como una flor quebrada
la flor de su pollera.

Eleuterio Colquiri
minero, no coquea.
le fue robando el rostro
el agua amarillenta.
la mina lo miraba
por sus bocas abiertas. (p. 142 y 143)

Sin llegar al panfleto, la denuncia es mucho más fuerte y evidente: la mina acaba con la vida del minero, el óxido al que se alude es la “copajira” que da nombre al poemario. Se trata de “sulfato de cobre” que “con el agua se torna un líquido rezumado y corrosivo entre el cual trabajan los mineros bolivianos” (p.155). Un verdadero veneno. La remisión intratextual con relación a “La palliri” es muy fuerte: “el cáliz de su (...) pollera”

(que entendemos como cáliz de flor porque la multiplicidad de colores propios de las flores alude a los usados por la mujer del altiplano para su vestimenta) es acá “flor quebrada”: la flor viva, está muerta. Y esa es la gran oposición que está por detrás del poemario: la mina es la muerte, la vida está en la siembra y el pastoreo.

La travesía ideológica de la narrativa de Francisco Zamora se encuentra muy cerca de la de estos textos. Además de la textualización de la dicotomía explotador-explotado, los conjunta la mirada exterior del escritor indigenista, la heterogeneidad entre el mundo de sus vivencias cotidianas (la sociedad urbana y capitalista) y el mundo textualizado (rural y asolado por los opresores que pueden ser personas o compañías extranjeras). Por otra parte, la producción de ambos escritores está construida desde las convenciones de los géneros occidentales (la lírica, el cuento y la novela) y éstas son diferentes de las convenciones genéricas propias de la producción artística del mundo que ellos representan: en aquéllas hay un juego permanente entre la sedimentación y la transformación, en éstas predomina la repetición. Un ejemplo de esto sería la mínima innovación que los narradores de mitos y leyendas y los cantores de coplas introducen en su repertorio, el que, a su vez ha sido heredado de sus mayores.

Manuel Castilla continuó produciendo hasta la década de los ochenta y sus últimos textos se superponen con la producción de Francisco Zamora y de Carlos Hugo Aparicio. En esa última etapa, logró implementar estrategias que le permitieron redescubrir rasgos del acervo tradicional como puede ser la incorporación de formas orales en el interior de sus textos poéticos, para generar un efecto de cercanía con el otro cultural¹⁶¹. Además, en sus últimos poemarios, no sólo incorpora a los poemas la copla¹⁶², también cede la palabra a personajes como el carnaval, el duende, el ekeko o el Ángelito.

¹⁶¹ Este procedimiento fue usado anteriormente por Gauffin y será usado por Zamora. Asimismo está presente en Ciro Alegría, *op.cit.*

¹⁶² Estrofa de cuatro versos muy usada en las fiestas de los sectores rurales escasamente mestizados. En los poemarios anteriores, Castilla había usado la copla como epígrafe.

Reconocemos el recurso retórico de la prosopopeya, pero su uso es una estrategia que permite una cercanía mayor con modos de pensar y sentir de las comunidades campesinas.

Veamos un ejemplo, antes de analizar los textos de Francisco Zamora. Dice el carnaval:

Aquí estoy esperando mi propio desentierro.
Es el tiempo en que broto entre los yuyarales y los
páramos
porque es poca la tierra que me echaron encima.

Me acuerdo que cantaban:
“Ya se ha muerto el carnaval
ya lo llevan a enterrar
echenlé poquita tierra
que se vuelva a levantar”.

Mi alegría más honda los va viendo venir
aunque tengo los ojos cegados por la arcilla.

Tiemblo entero por la guitarra
y está el tambor cavándose y llamándome (...)

Aquí a mi lado, hundida, yace la Pachamama.
Madre de todos.

Y le tapan el hambre con comida y con coca
para que no los trague
y vuelva en pariciones su bondad pedigüeña
saltando entre banderas rojas y verdes y amarillas.

Ya soy de ellos. Me desentierran rojo y me levantan
y el diablo que soy yo va entre sus hombros
astas al viento y risa desbocada,
escupiendo resacas serpentina
igual que una intragable comida a la intemperie.

Junto al volcán ya las mujeres bailan conmigo
Al pie del montañón verdozo y mudo.

Se anillan y se desanillan, enlazándose.
Llevan al aire mi corazón ceñido de venas de bejucos
goteando tierra,
alegre para siempre¹⁶³.

El ceder la palabra al otro, y a través de ella dejar emerger cantares, costumbres y creencias vigentes que provienen del sustrato aborigen, constituye sólo un procedimiento

¹⁶³ Manuel J. Castilla, *Obras Completas*, Tomo 4, Buenos Aires, Corregidor, 1990, pp. 98 y 99; en el mismo Tomo, p. 32, en el poema “El menhir de Cachi”, perteneciente al penúltimo libro editado *Cantos del gozante*, se usa el mismo procedimiento pues habla el propio menhir. Dice “Hace miles de años (...) sentí las manos del hombre/ moldeándose (...)”. Este testigo de las culturas precolombinas es reproducido por Maehashi en el *Monumento al poeta Manuel J. Castilla*. Salta, 1983.

del poeta culto e indigenista al mismo tiempo, pero anticipa en la lírica lo que habría de suceder en las novelas que analizaremos en los apartados siguientes.

b. La transición hacia el neindigenismo en los textos de Francisco Zamora.

Hijo de inmigrantes, Zamora es coetáneo de los hombres de la Generación del 60 que sucedió a la del 40 (o de “La Carpa”), década en la que llegó a Salta (proveniente de Jujuy aunque había nacido en Tucumán) y se incorporó al periodismo local. Su producción narrativa está dividida en cuentos compilados en *El llamaviento*, y novelas, *La heredad de los difuntos*, Premio Homero Robles, 1977 y *Bisiesto viene de golpe*¹⁶⁴. Los dos primeros textos pueden ser adscriptos al *indigenismo* con algunos matices que comentaremos en seguida, mientras que el tercero pertenece abiertamente a la saga de los dictadores latinoamericanos.

Así como *En tierras de Magú Pelá* tenía una marca importante del *indianismo*, y sin embargo había pinceladas de las novelas indigenistas que le eran más o menos contemporáneas, en *El llamaviento* hay cuentos de dos clases. Unos perfectamente indigenistas como “Don Alemán”, en el que se narra el derrumbe en una bocamina en la que quedan aislados de la superficie cinco mineros. Al cura, al comisario y al comisionado municipal sólo se les ocurre rezar una misa por su salvación, mientras un vecino conocido en el pueblo como Don Alemán intenta durante toda la noche, con la ayuda de algunos varones y varias mujeres, abrir un túnel. Cuando llega hasta donde estaban los mineros, los encuentra moribundos, pero vivos. A medida que los saca a la superficie va logrando su recuperación, con lo que “la trilogía embrutecedora”¹⁶⁵ queda muy mal parada. Otros cuentos como “Huallpa”, “Huacanqui”, o “La cometa”, ambientados también en los

¹⁶⁴ Francisco Zamora, *Bisiesto viene de golpe*, Buenos Aires, Bruguera, 1983.

¹⁶⁵ Frase de un discurso del indigenista peruano González Prada, muy citado con posterioridad. Ver Karen Sanders op. cit., p. 229.

perdidos pueblitos de la Puna salto-jujeña (región cuya continuidad cultural con la Puna de Atacama chilena y con el Altiplano boliviano es muy conocida), entroncan con la narrativa latinoamericana de esas décadas, ya que en ellos se respira una atmósfera que remite al pueblo fantasmal dibujado en *Pedro Páramo*¹⁶⁶ o al Macondo de algunas novelas de García Márquez¹⁶⁷, con lo que la representación, no sólo de lo americano, sino también de lo andino propiamente dicho, según el decir de Escajadillo, (lo mágico, lo mítico) parece entrar en escena.

Del mismo modo, si *La heredad de los difuntos* puede ser equiparada a una novela como *El mundo es ancho y ajeno*¹⁶⁸ de Ciro Alegría, es porque ya no responde tan acabadamente al modelo realista que sirvió de patrón a los textos indigenistas de las décadas de los veinte y treinta en los países andinos. En efecto, Alegría escribe aún desde ese paradigma, pero incorpora ciertos aspectos del mundo indígena (creencias, cantares, etc.) como lo hace también Zamora¹⁶⁹. Sin embargo, la novela de éste último, en los segmentos en que espacializa el ámbito urbano (los aborígenes bajan de los cerros para hablar con los políticos y buscar soluciones a los problemas que les trae la mina en el pueblo), lo hace con un estilo cómico, hiperbólico y absolutamente paródico, que nos remite a los incorporados por la crítica dentro del llamado “realismo mágico”, como *Los funerales de la mamá grande*¹⁷⁰. Esto constituiría una diferencia con la novela de Alegría en la que no está presente el humor.

La heredad de los difuntos es —sin embargo— un texto indigenista porque cumple con muchas de las características dadas por la teoría del género como sus constantes. Dice Cornejo Polar que el comienzo de la acción (o del conflicto) está dado por

¹⁶⁶ Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, México, F.C.E. 1969.

¹⁶⁷ Gabriel García Márquez, *Isabel viendo llover en Macondo*, Buenos Aires, Ed. Estuario, 1969.

¹⁶⁸ Ciro Alegría, *op. cit.*

¹⁶⁹ Ver estos paralelismos en Elisa Moyano, “El universo semántico andino en textos de la narrativa salteña: un cotejo entre novelas de Francisco Zamora y de Ciro Alegría”, en *La función narrativa y sus nuevas dimensiones*, Buenos Aires, Simposio Internacional de Narratología, 1998.

¹⁷⁰ Gabriel García Márquez, *Los funerales de la Mamá Grande*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994.

una presencia extraña¹⁷¹. En efecto, en la novela se da el retorno de Gabriel Arcángel, que si bien no es un foráneo, es un nativo que ha pasado muchos años afuera y cuyo periplo heroico¹⁷² está marcado por la dura prueba de haber sido explotado por las compañías madereras en las que ha trabajado como hachero. El pueblo, que a su regreso encuentra desconocido, ha sido devastado (los cultivos y la cría de ganado se han visto dañados, y los niños mueren de diarrea) por una compañía minera y sus habitantes han sido empleados en condiciones muy poco favorables. Pero los enfrentamientos, que ya habían comenzado con disputas verbales antes de la llegada de Gabriel, se van acentuando hasta llegar al conflicto armado. Los sucesivos intentos de solución siempre terminan a favor de la Compañía, con el fracaso rotundo del accionar del indígena. Lo que es también un rasgo del *indigenismo*, marcado por Cornejo Polar. A este periplo, que en trabajos anteriores¹⁷³ considerábamos propio del plano social, se le une el del plano individual, la historia de amor de Arcángel con Eleuteria la cual, en las sucesivas cárceles que debe sufrir su compañero a causa de su participación activa en contra de los gamonales, padece vejámenes y violaciones. Enterrada a su muerte en el cuarto donde vivían, llama al protagonista desde el más allá con lo que el texto vuelve a acercarse a Comala, a Macondo y al “realismo mágico”.

De nuevo nos encontramos con un texto de transición, que hibrida varios momentos de la literatura de la vertiente andina y latinoamericana. Si tomamos la terminología del doctor Tomás Escajadillo, podríamos decir que, en efecto, el texto es indigenista porque no sólo cumple con la condición de estar atravesado por el “sentimiento de reivindicación social” del que hablábamos en la Introducción, sino que incorpora

¹⁷¹ Antonio Cornejo Polar, *Escribir en el aire*, op. cit., p. 198.

¹⁷² Hablamos de “periplo heroico” porque el personaje hace un recorrido en el que sufre duras pruebas y porque al retornar al pueblo, su trayectoria y sus aprendizajes son reconocidos y es colocado por sus coterráneos en el lugar del líder. Las estrategias constructivas que se usan emblematizan al personaje y no difieren de las utilizadas para la actorialización de Güemes en *La tierra en armas*, op. cit. Hay aquí también presencia de oponentes y traidores.

muchas de las características del *neoindigenismo*, que según Escajadillo sucede al “indigenismo ortodoxo”¹⁷⁴, variante que incorpora algunos de los hallazgos de la novela construida desde “lo real maravilloso” que sirve “para la develación de zonas antes inéditas del universo mítico del hombre andino”, característica que mencionábamos con relación a los textos que trataremos en el capítulo siguiente. Esta caracterización nos ayuda a interpretar la voz de la muerta de la que hablábamos anteriormente. Esta puesta al día del *indigenismo* tiene otras particularidades como “la ampliación del tratamiento del problema o del tema indígena”¹⁷⁵. En la novela de Zamora, el viaje de los indígenas a la ciudad, su salida del ámbito rural, permite la superación de la visión meramente racial, laboral, o zonal del problema, pues se lo coloca en la instancia de las políticas provinciales. Esto es visible también en las secuencias finales, cuando ya don Gabriel Arcángel Caguara escucha la voz de la Eleuteria llamándolo y es junto con Yurquina el último sobreviviente de otro tiempo, cuando la compañía minera se ha retirado después de agotado el mineral, y los políticos llegan de la ciudad a entregar las tierras a los muertos, hasta que el pueblo se convierte en “la heredad de los difuntos”. La presencia de una compañía extranjera en la Puna jujeña amplía aún más el radio focalizado por la novela, al temporalizarla en el estadio de un capitalismo avanzado y multinacional. Todo esto nos hace considerar al texto como una novela de transición entre los dos paradigmas andinos.

Una cuarta peculiaridad¹⁷⁶ encuentra Escajadillo en las novelas *neoindigenistas*. Se trata de la “transformación del arsenal de los recursos técnicos de una narrativa de temática indígena”¹⁷⁷ que en el texto que nos ocupa se inscribe como una ruptura total de la linealidad de la historia. En efecto, el narrador denomina al protagonista Gabrielo, en su

¹⁷³ Elisa Moyano, “Indigenismo y carnaval en la narrativa de Francisco Zamora” trabajo realizado para el curso de posgrado “Estructuras sociales y prácticas discursivas”, dictado por el Dr. Edmond Cros, 1998 .

¹⁷⁴ Tomás Escajadillo, *op. cit.* p. 100.

¹⁷⁵ *Ibidem*, p. 64.

¹⁷⁶ Hemos saltado la que se refiere a la profundización del lirismo mencionada por ya que *La heredad de los difuntos* no está en esa línea. Hay un cuento de Zamora “La cometa” que podría ser leído desde esa clave.

¹⁷⁷ Escajadillo, *op. cit.* p. 74

juventud; Gabriel Arcángel Caiguara, en su madurez; y Don Gabriel Arcángel, en la vejez. Estas denominaciones permiten al lector rearmar la linealidad del relato ya que los segmentos de la historia correspondientes a esos tres momentos vitales están fragmentados y sus microsecuencias está mezcladas unas con otras. Sin embargo, la novela de Zamora no hace uso intensivo de las voces narrativas. El narrador es omnisciente porque es capaz de narrar los sucesos y de adentrarse en la interioridad de los personajes. En la terminología formulada por Gérard Genette, quien diseñó el concepto de focalización, sería un “relato no focalizado”, o de “focalización cero”. Veamos un fragmento del texto que cuenta de una de las tropelías realizadas por el comisario (comprado por los políticos y por los gerentes de la Compañía minera) y sus hombres, en el que el narrador tanto está fuera como dentro de los personajes:

El Desiderio había llegado cuando el comisario nuevo empezaba a divertirse con la Rosa, pero no alcanzó a darse cuenta de nada porque el asombro le enmarañó el entendimiento. Miró sin comprender que unos hombres la tenían a la Rosa contra el suelo abierta de piernas, que alguien se revolcaba encima de ella y que algo relampagueaba viniendo desde un costado. (p. 89)

Se trata de un cuchillo que mata al personaje de modo que éste nunca pudo comentarle el episodio a nadie: el narrador está en ese momento dentro de su conciencia.

A pesar de lo afirmado podemos aseverar que hay un pequeño avance hacia la “focalización interna”, ya que al introducirse el narrador en los personajes se va alejando “de a poco” de una visión exterior para hacer el intento de mirar el mundo desde el punto de vista del hombre de esas regiones. Llega inclusive a acompañar al protagonista en su crecimiento, en su envejecimiento y parece ver el mundo desde sus percepciones: “Tuvo de golpe la extraña sensación de que la gente de esa tierra se estaba muriendo sin darse cuenta, volviéndose cenizas, acabándose en ese canto que parecía salir de la tristeza sin orilla de los páramos” (p. 44). Aunque somos conscientes de que en este caso (como en los

últimos textos de Manuel Castilla), mirar desde el protagonista es sólo un procedimiento para producir un efecto de cercanía con el cual acortar las distancias culturales, se va preparando el terreno a lo que habría de suceder en el *neoindigenismo* de los años ochenta y noventa, que podemos definir como una mirada que simultáneamente ve el mundo indígena desde fuera, valorándolo a veces de modo negativo, a veces positivamente, o desde dentro. En éste último período creemos que las múltiples miradas, que unas veces enfocan desde fuera (a la manera del “relato no focalizado”) y otras desde dentro de las comunidades (relato con “focalización interna”), la variación de las voces y de las evaluaciones, van a dar la estocada final no sólo a los monológicos textos construidos desde los paradigmas homogeneizadores y a sus formas de evaluar¹⁷⁸, sino también a los construidos desde la exterioridad también desvalorizadora, si no del mundo indígena, sí de la capacidad de decirse del indio, propia del *indigenismo*.

¹⁷⁸ Son textos que, aunque evalúen positivamente, a la larga desautorizan.

4. IMAGINAR DESDE LAS FRONTERAS: UNA PROPUESTA INTERCULTURAL DE NACIÓN

Ahora vamos a centrarnos en textos de escritores cuyo nacimiento se produjo en lugares geográfica y culturalmente próximos a los países andinos que se encuentran entre los que denominábamos “testigos”, o a las comunidades aborígenes aún existentes en el territorio argentino. Veremos que las voces y las miradas se multiplican como si ya no fuera posible presentar un mundo sin fisuras como el construido desde el *nacionalismo* homogeneizador. Estas múltiples voces tienen un derecho a la opinión equivalente, pues no hay una que domine a las otras. A través de ellas se cuelan diferentes evaluaciones de los sectores populares y del mundo indígena, con un cierto predominio de las que lo evalúan positivamente. Cuando aparece el indio, nadie lo coloca en un lugar subordinado como sucedía en las primeras décadas del siglo, y nadie lo construye para usarlo como emblema de luchas que no reparan su marginación. Si a este tipo de ficciones se unen los textos periodísticos cuyo tema es el respeto por el otro cultural, las leyes y las publicaciones de disciplinas como la filosofía y la antropología, nos preguntamos: ¿se podrá conformar a partir de toda esta producción una comunidad que imagine una Nación intercultural?

Carlos Hugo Aparicio nació en la frontera con Bolivia, en La Quiaca, pueblo perteneciente a la Puna argentina, región cuya continuidad cultural con el Altiplano boliviano y el desierto de Atacama chileno ya fue mencionada; Santos Vergara nació en la región chaqueña, en Orán, a pocos kilómetros de otro paso a Bolivia y a poca distancia de pueblos de gran diversidad étnica que fueron casi aniquilados por el ejército en la campaña del Chaco y posteriormente por los contratistas de los ingenios azucareros. El primero migró en la infancia con su familia a Salta, el segundo realiza permanentes viajes a la Capital provincial a fin de presentar sus libros, los de sus compañeros de grupo y la revista “Las Estaciones de Vocación”. Si bien las “migraciones” de ambos tienen que ver con lo

geográfico, vienen de las márgenes, de las fronteras, también en este migrar está implicado algo del orden de lo social. Por eso, podría aplicarse a ambos la caracterización que Bajtín hiciera de Dostoievsky. Lo llama “peregrino social” e “intelectual socialmente desplazado”¹⁷⁹, particularidades que —según Bajtín— le permitieron captar la “polifonía de la época” y crear la novela polifónica. Los textos de ambos escritores absorben las múltiples voces sociales, políticas e ideológicas¹⁸⁰ propias de la época actual y despliegan escenarios alternativos, los cuales —unidos a producciones científicas y a leyes— tal vez posibiliten el surgimiento de una “comunidad imaginada” que incorpore la heterogeneidad de la región y proponga políticas interculturales, Y esto es posible en la ficción porque las novelas presentan, en el caso del texto de Aparicio, varios narradores con una visión interiorizada, uno de los cuáles es el protagonista que transforma en positiva su evaluación negativa del mundo andino; y en el de Vergara, múltiples voces (tres narradores distintos) que filtran opiniones divergentes acerca de los sectores populares y del indio, cobrando claro predominio la evaluación positiva. Además con este último texto y su recuperación de los saberes sometidos y de las tradiciones orales, se reivindican modos de explicar los sucesos propiamente populares e indígenas.

a. El punto de vista interiorizado y la transformación en las evaluaciones del mundo andino en *Trenes del sur* de Carlos Hugo Aparicio.

Carlos Hugo Aparicio nació como decíamos, en La Quiaca (provincia de Jujuy), y realizó ahí su escuela primaria. En ese sitio está ambientada su novela *Trenes del sur* que recibiera el Premio de la Dirección de Cultura de Salta en 1968. La novela permaneció inédita y fue revisada, corregida y ajustada¹⁸¹ diecisiete años después para su edición que se concretó en 1988, fecha en la que tomó su forma definitiva. A la edad de proseguir sus

¹⁷⁹ Mijaíl Bajtín, *op. cit.*, p. 51.

¹⁸⁰ *Ibidem*, p. 63.

estudios secundarios sus padres decidieron emigrar a Salta, donde se quedó para siempre, por lo que es considerado, sin réplica, escritor salteño. Publicó libros de poemas, de cuentos y plaquetas¹⁸². Recientemente, fue nombrado miembro de número de la Academia Argentina de Letras.

En la escritura de la novela mencionada, se acogen los hallazgos de la Nueva Novela, la que se impuso mundialmente en las primeras décadas del siglo XX a partir de la producción de los escritores ingleses James Joyce y Virginia Woolf, del francés Marcel Proust, y del norteamericano William Faulkner y que dejara fuerte huella en la narrativa latinoamericana, concretamente en la producción del escritor colombiano, Gabriel García Márquez, en la del mexicano Carlos Fuentes, en la del peruano Mario Vargas Llosa y en la del argentino Julio Cortázar que fueron incorporados por la crítica al fenómeno conocido como el “boom de la literatura latinoamericana”. Al mencionar esta genealogía no hacemos otra cosa que adscribir el texto de Aparicio a la alta literatura latinoamericana, aunque ya no adhiere, como ella en su momento, a un proyecto revolucionario (cuestión que sí podríamos haber marcado para el texto Zamora), sino que se trata de un texto que marca un progresivo alejamiento del gran relato propio de las sagas que construían toda una genealogía como *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, para focalizar el pequeño relato, el que abarca la vida de un niño quiaqueño, que evoluciona del desprecio a la admiración por lo andino, y desde cuya mirada se ve el mundo¹⁸³.

En este caso, la huella de aquella novelística está en la escritura, en una serie de recursos vanguardistas: la grafía se altera y los diálogos no conservan los signos que tradicionalmente los marcaban¹⁸⁴. Pero el cambio sustancial en relación a la novelística

¹⁸¹ Las palabras pertenecen a la contratapa y a la Nota del Editor de *Trenes del sur*, *op.cit.* p. 288.

¹⁸² Carlos Hugo Aparicio, *Pedro Orillas*, Buenos Aires, edición del autor; *Sombra del fondo*, Buenos Aires, Legasa, 1982; *Coplas al vino.*, Salta, Fundación Etchart, 1986.

¹⁸³ Seguimos parcialmente el trabajo publicado en las *Memorias 2* de Jalla de 1997 Quito, Elisa Moyano, *op. cit.*

¹⁸⁴ Ángel Rama, *La novela en América Latina*, Fundación Ángel Rama, Universidad Veracruzana, 1986. Rama ha marcado que así como la “novela de la tierra” ha recibido en lo formal el impacto del modernismo y

provincial anterior (Gauffin, Zamora) corresponde al juego con los narradores y las focalizaciones, al que se une la transformación en las evaluaciones.

Si en la novela de Zamora analizada, la “focalización” es “cero” porque el narrador omnisciente entra y sale de la interioridad de los personajes, en la de Aparicio es interna ya que está narrada desde la visión del protagonista, un niño cuyo nombre es Lalo, y desde la de su padre. Pero en *Trenes del Sur* se complica el procedimiento ya que a la visión interna múltiple se suman los cambios de *voces*. En efecto, el texto alterna la narración que, en tercera persona, muestra el mundo desde la visión del niño (la primera parte) y la que, en primera, lo muestra desde el protagonista (la segunda parte) y desde el padre (un capítulo de la primera).

La pasión del niño protagonista por los trenes se registra en el texto por el uso frecuente de la palabra “trenes”. Unida al determinante “del sur”, sirve de título al mismo, y es una muestra de que, a pesar de estar ambientado en La Quiaca, lugar de frontera en el que se percibe la pertenencia del NOA a los Andes, lo argentino (el sur) es lo que pesa. En un primer momento podríamos decir que el niño se inclina por todo lo que proviene del *centro*, no de la *periferia*. El discurso del narrador construye desde esa dicotomía y con marcadas valoraciones positivas por la cultura metropolitana (es, por ejemplo, digna de ser relevada la pasión del protagonista por los tangos: cientos de letras se incorporan a la novela) y negativas por lo andino y lo indígena. En este sentido, Lalo, un niño quiaqueño cuya infancia transcurre entre mediados de la década de los treinta y de la de los cuarenta, se identifica con esa patria que habían construido los “próceres” y los escritores del siglo anterior y que llegaba, a través de las políticas culturales del *nacionalismo* aún vigentes en los años en los que sucede la historia narrada, a su pueblo fronterizo. Estas son las razones por las que se muestra muy deprimido cuando sus padres intentan llevarlo a la casa de sus

a través de él, el regionalismo ha emprendido su primera modernización, la novela regionalista posterior ha seguido modernizándose cuando ha sido capaz de absorber los hallazgos de las vanguardias.

tíos, situada en la banda, el pueblo boliviano de Villazón. Siente que lo suyo es lo argentino: el tango, la bandera, el pueblito de La Quiaca:

Que no lo lleven a la banda, que lo dejen, él quiere quedarse en su casa, en su La Quiaca, no importa que no haya tantas cosas finas ni ricas; que sepan que para él no hay nada como su patio, sus calles, su perro, su racimo de uva a la siesta, su luz ventosa, su cielo, el aire de su bandera en la punta del mástil, la Luva. (p. 48)

En todo de acuerdo con este tipo de valoraciones, el narrador dibuja desde la mirada del niño protagonista a la mujer blanca y rubia (la mujer ángel plasmada por Occidente como la amada ideal): “Tiene de compañera de banco a la Luva, rubia, de ojos verdes a veces, o celestes otras; hace tiempo que es su novia, aunque ella apenas le hable para prestarse el compás o una hoja de cuaderno” (p. 17) y parece colocar en las antípodas de esa mujer idealizada a la mujer nativa, a la chola vendedora de uvas del mercado de su pueblo, en cuyo retrato se muestra el asco que dan al niño sus uñas duras partidas y sus dientes manchados:

(...)él se va y se compra un racimo de uva en el Mercado (...) Se lo vende una señora que ya lo conoce y por eso se lo da con yapa (...) su pollera de varios colores, sus dos trenzas largas sobre el pecho, alguna vez la manta negra con su guagua a la espalda; los ojos oscuros, la piel quemada, los pies ásperos y curtidos, de uñas duras y partidas que le dan asco (...) Cuando, qué raro, sonrío sus dientes gastados y teñidos de verde por la coca, también le repugnan (...). (p.23 y 24)

Sin embargo, llega un momento en que la evaluación del indígena y de lo latinoamericano se trastoca.

En efecto, a partir del rechazo inicial por el pueblo de Villazón y por la mujer nativa, y a medida que se acerca el día de la partida de su núcleo familiar a Salta para que él continúe sus estudios¹⁸⁵, Lalo se transforma, hasta el punto de sentirse aferrado a su lugar de nacimiento, aunque sin poder modificar la decisión de sus padres de mudarse. Opción por lo andino que lo lleva a valorar no sólo a la mujer de polleras que le vendía uvas, sino también a darse cuenta de la artificiosidad de las fronteras:

Y allá al otro lado el pueblo de la banda con sus calles irregulares, y al fondo la Estación y la casa de sus queridos tíos. Con esa imagen humedecida en los ojos se dio vuelta y comenzó a regresar sintiendo sobre los hombros el peso de todo el cielo, el cielo azul que era uno solo sin límites ni fronteras. (p. 185)

La estrategia de la “focalización interna” y de los cambios de narradores, se une a la transformación interior del protagonista que en el momento de partir revaloriza la región de frontera, un mundo que ya por aquel entonces le resultaba entrañable. En esta región (el NOA) y a partir de la conjunción de todos los factores mencionados, podemos decir que se produce no sólo una fractura del *nacionalismo*, sino también la superación de la visión exterior del indigenismo y, junto con ellas, la posibilidad de soñar una Nación intercultural. Y esto es así porque, si la novela aún parece armarse desde la dicotomía *civilización-barbarie*, en la evolución de su protagonista (el niño protagonista desprecia al comienzo todo lo que no tenga que ver con el sur ya que está muy marcado por la sarmientina educación civilizadora, al punto de menospreciar las cosas “finas y ricas” del país vecino, a sus habitantes y hasta sus propios tíos, pero evoluciona y toma conciencia de lo artificial de la frontera, comienza a apreciar y su esquemático modo de pensar se trastorna) se sientan las bases para formas de pensar menos regidas por esquemas, más abiertas y más flexibles a la percepción de lo multicultural.

b. Las múltiples visiones y la opción por lo indígena en *Las vueltas del perro de Santos Vergara*.

Santos Vergara no tuvo —a diferencia de Aparicio— una historia personal marcada por la migración. Nació y vive en San Ramón de la Nueva Orán (provincia de

¹⁸⁵ Este periplo permite afirmar que se trata de una novela autobiográfica.

Salta), ciudad que colinda con el Ingenio San Martín del Tabacal¹⁸⁶ y con los asentamientos de numerosas comunidades aborígenes. Aprendió a leer y a escribir muy tardíamente, y apenas lo hizo, devoró la sección novelas de las bibliotecas públicas de su ciudad natal. Estudió Letras en la Sede Regional Orán de la Universidad Nacional de Salta y junto con otros escritores, músicos y artistas plásticos fundó el Grupo Vocación. Vergara es un artista (además de escribir, dibuja —dibujaba desde antes de saber escribir— y realiza videos antropológicos) que ha obtenido en la actualidad cierto reconocimiento por sus actividades en pro de la cultura. La novela que analizamos a continuación ha recibido en Salta una Mención Especial en el Concurso Literario Premio Nelly Cortés de Ubierno, Edición 1996.

Las vueltas del perro, como *Trenes del sur*, presenta múltiples narradores y puntos de vista. En este caso, nos encontramos con tres narradores que —al relatar simultáneamente uno en tercera, y otros en primera y en segunda persona— no sólo producen el efecto de una marcada polifonía ya que dejan que en su discurso se filtren “voces sociales, políticas e ideológicas”¹⁸⁷ diversas, sino que —al narrar cada uno desde su propia visión del tiempo y desde sus propios ritmos interiores— también rompen absolutamente con la construcción lineal de la temporalidad.

Esta última innovación ya había sido practicada por Francisco Zamora en *La heredad de los difuntos*, a través de la estrategia de fragmentar y mezclar los segmentos de la juventud, la madurez, y la vejez del protagonista. Sin embargo, en la novela de Vergara la alta sensación de fragmentación que produce el leer las “esquirlas” de los tres relatos crece, ya que los tres se quiebran a su vez por la presencia de narraciones de sueños,

¹⁸⁶ Este ingenio es propiedad de la familia Patrón Costas, mecenas de Juan Carlos Dávalos. Es también el lugar que el enunciador de los textos de Manuel Castilla menciona en *Luna Muerta* al decirle al enunciario (el indio): “No vayas al ingenio”. (*ver supra*)

¹⁸⁷ Mijaíl Bajtín, *op. cit.*, p. 63.

leyendas o mitos aborígenes, y de diálogos absolutamente descontextualizados que después de la lectura ubicamos en alguna de las historias.

Los dos primeros narradores mencionados cuentan los sucesos ocurridos en una finca a partir de unas inexplicables apariciones que las creencias populares (tradicionalmente transmitidas por vía oral e incrustadas en la novela de manera tal que se produce un efecto de naturalidad) atribuyen a la presencia de animales legendarios como el lobizón, el ucumar o el familiar¹⁸⁸. Las apariciones del extraño animal que asusta a los peones y la búsqueda del mismo son narradas entonces desde afuera (tercera persona) y desde la interioridad de un niño que cuenta desde su visión aunque no sea él mismo protagonista de esos sucesos (primera persona), ya que la historia sólo lo involucra tangencialmente. La vida de este niño, su propio drama interior, rememorados en su propio relato, están referidos también y con profundo lirismo, desde una segunda persona que parece dirigirse a él y hablarle. En realidad se trata de un desdoblamiento del personaje como veremos en seguida.

Aunque Santos Vergara no lo proponga en un cuadro inicial a la manera de *Rayuela*¹⁸⁹ de Julio Cortázar, la presencia de distintos narradores invita a leer cada relato en forma independiente (sobre todo la del que narra en segunda persona, ya que los fragmentos están escritos en letra cursiva o versalita)¹⁹⁰ que nos recuerdan no sólo los recorridos posibles de *Rayuela*, sino también la posibilidad de rearmar, desde la lectura, los tres segmentos de *La heredad de los difuntos*.

Los fragmentos en segunda persona, cuya estructura se asemeja a la de pequeños poemas en prosa, ensamblados a través la lectura, permiten reconstruir la narración de la

¹⁸⁸ Se trata en el primer caso del séptimo hijo varón de una familia que en noches de luna se convierte en lobo; en el segundo, de un oso o mono que roba mujeres y las mantiene prisioneras hasta que ellas conciben un hijo suyo que cuando crece las ayuda a escapar; y en el tercero, de un perro que cada cierto tiempo mata a alguien en los ingenios azucareros. Sobre esta creencia a partir de la cuál se realizó una historieta ver: Silvia Maldonado, “La tradición oral regional a través de una historieta (La leyenda del familiar)” en *Cuadernos 7*, Jujuy, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, 1997.

¹⁸⁹ Julio Cortázar, *Rayuela*, Buenos Aires, Sudamericana, 1967.

historia del niño (que tiene rasgos autobiográficos¹⁹¹) entremezclada con la de otro personaje muy importante, el misterioso Ángel Lemos.

Varias preguntas surgen a partir de la constatación de la existencia de tres narradores: el niño habla en primera, pero ¿quién narra los hechos de la finca en tercera persona?; ¿quién habla en segunda?; ¿tal vez el niño a Ángel Lemos y al hacerlo entremezcla aspectos de su propia biografía con la historia de éste?; ¿tal vez Ángel al niño operando en el mismo sentido?

La ambigüedad y la indeterminación de las voces se superponen a las que se generan en la construcción de los personajes. El niño, testigo mudo de los sucesos, agobiado por sus propias culpas y soledades, planea permanentemente una huida que no se concreta ya que todos los acontecimientos le hacen posponerla. Su historia por momentos se superpone a la de Lemos, que es un indio chaqueño (los demás son criollos, como los gauchos de la novela de Gauffin aunque no se los nombre nunca de esa manera) por lo que en su versión de los hechos se siente con fuerza el efecto de narración desde adentro del mundo indígena.

Ángel Lemos es un personaje inclasificable. Dice el narrador en primera persona: “Lo imaginé viejo y mentiroso al “chaqueño” Lemos, hasta que un día las circunstancias nos pusieron frente a frente y supe entonces que su personalidad escapaba a cualquier clasificación y que dentro de él habitaban tantas personas como mundos” (p. 111).

Como el niño, aparece misteriosamente en la finca donde ocurren los sucesos. Se le atribuye el papel protagónico de todas las historias que se cuentan allí:

(...) una tarde le pregunté a Poroto si aquel sujeto era el mismo que él citaba, el héroe y la fuente de casi todos sus relatos, y me respondió que sí. (...) Ángel Lemos era para mí un misterio. ¿Eran recuerdos personales los que contaba? ¿Poroto mentía? Era necesario más pruebas, cubrir los grandes espacios oscuros

¹⁹⁰ Hay otro tipo de cursiva a través del cual se narran los sueños del protagonista y los mitos indígenas.

¹⁹¹ Dato proporcionado por el autor.

que dejaba su andadura, indagar en los alrededores de su personalidad (...) Sólo entonces creería en su existencia heroica, en todo lo que se decía de él (...) ¿Cómo podía un solo hombre vivir tantas aventuras, haber sido testigo de semejantes escenas, salir con vida de los mil infiernos que decía haber atravesado? ¿Tenía una formidable memoria o todo era fruto de una fabulosa imaginación?(...) ¿Dónde lo había conocido Poroto y en qué tiempo heredó sus interminables y fabulosas historias? (...) Quería, ingenuamente, conocer los secretos que guardaba la memoria de aquel hombre, penetrar en su mundo. (pp. 152-153)

También se presenta como el posible causante del terror que invade a los otros personajes. El halo de misterio que lo rodea tiene que ver —quizá— con su pertenencia a las comunidades cazadoras-recolectoras que limitan con aquel paraje:

La diminuta caravana atraviesa el agua temblorosa de los ojos de Ángel Lemos que mira desde la oscuridad de su habitación. Por el fondo de su memoria cruza otra hilera de mujeres. Van andando por un sendero olvidado del chaco, llevando sobre sus espaldas bolsas de chaguar repletas de raíces y de frutos silvestres. (...) Alguna de ellas pudiera ser su madre; aquel niño pudiera ser él mismo, allá lejos, muy lejos (...). (p. 19)

Aunque el niño que narra su propia historia dice venir de Orán y no de las comunidades aborígenes, hay demasiados fragmentos de la narración en primera persona, en los cuales se puede pensar en Ángel como un *alter ego* adulto del niño¹⁹²:

Intuía que en su pasado estaba mi propia historia, esperándome para revelarme los lados oscuros de mi existencia. Por eso estaba dispuesto a indagar en sus aguas misteriosas, en su abismo insondable, para tratar de rescatar de allí mi propia imagen, la cara desconocida, la verdad que pudiera iluminar mi rumbo perdido (...) Porque los dos estábamos encerrados en un mismo dolor, como fuimos descubriendo después. (...) Los dos llegábamos desde el fondo de nuestros días con los sentimientos embarrados por las miserias del mundo, por el excremento que los otros habían arrojado sobre nuestras cabezas, acaso para limpiar sus propias culpas. Eso era: llevábamos una carga ajena (...) Quizá por eso nos fascinaba tanto el río, nos atraía la claridad musical de sus aguas. (p. 154)

¹⁹² En este caso, el niño habla largamente con Ángel Lemos. Bajtín afirma que en la novela polifónica los héroes conversan con sus dobles. Mijaíl Bajtín, *op. cit.*, p. 48..

En la construcción de Ángel, en su capacidad de ser la gran síntesis de una cultura está la recuperación que la novela hace del mundo aborigen. Ningún otro personaje tiene su estatura singular, ninguno tiene lazos tan sutiles como él con la naturaleza al punto que ante su muerte ocurrida hacia el final por un disparo hecho por el administrador (cree que era el bicho que buscaban), no sólo el niño (su *alter ego*) cae herido y sin capacidad de reacción rápida, sino que el río, que ha sido una presencia constante en la novela, llora.

Poroto es también una construcción actorial importante: enorme narrador de historias, divierte a los otros peones con sus cuentos, muchos de los cuales tienen como fuente o protagonista a Lemos.

Eran historias verdaderamente trágicas y espeluznantes. Todo era posible: muertos que regresaban para vengarse de sus verdugos, almas en pena que vagaban por la tierra sin consuelo, espíritus malignos o demoníacos que atajaban a los viajeros por el camino, bajo cualquier forma, tesoros escondidos en los más remotos lugares, hombres y mujeres enloquecidos por sus pasiones, matanzas masivas de indios en los confines del Chaco¹⁹³; historias de soldados, mujeres y animales (...) “De donde saca tantas historias?” se preguntaban algunos, y él siempre decía que las había oído de un tal Lemos, el “chaqueño Lemos” como gustaba llamarlo. (p. 111)

Es capaz de enamorarse con la misma gigantez con la que vive, narra, come y es su decadencia la que incita al narrador en primera a contar la historia. La tentación de pensar que es la voz de Poroto la que narra los hechos de la finca en tercera persona fue desechada por la presencia de fragmentos en los que este narrador se introduce en la conciencia de los personajes, lo que lo convierte en un narrador omnisciente.

Entre los personajes de la narración en tercera persona, nos interesan por sus diferentes maneras de ver los sucesos fundamentalmente los “cuatro jinetes” que realizan la búsqueda del “bicho”. Una es la de Poroto que está convencido de la necesidad de buscarlo. “Tenemos que hacer algo, patroncito —dice Poroto. —Ese bicho o lo que sea,

¹⁹³ Es otra alusión a la masacre mencionada en la Nota N° 139.

anda suelto en la finca y es peligroso para todos“ (p. 29). También sumergido en las creencias está Andrés: “Más atrás viene Andrés, mirando alternativamente para ambos costados del camino, sospechando del bulto más insignificante. Le obsesiona la idea de que el Ucumar lo elegirá a él, y sólo a él, para atacar (...)” (p. 138). Pero los que más nos interesan son Rodríguez y el Administrador ya que, en su disímil punto de vista acerca de la búsqueda del extraño “animal”, está la clave de lo que serían las nuevas valoraciones de los saberes sometidos que nos han hecho sospechar que novelas como ésta, unidas a otros tipos textuales (jurídicos, científicos, periodísticos) podrían generar la “comunidad imaginada” que propusiera desde las fronteras la interculturalidad en la Nación.

Rodríguez es descripto como el típico hombre de izquierdas, infiltrado para servir de levadura a la masa:

(...) de piel blanca y nariz aguileña (...) tenía un agrio rictus en los labios (...) Era el único que se jactaba de leer libros, pues la mayoría de los peones eran analfabetos. Renegaba permanentemente de los curas, los milicos, los oligarcas y el gobierno de turno (...) “la tierra es de quien la trabaja”, decía a los cuatro vientos y en seguida ponía en duda la virginidad de la oligarquía, dando un sermón sobre la igualdad de los hombres en cuanto al trabajo y a las ganancias justas que debían percibir los obreros. (p. 109)

Cuando el Administrador, que es yerno del dueño de las tierras, decide emprender con los otros la búsqueda del “animal”, Rodríguez lo sigue, pero toda su actitud es cínica y en sus palabras se deja traslucir la ironía, la burla por la —desde su punto de vista— increíble búsqueda en la que se ha embarcado el “patrón”. Ante la pregunta de si viene o se queda, Rodríguez contesta:

Y después de haber escuchado un relato como ese, tan... interesante, tan verídico, tan conmovedor, creo que nadie podría resistir a la tentación de conocer a la misteriosa criatura. Oiga, lo digo sinceramente. Nunca imaginé algo así, tan... tremendo, y que el bicho (...) ¿cómo se llama? (...) Ucumar, eso, pudiera vivir tan

cerca nuestro y nosotros no lo hayamos podido conocer todavía. ¡Fíjese usted!. (p. 136)

Los enfrentamientos entre Rodríguez y el Administrador son frecuentes y llevan a una ruptura final entre ellos en la que éste último despide al primero de su empleo en la finca.

Rodríguez es el único personaje absolutamente descreído de la novela, ya que el Administrador, aunque proveniente de familias de estancieros porteños (se menciona la estancia del tío Robert) y aunque convencido de que “allá”, en Buenos Aires, las cosas “tenían un nombre y un lugar en la realidad” (p. 150), acepta que sus convicciones tambalean, hasta llegar a sentir que las vivencias de la gente pueden ser lo cierto:

¿Y si todo esto fuera cierto? ¿Si en vez de una gran mentira todo resultara una realidad? Entonces sí, todo se complicaría. ¿Cómo desatar los nudos misteriosos que unen lo real con lo imaginario? ¿Cuáles hilos corresponden a la realidad y cuáles a la imaginación en este complicado tejido donde se mueven todos? ¿Dónde está la verdad verdadera? Imposible llegar hasta el fondo de las cosas así tan desarmado. ¿Cómo salir ileso del intento? La vida tiene sus misterios, pero aquí en medio de esta gente, sobre todo para quien llega desde afuera. La vía más fácil es la simplificación, pero pronto se descubre que el mundo es mucho más complejo. Uno ve que la gente va de una dimensión a otra con la misma naturalidad como se pasa del auto a la camioneta; para ellos no hay fronteras. Pero el forastero se queda en la mitad del puente, intentando razonarlo todo, buscándole una explicación lógica. Aquí se hace trizas los esquemas. (p. 149)

El Administrador, a pesar de ser hombre del centro hegemónico y homogeneizador pues proviene de la Capital Federal, ya no tiene las certezas de los personajes del siglo XIX que sabían que era lo bueno (la *civilización*, la ciencia, el progreso) y que era lo malo (la *barbarie*, la superstición, el atraso), que sabían cuál era la “verdad verdadera”¹⁹⁴. Tampoco está imbuido de las esquemáticas convicciones del marxismo como los sujetos enunciativos de los textos indigenistas o como Rodríguez,

¹⁹⁴ Pensemos por ejemplo en las convicciones del unitario en “El matadero” de Esteban Echeverría, *Prosa Literaria, op. cit.*, capaz de morir por sus ideales.

personaje cuya vía es la “simplificación” de la realidad y su reducción a la polaridad explotador-explotado. A él la realidad se le presenta en toda su complejidad, sin tantos blancos y negros, sin tantos esquemas dicotómicos: “Aquí se hacen trizas los esquemas” (p. 149).

La incorporación de diferentes “focalizaciones” provenientes de las distintas voces (una visión de los hechos realizada desde fuera del mundo indígena y una visión desde dentro) a las que se unen las visiones de los otros personajes, las ambigüedades de las voces y las superposiciones de los actores, unidas a la atmósfera de misterio que crea la búsqueda del extraño ser que se aparece en la finca —explicada desde las distintas versiones orales de varias creencias populares recuperadas en el texto— y al rescate de algunos mitos indígenas, nos llevan a tres conclusiones:

1. El escritor habla desde las líneas divisorias más absolutas (desde las fronteras con el indio, con Bolivia y lo hace además desde las márgenes del “campo intelectual” salteño), y presenta un mundo ficcional absolutamente descentrado en el que los proyectos monolíticos de Nación se desestructuran.
2. La novela adhiere a una estética superadora del realismo de la “novela de la tierra” y de la novela indigenista y entronca con tradiciones orales que ya nada tienen que ver con las líneas letradas del *gauchismo nacionalista* y del *indigenismo* latinoamericano y, esboza una propuesta intercultural de Nación, ya que evalúa positivamente el mundo indígena al recuperar personajes, formas de pensar y saberes que lo caracterizan. Recordemos en este sentido la increíble síntesis mnemónica de los pueblos aborígenes que constituye Ángel Lemos.

3. Al no situarse los narradores como voceros de ningún grupo marginal como el hablante lírico de los poemas de Castilla y al diseminarse cada voz en una polifonía que conlleva evaluaciones diferentes que polemizan entre sí y que no buscan la vicaria reivindicación del indio como la novela de Zamora, el texto captura un rumor social todavía no hegemónico, aquel que puede establecer la plataforma para un proyecto de una Nación mucho menos monolítica y homogénea, que el aún vigente.

Estas características y el final abierto y misterioso hacen que la novela de Santos Vergara sea un sucedáneo claro de toda la novelística de los transculturadores¹⁹⁵, escritores que según Ángel Rama han sido capaces de tomar elementos de lo popular y recrearlos como hace Santos Vergara con las creencias populares, auténticamente, sin que la operación se perciba como un “parche”, como si los mismos narradores creyeran en ellas. Sin embargo, a Vergara no lo consideramos un epígono porque esta novelística tiene aún mucho que decir ya que son textos donde el abreviar de lo mítico no es una pose: la construcción de algunos personajes consustanciados con el mito está textualizada junto a la de otros actores que miran todo desde un parámetro racional, que toman distancia crítica y que son capaces de hablar irónicamente a (y de) aquellos que se dejan seducir por las manifestaciones de lo mítico-popular como el Administrador de la finca. En esta situación de ‘intelectual de izquierda’ se encuentra como dijimos Rodríguez, personaje a través del cual el universo indígena y los sectores populares son evaluados como mundos cargados de superstición. A partir de su intervención, la novela se vuelve profundamente polifónica ya que es uno de los personajes a los que los narradores ceden la voz (esto ocurre también cuando los narradores ponen en contacto al lector con el pensamiento de personajes con

¹⁹⁵ A estos novelistas alude Ángel Rama en *Transculturación... op cit.* Se trata fundamentalmente de Juan Rulfo, Augusto Roa Bastos y José María Arguedas, en cuya producción se pone en escena el bilingüismo y/o la multiculturalidad.

diferentes cosmovisiones, ideologías y opiniones: todas conviven con iguales derechos). A través de ese personaje se produce en el texto la abismal situación del criticón criticado ya que la novela, al envolvernos en sus búsquedas alucinadas y alucinantes nos arrastra con su juego mágico (el borramiento de las fronteras entre lo real y lo mítico) y sentimos por momentos que el que desvaría es Rodríguez, personaje al cual el lector se siente tentado de echarle la culpa del trágico desenlace: la muerte del Administrador.

CONCLUSIONES

Hemos rastreado los tres momentos diferentes en que hubiera sido posible generar, desde las fronteras, un modo diferente de “imaginar la Nación”. De entre ellos, sólo el último —al poner en escena un rumor social atravesado por las tendencias hacia el multiculturalismo y al coincidir su producción con la de textos del campo de las leyes, del periodismo y de las disciplinas sociales que operan en ese mismo sentido— podría llegar a originarlo.

Para entender, por un lado, sus diferencias con una invención hecha desde el centro y para percibir, por otro, los matices que distinguen las tres instancias entre sí, tuvimos que remontarnos, en el Capítulo 1, a lo ocurrido en la actual República Argentina, durante el siglo XIX y los comienzos del XX.

El recorrido por los dos paradigmas vigentes en ese largo período de tiempo nos permitió ver que la lógica del *centro*, realizada desde ambos, consiste en homogeneizar.

- El de *civilización-barbarie*, enarbolado por los *liberales*, al *imaginar* desde ese núcleo y al dividir la realidad en dos polos antagónicos, uno de los cuales es evaluado positiva y el otro negativamente, busca imponer el primero y ha servido para “imaginar y construir la Nación”.

- El del *mestizaje*, regido por la misma lógica, nace cuando el anterior comienza a mostrar sus limitaciones. Empuñado por los *nacionalistas*, propone la síntesis mestiza, es utilizado para conservar el poder y se materializa a través de lo que hemos llamado *olas de nacionalismo*.

Por otro lado, y al colocar la mirada sobre un pequeño pero representativo grupo de textos salteños, pudimos observar que, si bien en ellos se instalan desde el comienzo diferencias con relación a lo que propugnan los *paradigmas de homogeneización de la Nación*, los dos primeros intentos, que hacen intervenir lo andino en sus versiones

indianista e *indigenista*, no ponen en escena todavía una nueva manera de imaginarla. Fueron sólo “atisbos inquietantes” que se presentaron bajo la forma de variaciones de los paradigmas mencionados o de adopciones de paradigmas no rioplatenses (andinos); en ambos casos, se enarbolaron emblemas (el gaucho, en un caso y el indio, en otro) que se convirtieron en estandartes de distintos sectores sociales urbanos y que fueron utilizados ya para conservar el poder en manos de alguno de ellos (los sectores dominantes), ya para promover a otros (los sectores medios en ascenso). En ninguno de los dos casos, se generó una “comunidad imaginada” que pensara la Nación desde patrones multiculturales. Esto podría revertirse en el caso de los textos publicados sobre el fin del siglo XX, novelas *neoindigenistas* que absorben la polifonía social, ya que aunque aparecen en los tiempos en que los grandes formadores de opinión son los *mass media*, al hacerlo en simultánea con leyes, trabajos de investigación y artículos periodísticos, podrían entre todos colocar los cimientos para la formación de una comunidad acorde con los nuevos tiempos, en los cuales se hace presente una tendencia hacia el respeto por el otro cultural.

Se podrá objetar este planteo argumentando que la Argentina ya fue imaginada como país blanco, “transplantado” de Europa, y que ya es imposible pensarlo de otra manera. A pesar de todos los desacuerdos ¿porqué quitar a la literatura su función de imaginar mundos posibles? Para responder a esta pregunta daremos razones de índole textual, presentes en las últimas novelas analizadas, y algunas de índole contextual ya mencionadas desde la Introducción que nos permiten salir al cruce de las discrepancias.

Las de carácter textual, tienen que ver con la cuestión de las transformaciones que sufren los personajes de esas novelas y que trabajaremos ahora en oposición con la de Facundo, el protagonista del libro homónimo de Sarmiento. El contraste que marcaremos se convierte en otra justificación de porqué hemos debido retrotraer nuestra investigación a los modos de “imaginar la Nación” de los hombres del XIX, para arribar a un modo

diferente de pensarla, posible recién a finales del siglo XX. Pero esto tiene que ver ya con lo contextual que analizaremos más adelante.

Así como establecimos similitudes y diferencias entre “El viento blanco” y *Don Segundo Sombra* y parangonamos algún aspecto de *En tierras de Magú Pelá* con alguno de *Una excursión a los indios ranqueles*, vamos marcar afinidades entre *Facundo*, *Trenes del sur*, y *Las vueltas del perro*, a través de las cuales arribaremos a la profunda distancia que nos ha permitido afirmar que si aquel texto se convirtió en el programa de la Nación durante el siglo XIX, éstas novelas unidas a otras producciones actuales pueden estar sentando las bases para un modo diferente de imaginarla.

En efecto, *Facundo* plantea la “transformación” de su protagonista. A medida que avanza el texto, Facundo va “civilizándose” es decir, se va poniendo a tono con los tiempos, va respondiendo desde la altura de su valía a las nuevas circunstancias al acudir de buen talante al llamado de Buenos Aires, desde donde se intentaba organizar un gobierno general. Era un “gran hombre”.

Aunque similar en lo que hace a la presencia de una “transmutación” en su protagonista, pero en profunda oposición del sentido de la misma, la ciudad convoca a Lalo para que continúe sus estudios y una gran depresión ante la próxima partida, lo hace revalorizar todo aquello que hasta entonces había despreciado: el pueblo de Villazón y a sus andinos habitantes.

En el caso de *Las vueltas del perro*, el giro se realiza siguiendo la misma orientación del realizado por el protagonista de *Trenes del sur*, pero el cambio no ocurre a nivel de un personaje, sino en el interior de un sector social. Hay un contraste muy fuerte entre el compromiso que tiene con la gente el Administrador, y el que posee su suegro, el dueño de las tierras, que reside en la lejana Capital Federal. Ante unas ideas del primero para promover de algún modo a los peones, el segundo le dice: “No gastés pólvora en

chimango; éstos son como los chanchos” (p. 151), frase con la que expresa su desprecio ya que llega a equipararlos con animales. Muy distintas son las valoraciones del yerno, quien ante los sucesos de la finca piensa:

“Esta gente sí que tiene imaginación” (...) Los mira cuidadosamente, rostro por rostro, resultándole familiares todos. La luz de la lámpara y los relatos parecen haberlos transfigurado, pero son los mismos rostros de barro y sudor, elementos vivos de su universo cotidiano, éstos que todas las mañanas vienen humildemente a buscar la pala o el machete (...) ¿Y esas mujeres? Son las mismas que bajan al río con un montón de ropa sucia en la cabeza y las que, dos veces a la semana, vienen hasta la despensa a buscar la mercadería y se van por los callejones del bananal, rodeadas de niños descalzos. (p. 29)

Con la revalorización de estos campesinos (entre los que se encuentra un indio puro) cobra importancia un aspecto que ha aparecido hasta ahora como algo subsidiario: el aspecto espacial de la dicotomía *civilización-barbarie*. Si para Sarmiento y los hombres de su generación, el polo valioso era la ciudad y fundamentalmente la Capital y el desvalorizado era el campo y el interior¹⁹⁶, y en la etapa regida por el paradigma del *mestizaje* se revaloriza (como en el plano actorial al caudillo y al gaucho) el campo, el caballo, la llanura (en la *segunda ola de nacionalismo*) y a los escritores del interior del país (en la *tercera ola*), que son usados como simples estrategias de la conservación del poder por parte de un sector, es en esta nueva instancia, cuando ya dejan de “enarbolarse” como banderas el gaucho, el caballo, la llanura y los escritores regionalistas, cuando desde la región NOA, aparecen grupos, que sin usar como emblemas a los gauchos, ni a los indios, parecen realmente plantear su promoción en conjunción con las regiones en las que habitan.

El aspecto contextual, tiene que ver con las “condiciones de producción” de los textos. La etapa actual, denominada posmoderna o poscolonial según la teoricien intelectuales cuyo origen sea el primero o el tercer mundo, está marcada como dijimos

¹⁹⁶ Con los matices marcados en la Introducción.

anteriormente (ver Introducción) por la profunda crisis de los valores que sustentaron tanto el etnocentrismo europeo como el establecimiento del Estado-nación. Éste aparece hoy como una entidad “superada”. Se acentúan en estas coordenadas, una dirección hacia la transnacionalización que globaliza y otra hacia la descentralización y la polifonía. Carlos Moneta, refiriéndose al papel actual del Estado-nación en su relación con este doble movimiento, afirma que:

Pasa ahora a constituir sólo una parte (...) de un sistema mayor que gradualmente adquiere vigencia: el sistema global. En interacción con el sistema internacional surge ahora el sistema ‘multicéntrico’, (...) constituido por actores subnacionales y transnacionales dotados de objetivos y medios de acción propios, que adquieren creciente autonomía¹⁹⁷.

Surgen en ese marco las voces de los marginados y comienzan a intensificarse las tendencias que empujan hacia el multi/pluriculturalismo y la interculturalidad¹⁹⁸. En este contexto aparecen no sólo textos como los estudiados que revalorizan la vertiente andina de la cultura del NOA y el mundo indígena, sino que también, en muchos sitios¹⁹⁹, algunos de “autoría” propiamente indígena. La publicación de estos últimos marca ya el paso de las literaturas indigenistas y sus sucedáneas, de tradición letrada, a las letras indígenas que recuperan la tradición oral. Se produce en esta instancia el reconocimiento de los aportes que etnias y culturas diversas, esas micronaciones sumergidas, pueden hacer en la instancia actual donde la homogeneización no viene ya de la mano de las naciones, sino de las tendencias globalizadoras. A partir de la divulgación de este tipo de textos, surgieron en la academia norteamericana y en algunas universidades latinoamericanas, centros en los que es todavía posible un pensamiento crítico, un verdadero descentramiento de los estudios de

¹⁹⁷ Carlos J. Moneta, “El proceso de globalización: Perspectivas y desarrollos”, en Carlos J. Moneta y Carlos Quenan, *Las reglas del juego. América Latina, globalización y regionalismo*, Buenos Aires, Corregidor, 1998, p. 149.

¹⁹⁸ Recordemos que la interculturalidad supera al mono y al multi culturalismo y está basada en la pluralidad cultural que “reconoce a la diversidad como “recurso” enriquecedor para toda la sociedad” en María Amalia Ibáñez Caselli, “La interculturalidad: ¿una moda? Alcances e implicancias políticas en Argentina” en Seminario Andino: “*Conflictos y políticas interculturales: territorios y educaciones*”, 1999, p. 2.

la literatura y una producción teórica que, a pesar de las múltiples discusiones generadas, ha podido crear marcos adecuados para que en la crisis actual la voz del otro cultural llegue a ser escuchada y sus propuestas hacia naciones multiculturales y en contra de las tendencias homogeneizadoras y borradoras de la diferencia puedan ser tenidas en cuenta. Podemos decir que la tendencia mundial hacia el pluriculturalismo ha tenido en Argentina y fundamentalmente en Salta algunas respuestas. Tanto la Ley N° 23.302 de Política Indígena y Apoyo a las Comunidades Aborígenes (sancionada en 1985 y reglamentada en 1989), la Ley Federal de Educación (sancionada en 1993) como la nueva Constitución Argentina (sancionada el 25 de Agosto de 1994), contemplan la problemática indígena. La provincia ha sancionado para reforzar las leyes mencionadas en Nota N° 6.

En síntesis, la promulgación de estas leyes unida a la producción de novelas como las analizadas en el Capítulo 4 y a los trabajos investigativos realizados en y con las comunidades desde disciplinas como la antropología así como la divulgación periodística, podrían estar generando en este tiempo la “comunidad imaginada” que hiciera posible la Nación multicultural. Aunque llevar estas ideas a la práctica, sea harina de otro costal.

¹⁹⁹ Antonio Cornejo Polar, *Escribir en el aire*, op. cit., p. 219 y ss.

BIBLIOGRAFÍA

- Academia Argentina de la Historia. *Historia argentina contemporánea*. Buenos Aires, El Ateneo, 1967.
- Adet, Walter. *Poetas y prosistas salteños*. Salta, Eco Editorial, 1973.
- . *Cuatro Siglos de Literatura Salteña*. Salta, El tobogán, 1981.
- Andermann, Jens. *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2000.
- Anderson, Benedict. *Las comunidades imaginadas*. México, F. C. E. 1991.
- Aparicio, Carlos Hugo. *Coplas al vino*. Salta, Fundación Etchart, 1986.
- . *Pedro Orillas*. Buenos Aires, edición del autor.
- . *Sombra del fondo*. Buenos Aires, Legasa, 1982.
- . *Trenes del Sur*. Buenos Aires, Legasa, 1988.
- Bajtín, Mijaíl M. *Problemas de la poética de Dostoievski*. México, FCE, 1986.
- Bordelois, Ivonne. *Un triángulo crucial: Borges, Lugones, Guiraldes*. Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- Borges, Jorge Luis. *Obras Completas*. Buenos Aires, Emecé, 1974.
- Bourdieu, Pierre y Loïc J.D. Wacquant. *Respuestas por una antropología reflexiva*. México, Ed. Grijalbo, 1995.
- Bourdieu, Pierre. “El campo intelectual: un mundo aparte”, en *Cosas Dichas*. Buenos Aires, Gedisa, 1988.
- . *Campo del poder y campo intelectual*. Buenos Aires, Folios, 1983.
- . *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid, Taurus, 1998.
- . *Las reglas del arte*. Barcelona, Editorial Anagrama, 1995.
- Buliubacich, Catalina. *La construcción de la comunidad Wichí y el uso del territorio*. Salta, Consejo de investigación de la Universidad Nacional de Salta (CIUNSA), 1997.
- . *La dinámica rural etno-ambiental en la Provincia de Salta a la luz del cuño globalizador del fin de siglo*. Salta, CIUNSA, 1998.
- . *Procesos multiétnicos y macroétnicos en la lucha de los pueblos indígenas por sus derechos*. Salta, CIUNSA, 2000.
- Campra, Rosalba. *América Latina: La identidad y la máscara*, México, Siglo XXI, 1987.
- Cassen, Bernard. “¿Es irreversible la globalización?”. *Le Monde diplomatique*, edición española, año VI, 63 (enero 2001).
- Castellanos, Joaquín. *Poemas viejos y nuevos*. Buenos Aires, Jesús Menéndez Librero Editor, 1926.
- Castilla, Manuel J. *Obras Completas*. Tomo I (Poesía). Buenos Aires, Corregidor, 1984.
- . *Obras Completas*. Tomo 4. Buenos Aires, Corregidor, 1990.
- Cebrelli, Alejandra, Víctor Hugo Arancibia y Mercedes Castelanelli. *Nativismo y función Histórica. Canonización, olvido y recuperación de la escritura de Juan Carlos Dávalos (1918-1976)*, mimeo.
- Cohen Imach, Victoria. *De utopías y desencantos: campo intelectual y periferia en la Argentina de los '60*. Tucumán, U.N.T., Facultad de Filosofía y Letras, I.I.E.L., 1994.
- Cornejo Polar, Antonio. “Prólogo”, en Ciro Alegría, *El mundo es ancho y ajeno*. Caracas, Ayacucho, 1966.
- . *Escribir en el aire*. Lima, Ed. Horizonte, 1994.
- . *Literatura y sociedad en el Perú. La novela indigenista*. Lima, Lasontay, 1980.

------. *Sobre Literatura y crítica latinoamericana*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1992.

Costa, Ricardo y Danuta Mozejco *El discurso como práctica. Lugares desde donde se escribe la historia*, Rosario de Santa Fé (Argentina), Homo Sapiens Ediciones, 2001.

Cortázar, Julio. *Rayuela*. Buenos Aires, Sudamericana, 1967.

Chambers, Iain. *Migración, cultura, identidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.

Chibán, Alicia y otros. *Estudio socio-económico y cultural de Salta, Areas lingüística y literaria*. Salta, UNSA, 1982.

Darío, Rubén “Canto a la Argentina” en *Antología Poética*. Buenos Aires, Losada, 1969.

Dávalos, Juan Carlos. *Cuentos y relatos del Norte Argentino*. Buenos Aires, Austral, 1977.

------. *Obras completas*. Buenos Aires, Senado de la Nación, 1998.

Drucaroff, Elsa. *Mijaíl Bajtín, la guerra de las culturas*. Buenos Aires, Ed. Almagesto.

Duara, Prasenjit. “Historicizing National Identity, or Who Imagines What and When”, en G. Eley and R. G. Suny, edit., *Becoming National. A reader*, Oxford University Press, 1996.

Echeverría, Esteban. *La cautiva*. CEAL, 1967.

------. “El matadero”, en *Prosa literaria*, Buenos Aires, Editorial Estrada, 1944.

Escajadillo, Tomás. *La narrativa indigenista peruana*. Lima, Editorial Mantaro, 1994.

Fernández Bravo, Alvaro. *Literatura y Frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*. Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

Florián, Mario. *Urpi (canciones neokeshwas)*. Lima, Ediciones del Ministerio de Educación Pública, 1945.

Frías, Bernardo. *Historia del General Güemes y de la Provincia de Salta*. Buenos Aires, Ed. De Palma, 1971.

García Márquez, Gabriel. *Isabel viendo llover en Macondo*. Buenos Aires, Ed. Estuario, 1969.

------. *Los funerales de la Mamá Grande*. Buenos Aires, Sudamericana, 1994.

García Pinto, Roberto. “Semblanza y recuerdo de Juan Carlos Dávalos” en Juan Carlos Dávalos *El sarcófago verde y otros cuentos*. Salta, Fundación Michel Torino, 1976.

Garino, Víctor. *Monumento al General Martín Miguel de Güemes*. Salta, 1930.

Gauffin, Federico. *En tierras de Magú Pelá*. Salta, Comisión Bicameral Examinadora de Obras de Autores Salteños, 1994.

Genette, Gérard. *Discours du récit*. Paris, Seuil.

González Stephan, Beatriz. “Políticas de higienización: la limpieza del cuerpo y lenguas nacionales (s. XIX)”, en J.A. Mazzotti y J. Zeballos Aguilar, coord., *Asedios a la heterogeneidad cultural. Libro de homenaje a Antonio Cornejo Polar*. Asociación Internacional de Peruanistas, Philadelphia, 1996.

Greimas A.J. y J. Courtés. *Semiótica. Diccionario razonado de las ciencias del lenguaje*. Tomo II. Madrid, Gredos, 1991.

Güiraldes, Ricardo. *Don Segundo Sombra*. Buenos Aires, Losada, 1966.

Gutiérrez, Eduardo. *Juan Moreira*. Buenos Aires, CEAL, 1980.

Habermas, Jürgen. *Identidades nacionales y postnacionales*. Madrid, Tecnos, 1998.

Hernández, José. *Martín Fierro*. Buenos Aires, Losada, 1975.

Hobsbawm, E. J. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Crítica, 1991.

Ibáñez Caselli, María Amalia. “La interculturalidad: ¿una moda? Alcances e implicancias políticas en Argentina” en Seminario Andino, “Conflictos y políticas interculturales: territorios y educaciones”, 1999.

Icaza, Jorge. *Huasipungo*. Buenos Aires, Losada, 1977.

- Ighina, Domingo. *El Libro de los Reyes. Ensayo sobre el caudillo en la narrativa de Manuel Gálvez*. Córdoba, Alción editora, 1998.
- Isaac, Jorge. *María*. Buenos Aires, Ed. Juventud Argentina, 1945.
- Jitrik, Noé. *Muerte y resurrección de Facundo*. Buenos Aires, CEAL, 1983.
- Kaliman, Ricardo. *La palabra que produce regiones. El concepto de región desde la teoría literaria*. Tucumán, U.N.T., 1994.
- . “Ser indio donde “no hay indios” Discursos identitarios en el noroeste argentino” en Mabel Moraña. *Indigenismo hacia el fin del milenio*. Universidad de Pittsburgh, 1998.
- Katra, William H. *La generación del 37. Los hombres que hicieron el país*. Buenos Aires, Emecé, 2000.
- König, Hans-Joachim. *En el camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación de la Nueva Granada, 1750-1856*. Banco de la República, Santa Fé de Bogotá, 1994.
- Kristal, Efraín. *Una visión urbana de los Andes: Génesis y desarrollo del indigenismo en el Perú: 1848-1930*. Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1991.
- Lauer, Mirko. *Andes Imaginarios. Discursos del indigenismo 2*. Cusco, Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de las Casas”, 1997.
- Lienhard, Martín. “De mestizajes, heterogeneidades, hibridismos y otras quimeras” en Manzotti y Zeballos (coord.) *Asedios a la heterogeneidad cultural. Libro de homenaje a Antonio Cornejo Polar*. Philadelphia: Asociación Internacional de Peruanistas, 1996.
- Lobato Z. y J. Juriano, *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Ludmer, Josefina. *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1988.
- Lugones, Leopoldo, “Oda a los ganados y las mieses” en *El payador*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.
- Luzzatto, Julio César. *Obra Poética*. Salta, Dirección General de Cultura, 1984.
- Maehashi. *Monumento al poeta Manuel J. Castilla*. Salta, 1983.
- Maffesoli, *El tiempo de las tribus: el declive del individualismo en las sociedades de masa*. Barcelona, Icaro, 199.
- Maiguashca, Juan. *Historia y Región en el Ecuador: 1830-1973*. Universidad de York, Quito, Corporación Editora Nacional FLACSO, IFEA, 1994.
- Maldonado, Silvia. “La tradicional oral regional a través de una historieta (La leyenda del familiar)” en *Cuadernos 7*, Jujuy. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, 1997.
- Mansilla, Lucio. *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires, Ceal, 1997.
- Marechal, Leopoldo. *Adán Buenosayres*. Buenos Aires, Sudamericana, 1970.
- Mármol, José. *Amalia*. Madrid, Espasa Calpe, Colección Austral, 1978.
- Martín Crosa, Ricardo. *Hacedores de Mitos. Ricardo Güiraldes, Leopoldo Marechal*. Buenos Aires, Ed. Ojos del mirlo, 1999.
- Mato, Daniel. *Teoría política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe*. Caracas, Nueva Sociedad, 1994.
- Matto de Turner, Clorinda. *Aves sin nido*. Lima, Mantaro, 1995.
- Menchú, Rigoberta. *Me llamo Rigoberta y así me nació la conciencia*. México, Siglo XXI, 1983.
- Mera, Juan León. *Cumandá o un drama entre salvajes*. Espasa Calpe, Madrid, 1967.
- Moneta, Carlos J. “El proceso de globalización: Perspectivas y desarrollos”, en Carlos J. Moneta y Carlos Quenan. *Las reglas del juego. América Latina, globalización y regionalismo*. Buenos Aires, Corregidor, 1998.
- Montaldo, Graciela. *De pronto, el campo. Literatura argentina y tradición rural*. Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora, 1993.

- Montero, María L. "Cartas de Juan Carlos Dávalos a Manuel Gálvez". *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. Tomo XLIX, Nº 191-192. Buenos Aires, Enero-Junio de 1984.
- Morínigo, Mariano. *Estudios sobre nuestra expresión*. Tucumán, El Cardón, 1965.
- Moyano, Elisa. "*Campo literario salteño. Pasado y Presente*". Comunicación presentada al VII Congreso Nacional de Literatura Argentina, Chaco, 1995.
- . "Indigenismo y carnaval en la narrativa de Francisco Zamora" trabajo realizado para el curso de posgrado "*Estructuras sociales y prácticas discursivas*", dictado por el Dr. Edmond Cros, 1998.
- . "*La elección de lo andino frente a la hegemonía porteña en dos textos del noroeste argentino: "El viento blanco" y Trenes del sur*". Comunicación presentada en Quito en las JALLA 97. Publicado en *Actas*, 1998.
- . "*Los monumentos a los poetas Juan Carlos Dávalos y Manuel J. Castilla: Lectura contrastiva de sus propuestas estéticas y sus matrices ideológicas*", trabajo realizado para el curso de posgrado "Cuarenta años de arte argentino", dictado por la Dra. Pamela Málaga, 1996.
- . *El universo semántico andino en textos de la narrativa salteña: un cotejo entre novelas de Francisco Zamora y de Ciro Alegría*. Buenos Aires, Actas Simposio Internacional de Narratología, 1999.
- Obligado, Rafael. *Poesías*. Buenos Aires, CEAL, 1967.
- Peña, David. *Juan Facundo Quiroga*. Buenos Aires, EUDEBA, 1977.
- Pratt, Mary Louise. *Apocalipsis en los Andes. Zona de contacto y lucha por el poder interpretativo*. Washington, Serie Encuentros Nº 15, Marzo de 1996.
- Prebisch, Raúl. *El desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas*. Santiago de Chile, CEPAL, 1949
- Prieto, Adolfo. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires, Sudamericana, 1988.
- Rama, Ángel. *Transculturación narrativa en América latina*. México, Siglo XXI, 1982.
- . *Los gauchipolíticos rioplatenses*. Vol. 1. Buenos Aires, Biblioteca básica argentina, 1994.
- Rama, Carlos. *Historia de América Latina*. Barcelona, Bruguera, 1978.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México, F.C.E., 1989.
- Robin, Regine y Marc Angenot. "La inscripción del discurso social en el texto literario" en *Sociocriticism I*, Julio de 1988, Traducción de Zulma Palermo (1990).
- Robin, Regine. *Curso Literatura y discurso social*. Córdoba, CEA, 1994.
- Rock, David. *La argentina autoritaria: los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*. Buenos Aires, Ariel, 1993.
- Rodríguez-Luis, Julio. *Hermenéutica y praxis del indigenismo. La novela indigenista de Clorinda Mato a José María Arguedas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
- Roig, Arturo. *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, F. C. E.
- Rojas, Ricardo. *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en El Plata*. 3ra. Edición, Buenos Aires, Kraft, 1957.
- Rouquier, Alain. "Introducción" a *Extremo Occidente*. Buenos Aires, EMECÉ, 1990.
- Rovira, José Carlos. "José María Arguedas: indigenismo y mestizaje cultural como crisis contemporánea latinoamericana". *Revista Anthropos*, 1992.
- Rulfo, Juan. *Pedro Páramo*. México, F.C.E. 1969.
- Sanders, Karen. *Nación y Tradición. Cinco discursos en torno a la Nación Peruana*. Perú, F.C.E. 1997.

- Sanjinés, Javier. "El caso boliviano. Modelos estéticos de la cultura nacional". Rev. Tinkazos, 1998.
- . *Subalternity within the "Mestizaje ideal" Negotiating the "Lettered Project" within the Visual Arts*. Rev. Nepantla.Views from South 1.2, 2000.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo*. Buenos Aires, Kapetusz, 1971.
- Secretaría de Cultura de Salta. *Actas del Simposio de Literatura Regional*. Salta, 1989.
- Segovia, Laureano. *Nuestra Memoria*. Buenos Aires, EUDEBA, 1998.
- Silva, Armando. *Imaginario urbano. Cultura y comunicación urbana*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1997.
- Sorensen, Diana. *Facundo y la construcción de la Cultura argentina*. Rosario Beatriz Viterbo editora, 2000.
- Sosa, Marcela Beatriz. *La tierra en armas de Dávalos –Serrano (o las armas del teatro)*, mimeo.
- Summers, Doris. *Foundational fictions*. Berkeley, University of California Press, 1993.
- VV.AA., *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, Tomo 2.
- Vergara, Santos. *Las vueltas del perro*. Salta, Víctor Hanne Editor, 1998.
- Verón, Eliseo. *La semiosis social. Fragmentos para una teoría de la discursividad*. Buenos Aires, Gedisa, 1987.
- Videla, Gloria. *Direcciones del vanguardismo hispanoamericano*. 2 Vols., Mendoza, Univ. Nac. de Cuyo, 1990.
- Zamora, Francisco. *El Llamaviento*. Salta, Ediciones Culturales, 1974.
- . *La heredad de los difuntos*. Buenos Aires, Orión, 1977.
- . *Bisiesto viene de golpe*. Buenos Aires, Bruguera, 1983.
- Zerpa, Domingo. *Puya Puya. Poemas de la Puna Jujeña*. Salta, Editorial Milor, 1996.